

LA FALACIA DEL MARXISMO

Gastón Leval

PREFACIO

España se halla en las postrimerías de un régimen de oprobio constituido por el franquismo. En la lucha contra este régimen coinciden hombres y mujeres, movimientos y partidos de tendencia distintas entre los cuales figuran las diversas ramas del marxismo-bolchevique que, dirigido por Moscú, Pekín o Roma, ha ganado espíritu y la adhesión de cierto número de intelectuales, especialmente profesores y estudiantes, e incluso, en previsión de la caída o del alejamiento de Franco y sus compañeros de fechorías, de ciertos servidores de la actual dictadura. Este último hecho no sorprende a quien conoce las tácticas del marxismo revolucionario. Ya en la Italia, al derrumbarse el fascismo, buena parte de las masas amaestradas por Mussolini adhirieron al partido comunista, pues acostumbradas a obedecer servilmente, o con entusiasmo, a agruparse en forma gregaria, a desfilar profiriendo "slogans", a comportarse como rebaños automatizados, no podían sino pasar de una dictadura a otra: simple cambio de etiqueta. Con razón se ha dicho que cuando un pueblo ha vivido largo tiempo sin libertad, no experimenta el deseo de ser libre. El hecho se verifica con frecuencia.

Estas posibilidades existen también en España, y los comunistas españoles, siempre guiados por los psicólogos internacionales del comunismo, preparan sus baterías para asentar su dominio en la parte de la población susceptible de ser utilizada para sus fines totalitarios. Y de antemano se ha introducido en la policía franquista para utilizarla mañana contra los anti-franquistas de hoy, que se negarán a someterse a su dictadura.

Pero, además de esta preparación especializada, y de otras, que abarcan los más distintos aspectos de la actual sociedad española. -instituciones del Estado, partidos políticos incluso adversos, organizaciones sindicales falangistas y no falangistas, asociaciones campesinas, cooperativas, movimientos regionalistas, etc.-, la penetración en el ambiente universitario se persigue con una perseverancia, un método y una abundancia de recursos que consiguen poner de moda la doctrina de que se reclaman los aspirantes al poder llamado proletario. Y su actuación alcanza cierto éxito.

Una de las razones es la eficacia de la relativa organización comunista. ¡Cómo si la bondad de una doctrina, o de un movimiento debieran juzgarse de acuerdo a los procedimientos técnicos empleados! El apóstrofe de don Quijote: ¡Viva quien vence, Sancho!, sigue siendo aplicable a cierta gente que su cultura podría preservar de tales extravíos. La sumisión al más hábil o al más fuerte favoreció el acceso al poder del Hitlerismo que también, en la lucha emprendida contra la libertad se distinguió por la eficacia de su organización. Pero no basta andar rápido y con paso seguro: es preciso saber adonde se va. No basta el arte de los procedimientos: es necesario no errar el objetivo perseguido.

Como siempre en tales casos, parte de los hombres que hoy adhieren al marxismo, especialmente a su escuela más dinámica, es decir, la comunista, lo hacen en su mayoría con la esperanza, sino con la convicción de que el triunfo de la doctrina que abrazan aportaría a todos los habitantes de España, la justicia económica y social y la verdadera libertad humana.

* Digitalización KCL, publicado en México en 1967.

Pero consideramos nuestro deber, -nuestro deber de hombres partidarios también de la justicia económica social y humana, así como la libertad individual y política, nuestro deber de hombres que han combatido y combaten la dictadura franquista, que han conocido sus cárceles y sus presidios, y que lloran la muerte de millares de sus compañeros de lucha-, poner en guardia a los que piensan que tales objetivos puedan alcanzarse siguiendo el camino trazado por el marxismo, cualquiera sea su tendencia, pero especialmente la tendencia que más se reclama de las enseñanzas de Marx, de Lenin y sus continuadores. Y nos proponemos, en este trabajo, demostrar que, lejos de ser una doctrina verdadera en cuanto se refiere a la evolución humana y al progreso social, el marxismo es, científica, filosófica y prácticamente un error, y que, en cuanto a sus consecuencias reales, no pueden sino llevar a nuevas experiencias desastrosas como fue la del estalinismo que ha causado en las cárceles, los presidios, los campos de concentración rusos, la muerte de treinta millones de hombres, mujeres y jóvenes mayores de catorce años, con la aquiescencia moral y la complicidad pasiva y su activa de todos los partidos comunistas del mundo. Que si el socialismo ha contribuido a realizar en ciertas naciones progresos indudables, no fue gracias al marxismo, sino independientemente de él. Y que si se quiere, mañana, evitar el paso de una opresión a otra, de unas formas de explotación a otras, de un océano de dolor a otro, es preciso tomar camino tan alejados como se pueda de los trazados por el partido, o las fracciones del marxistas que procuran por todos los medios enseñorearse de la actual lucha anti-franquista.

Nos dirigimos a los que son todavía capaces de ser hombres libres, de buscar la verdad, y de buscar la verdad, y de ver en la independencia del espíritu no sólo una manifestación indispensable de la dignidad humana, sino la garantía de la libertad individual y colectiva, cívica y social sin la cual la revolución, se trasforma en la peor reacción, tanto más peligrosa más terrible cuanto está revestida de fraseología revolucionaria. La opresión en nombre de la opresión permite y suscita una actitud y una reacción clara; la opresión en nombre de la libertad lo oscurece y desorienta todo.

En las páginas que siguen, atacamos al marxismo desde el punto de vista teórico y doctrinal en lo esencial de sus postulados. Pero sabemos que mucho queda por decir. Pues el marxismo no es sólo un sistema filosófico y sociológico, económico, político y táctico elaborado por Marx, Engels y sus discípulos, sistema en que hormigean las contradicciones tanto, por ejemplo, sobre la formación de las clases como sobre la aparición del Estado, y el papel de éste último con relación a las clases sociales. Es también todo cuanto nos describe y afirman los marxistas cuyas escuelas, como veremos, son casi innumerables. Nos hemos ceñido a lo que, comúnmente se interpreta con esa denominación, y constituye las ideas directrices de la doctrina tal como está difundida. Por lo tanto, hemos hecho abstracción de las ligeras enmiendas que tanto en Marx como en Engels, en el último período de su vida, les han, más de una vez acercado a una interpretación libertaria de la historia. Algunas amapolas tardías no compensan el campo de ortigas que debe atravesarse para llegar a ellas, pese a los esfuerzos de los que, en su adoración obstinada, quieren a todo trance salvar lo que, juzgado por sus resultados, la historia condena para los siglos de los siglos.

Pues el cuerpo doctrinal filosófico y teórico del marxismo queda en lo esencial, a pesar de las rectificaciones o semirrectificaciones, rectificadas a su vez casi siempre para volver a lo sentado por fundamental en las obras de Marx y Engels formularon su doctrina. Estas obras, esta doctrina constituyen, para muchos intelectuales, estudiantes y profesores, un “hilo conductor” seguro en cuanto a la interpretación de la historia pasada y presente, y a la orientación del porvenir o a la acción inmediata. En efecto, ninguna otra doctrina pretende aportar una explicación universal de todos los hechos que constituyen la vida humana, el desarrollo de la humanidad, el nacimiento y la muerte de las sociedades. Quien necesita una certidumbre absoluta la tiene, por lo menos en el dominio teórico abstracto, y el error es a menudo difícil de desentrañar porque se trata de teorías emitidas sobre hechos concretos. El caso es saber si estos hechos han sido analizados con entera libertad de espíritu, sin anteojeras doctrinales que

deforman lo que se examina; y si, ante el desarrollo prodigioso de las ciencias que concuerden y siguen concurriendo a la elaboración de la sociología, el “hilo conductor” no resulta manifiestamente insuficiente, y no lleva por derroteros absolutamente a la verdad y a lo que van buscando los hombres de buena voluntad, que luchan por la mayor justicia social, y la mayor libertad humana posible.

Es lo que examinamos en este libro.

¿QUÉ ES EL MARXISMO?

Antes de empezar la crítica de los principios y los resultados del marxismo, consideramos necesario hacer una pregunta que tiene, aparentemente, carácter de adivinanza, pero que se justifica ampliamente si tenemos en cuenta que los defensores de esta doctrina pretenden que sólo ella ofrece la necesaria homogeneidad conduce a una actividad coherente en la lucha por la emancipación humana. Esta pregunta es la siguiente: ¿qué es el marxismo?

Veremos más adelante que, basándonos en los textos del mismo Carlos Marx, se puede responder en formas muy distintas, incluso contradictorias. Por ahora, limitémonos a ciertos aspectos prácticos inmediatos, que influyen realmente en la historia. En 1936, antes del triunfo franquista, había en España, tres corrientes conocidas: el Partido socialista social-demócrata, que era el más importante; el Partido comunista oficial, y el Partido obrero de unificación marxista (POUM). Cada una de estas corrientes pretendía ser la única valedera, la única representante auténtica del pensamiento de Carlos Marx. Pero el Partido comunista llamaba traidores a los miembros del partido social-demócrata español, y afirmaba que éste atentaba a los sagrados principios enunciados en el *Manifiesto Comunista* y en el *Capital*. A lo cual los líderes y teóricos del socialismo continuadores de Pablo Iglesias, Jaime Vera o Pablo Lafargue contestaban denunciando la desviación que consistía en pretender realizar el socialismo en una nación insuficientemente industrializada, e implantar la “dictadura del proletariado” cuando no existían las condiciones de carácter económica-social (concentración del capitalismo, importante desarrollo de la industria y del proletariado industrial, progreso técnico de la agricultura con eliminación de las formas arcaicas de propiedad de la tierra), señaladas por el marxismo como condiciones “sine qua non” de la socialización de acuerdo al concepto supuestamente “científico” del socialismo.

A estas dos corrientes contestaba el POUM, y con él los tronquistas, poumistas a medias, que violan los principios del marxismo por una parte los que no querían hacer, lo antes posible, la revolución social, por otra los que querían hacerla según las normas aplicadas por el partido comunista oficial, el cual, siguiendo a Stalin, violaba los principios del marxismo-leninismo. Sólo la interpretación poumista o trotskista del marxismo era la buena, la auténtica, la indiscutible.

Hoy, tenemos a los marxistas comunistas stalinianos, los marxistas comunistas trotskistas, los marxismos comunistas poumistas, los marxistas comunistas partidarios de Mao-Tsé-Tung, los marxistas comunistas partidarios del revisionismo italiano de Togliatti, los marxistas comunistas partidarios de la tendencia creada por Krutchev, y las distintas corrientes trotskistas. Se nos olvidaban los titistas.

Pero, históricamente y en el plano mundial; eran desde hace muchos decenios, múltiples las corrientes y sub-corrientes, las escuelas, e interpretaciones divididas y opuestas, cada una de

las cuales pretendía ser, a su modo, la única intérprete indiscutible del marxismo. Hasta la revolución rusa, marxistas, reformistas y semi-reformistas se enfrentaban en todas partes. En Rusia misma, los bolcheviques con Lenin, Chicherin y Stalin, los mencheviques, con Plenajov, fundador de la social democracia rusa, y Martov, en medio de los cuales se hallaba Trotski que repartía golpes a diestra y siniestra, se combatían sañudamente y acusaban de desviaciones derechistas e izquierdistas. En Alemania, patria del marxismo, la tendencia revolucionaria capitaneada por Rosa Luxemburgo y Kart Lienknecht luchaba esforzadamente contra la mayoría social-demócrata reformista cuyo teórico principal fue Bernstein. En medio de los dos estaba la tendencia semi-revolucionaria encabezada por Kart Kautsky, el marxista más notorio de la época, al que Lenin debía vapulear de lo lindo llamándolo “el traidor Kautsky” cuando vio que su contrincante alemán se negaba a aprobar la toma del poder por los bolcheviques rusos. Como se supondrá, Kautsky demostraba basándose en una ortodoxia no menos indiscutible que la de Rosa Luxemburgo y Kart Liebknecht, que las otras dos tendencias traicionaban el pensamiento de Marx y Engels.

Las discusiones no giraban solamente en torno a los problemas tácticos, pues todo marxista auténtico debe siempre dar un asidero “científico”, filosófico y doctrinal al menor de sus gestos. Se referían a cuestiones teóricas relacionadas con la estrategia siempre “auténticamente marxista” que de ellas derivaba. Por ejemplo, ¿a qué eran debidas primordialmente y según el método científico y dialéctico marxista, las crisis del capitalismo? Unos sostenían que dichas crisis empezaban por el exceso de materias primas; Hilferding, brillante teórico alemán, afirma que debía buscarse este origen en los problemas monetarios y financieros, mientras el profesor Tugan Baranovski, marxista ruso del que hablaremos más adelante, afirmaba que la explicación más certera consistía en la incapacidad del mercado de absorber el volumen de la producción industrial, tesis general de los economistas, pero condimentada con salsa marxista.

En todos los países europeos, en Francia, Italia, Bélgica, etc., (menos en Inglaterra donde el socialismo no fue nunca marxista, pese a que Marx haya escrito su obra en Londres y tomado el desarrollo de la economía inglesa como material básico de su socialismo) las corrientes pugnaban y recordaban las disputas, y las oposiciones de las iglesias cristianas -católicas, protestantes, ortodoxas y heterodoxas- discutiendo sobre la divinidad de Cristo, el sentido del bautismo, el valor de la confesión, la santidad del papa o la virginidad de María. Y si recordamos que esas disputas llevaron a las guerras de religión, al exterminio de los “falsos” cristianos por los “verdaderos”, no podemos considerarlas sin importancia. En la Rusia bolchevique que han llevado al total exterminio de todos los marxistas no leninistas o stalinianos, y de todos los revolucionarios no marxistas.

A estas grandes corrientes deben agregarse las pequeñas. Eran innumerables. Julián Gorkin, que en 1936 se había separado del Partido Comunista sin dejar de ser marxista, nos contaba recientemente cómo había sido encargado, en esa fecha, de establecer en México un alzo de contacto entre unos quince partidos marxistas opositores y minoritarios, todos Europeos. Naturalmente, cada uno pretendía también ser el único intérprete certero del pensamiento marxista auténtico y lo demostraba, citas al canto. Mencionemos, por fin, ciertos núcleos marxista sindicalistas representados por Cabriola y sus amigos en Italia, por el Sorel de ciertas épocas y sus amigos en Francia, por núcleos sindicales argentinos, las corrientes internas del socialismo italiano, y las que se formaron en el seno del partido comunista ruso instalado en el poder, oponiendo unos a otros Lenin, Trotski, Bujarin, Zinevief, Alejandra Kollontai y Chlapnikof, estos dos últimos portadores de la tendencia “oposición obrera”, cuyos defensores asimilaba Lenin a los “pequeños burgueses y anarquistas”.

Se sabe que apareció después la tendencia marxista-leninista, marxista-leninista-estalinista que los comunistas oficiales del mundo entero afirmaron, durante treinta años, ser la única justa y auténtica después de haber afirmado, con igual sinceridad, que la leninista era también la única justa y auténtica... Hemos visto después aparecer la tendencia Krutcheviana, no menos justa y

auténtica que las precedentes, y en este momento la tendencia post-krutcheviana se está elaborando: será no menos marxista, justa y auténtica, cualquiera que se el camino tomado. En fin, la actual escuela china del marxismo es para sus partidarios, la única intérprete valedera del pensamiento de Marx, como lo es la actual escuela italiana, revisionista de lo que sus miembros han proclamado ser la única verdad marxista de 1917 a 1964. Pero contra ella se yergue la tendencia no sólo leninista, sino bordighista creada en 1939 por Bordigha.

¿Qué es el marxismo? Suerte tiene quien cree poder contestar con seguridad, pues si se lograra reunir a todos los representantes de todas las escuelas, a fin de ponerlos de acuerdo, se produciría una tal cacofonía que la misma torre de babel sería, a su lado, modelo de unidad y armonía. Lo cual no impide que toda fracción marxista está convencida de poseer la única verdad indiscutible sobre la interpretación del materialismo histórico o dialéctico, la evolución de la sociedad, el presente y el porvenir de la humanidad, la estrategia política y la táctica revolucionaria adecuada en cada nación, el modo de realización del socialismo, las etapas que deben recorrerse mediante la toma, revolucionaria o parlamentaria del poder, las alianzas buenas o malas, el grado de patriotismo, antimilitarismo, nacionalismo o internacionalismo que conviene aplicar, los adelantos en una dirección y los retrocesos en otro, la utilización del Estado... Y, cosa maravillosa, para cada uno de estas posiciones, por contradictorias que sean, se puede acudir a Marx. Hay más interpretaciones del marxismo que pelos en la barba del maestro, pero, indudablemente, el conjunto constituye una barba...

Se podrá objetar que todas las escuelas políticas y sociales tienen tendencias distintas, y hasta opuestas. Es cierto. Pero el liberalismo, el republicanismo, el socialismo no marxista, el anarquismo, el sindicalismo, no han sido fundados por un solo pensador, creador de la doctrina que le ha dado su nombre. La diversidad de pensadores y teóricos explica la diversidad de las tendencias, y sobre toda cada una de ellas no pretende poseer la única verdad, mientras que por sus orígenes y sus retenciones científicas y dogmáticas, el marxismo debería practicar una unidad de pensamiento, cohesiones teóricas y actividad práctica entre los teóricos y sub-teóricos, comentaristas, militantes, intérpretes y partidos diversos. La multiplicidad de sus bifurcaciones prueba la quiebra de su real contenido. No hay “un marxismo”, sino “marxismos” pluralizados en pugna constante. Estas contradicciones deberían hacer reflexionar a los que creen haber hallado en él único hilo conductor de la interpretación de la historia.

MARXISMO Y SOCIALISMO

Existe, en el pensamiento de mucha gente, una confusión esencial entre marxismo y socialismo. Es creencia muy difundida que si Marx no hubiera existido, no habría sido fundado el socialismo, y no existiría hoy, en el mundo, una conciencia y una lucha de clases, un combate para el reparto más justo de lo obtenido gracias al trabajo humano, una aspiración hacia la justicia social. Para quien conoce las teorías marxistas, es decir la doctrina de Marx y sus fundamentos, tal creencia es una negación del mismo marxismo, pero es cierto que Marx mismo creía en su aporte providencial, lo cual negaba su postulado fundamental según el cual la dialéctica de los hechos implica un mecanismo histórico con relación al cual la voluntad humana no podía ni impedir ni precipitar la evolución de la sociedad hacia el socialismo.

El tiempo transcurrido desde el nacimiento del socialismo considerado en su totalidad por una parte, y del marxismo por otra, permite a los bolchevico-comunistas sacar partido de la confusión producida. Si para los adeptos o simpatizantes no informados el gran mérito de Marx

fue haber fundado el socialismo, subrayemos que el mismo marx no ha tenido tales pretensiones, aunque políticamente haya actuado como si las hubiera tenido. De un modo general, y en el orden teórico, afirmó limitarse al diagnóstico de la evolución fatal del capitalismo, a observar y describir el proceso histórico-dialéctico que ha de llevar al socialismo, por las leyes congenitas del régimen económico-social capitalista, por las contradicciones inevitables existentes entre las técnicas progresivas de producción y la estructura social existente, la cual llevaría fatalmente a la realización de una sociedad socialista. Para él, bastaba dar a los explotados “la ciencia de su desgracia” que les guiaría en su marcha hacia un mundo igualitario y fraterno. Lo demás se haría, inevitablemente.

Por consiguiente, la marcha al socialismo, resultando de un desarrollo, por así decirlo biológico de la sociedad y de la historia, debía realizarse matemáticamente. Pero veremos que, en contradicción con estos postulados, el propio Marx -y más tarde Lenin en mayor grado- no estuvo siempre tan seguro de sus afirmaciones doctrinales apoyadas en una monumental obra filósofo-científica, y que no desdeño, muy al contrario, apelar a las tácticas políticas, a los factores psicológicos, a la voluntad humana, a las maniobras y a las tretas que en muchas ocasiones le parecieron más seguras que los cambios o la evolución de los medios de producción.

Tampoco Engels pretendía que él y su compañero hubieran fundado el socialismo. Basta leer el opúsculo *Socialismo utópico y socialismo científico* (capítulo de su libro *El Anti-During*) para comprobarlo.

La mayor parte de la generación actual que hoy han adherido al socialismo ignoran que mucho antes de la aparición del *Manifiesto Comunista*, el socialismo se había extendido en Francia, en Inglaterra, y ya echaba raíces en Alemania con el nombre de comunismo. Sin remontar detenidamente a los lejanos precursores -Platón, Campanella, Tomás Moro, el abate Meslier, Mably, Morelly y otros-, sin extendernos sobre las sublevaciones populares que durante la Edad Media revistieron la forma de movimientos sociales con aspiraciones igualitarias en Inglaterra, Alemania, Bohemia, Francia y después del Renacimiento en las luchas de clases tan frecuentes en las ciudades italianas, el combate contra la desigualdad económica ha empezado. Particularmente en Inglaterra y en Francia, el socialismo se formula a fines del siglo dieciocho y en la primera mitad del diecinueve. Pensadores excepcionales, teóricos, filosóficos, historiadores, economistas elaboran la nueva doctrina, escriben los nuevos evangelios. Citemos en Inglaterra, aparte de Godwin, más bien filósofo anarquista, contemporáneo de la Revolución Francesa, a Robert Owen, a su amigo William Thompson, y a Tomás Hodgskin a quien se considera como el primer economista que haya formulado la supervalía o plus valía.

Robert Owen fue en Inglaterra el gran iniciador del socialismo término que sus discípulos empleaban ya hacia 1834. A él, a su influencia se debe la aparición de las trade unions, es decir del movimiento sindical obrero moderno, continuación del “compagnonnage” francés que había sido trasladado a Inglaterra, como lo fue por lo demás la misma expresión “sindicato”, también originaria de Francia, a pesar de las apariencias. Bajo la influencia de Owen nació el movimiento cooperativista, pues se sabe que los “pionners” de Rochdale, que fueron sus creadores definitivos se inspiraron en el owenismo. Y en la primera mitad del siglo diecinueve, a través de estas realizaciones, la lucha de clases estaba ya planteada con su corolario, la aspiración al socialismo.

Lo estaba igualmente en el libro de William Thompson *Social Labor Rewarded*, aparecido en 1824, donde se formulaba la supervalía y preconizaba una especie de comunismo mutualista nada dictatorial -que encontramos después en Proudhon-, y resumido en los tres puntos siguientes: trabajo libre, disfrute absoluto del fruto del trabajo por el productor, lo cual eliminaba la explotación patronal, e intercambio voluntario.

En Francia, después de Babeuf, guillotinado en 1817, y cuyo manifiesto de los *Iguales* puede considerarse como el punto de arranque del socialismo moderno en el continente europeo, aparecen casi simultáneamente las obras del historiador Sismondi, de origen suizo, que anuncia ya la concentración del capital en su obra *Nuevos Principios de Economía Política*, de Saint Simón (1760-1825) que expuso sus ideas de transformación social y justicia económica especialmente en *El Catecismo de los Industriales*, *Cartas a un Habitante de Ginebra* y *el Nuevo Cristianismo*, las de Fourier (1802-1885) cuyos libros *Teoría de los Cuatro Movimientos* y *Destinos generales* que Engels y Marx admiraron, proponen la reorganización de la sociedad por medio de falansterios.

Un poco más tarde, Víctor Considerant (1808-1893) discípulo de Fourier, aportó una serie de ocho obras importantes donde renovaba el pensamiento del maestro. Entre ellos destacamos *Principios del Socialismo*, *Manifiesto de la Democracia*, *El socialismo entre el Viejo Mundo y Destino social* (tres volúmenes). El segundo de estos dos libros, escrito en 1843, contiene ya todas las ideas expuestas en *El Manifiesto Comunista*. (Ver Apéndice).

Llegamos ahora, siempre limitándonos a los pensadores y teóricos de mayor renombre, a Luís Blanc. El solo título de tres de sus libros *La Organización del Trabajo* (1839). *El Socialismo*, *El Derecho al trabajo* (1849), *Catecismo de los Socialistas* (1849), basta para convencer a todo lector ansioso de verdad de la existencia del socialismo antes del marxismo. No sería inútil reproducir lo que Luís Blanc proclama en el primero de los libros mencionados escrito, repitámoslo, en 1839:

“Me propongo demostrar:

“Que no hay salvación en el campo del cultivo en gran escala;

“Que es preciso establecer en Francia el sistema del gran cultivo, combinándolo no con el principio del individualismo, sino, al contrario, con el de la propiedad colectiva;

“Que es fácil alcanzar este objetivo en forma progresiva, sin violencias, en el interés de todos sin excepción, mediante la creación de talleres sociales agrícolas, instituidos y dirigidos según las normas indicadas por los talleres sociales industriales”.

Al mismo tiempo Luís Blanc preconizaba la creación de tales “talleres sociales”, y sus conceptos se anticipan al del cooperativismo continental europeo. Añadamos que el principio jurídico adoptado por él era el del comunismo así denominado con la fórmula del comunismo verdadero: “A cada uno según sus necesidades, de cada uno según sus fuerzas”. De este principio los marxistas se reclamaron después en ciertos momentos, lo mismo que los anarquistas comunistas.

No olvidemos a Proudhon, considerado, con razón, como uno de los pensadores máximos del socialismo francés y mundial, y cuyo libro fundamental *¿Qué es la propiedad?* Apareció en 1840 (siete años antes que el Manifiesto *comunista*). En esta obra, que preconiza ya un “socialismo científico”, Proudhon enaltece la lucha de clases, opone el “proletariado” a la “burguesía”, empleando así el lenguaje, hoy clásico del socialismo. En fin, recordemos, a Colins, fundador del “socialismo racionalista”, a Esteban Cabet cuyo *Viaje a Icaria*, que tanta resonancia tuvo, fue traducido al español, a Flora Tristán, a Augusto Blanqui, el heroico luchador desgraciadamente precursor de la dictadura de Estado preconizada después por Marx y Lenin, y, en Alemania, a Weilling, fundador de la Liga de los Justos, primera organización comunista que Marx absorbió en su partido, a Fernando Lassalle, verdadero creador del socialismo organizado en Alemania,

que se anticipó a Marx incluso en su esfuerzo para dar también a la doctrina un carácter científico, y en Rusia a Chernischevsky, Lavrof y otros socialistas¹.

Además, es preciso subrayar el ambiente extraordinario, el número de publicaciones, periódicos, revistas, el hervor de las ideas, el fervor de los sentimientos generosos y entusiastas que florecían en Francia cuando Marx llegó a París donde conoció realmente al socialismo. Hombres como Blanqui, Barbes, Flourens, escritores como Lamennais, Jorge Sand, Eugenio Sue, casi todos los intelectuales que frecuentaban los salones literarios parisienses constituían un ambiente revolucionario o reformador que comulgaba en el socialismo. El mismo Lamartine que, después de la Revolución de febrero 1848 fue uno de los organizadores de los “Talleres nacionales” escribía: “Los proletarios, cuya situación ha empeorado, transformaran la sociedad hasta que el socialismo haya sucedido al odioso individualismo”. Y Bakunin que, con el poeta Ogareff y Herzen, el gran escritor socialista populista ruso, se hallaba también en la capital francesa, podía escribir más tarde: “Habíamos llegado a creer firmemente que asistíamos a los últimos días de la vieja civilización y que iba a empezar el reinado de la igualdad. Pocos eran los que resistían al ambiente revolucionario socialista en París, y en general bastaban dos meses de bulevar para transformar un liberal en socialista”.

Se sabe que la revolución de junio de 1848, que siguió a la de febrero del mismo año, fue eminentemente socialista. Tan poderoso era el movimiento, tan rico de hombres e ideales que podía, desgraciadamente, permitirse dividirse en tendencias dispares. En el palacio de Luxemburgo se reunían todos los portavoces del socialismo, con Blanqui, Luís Blanc, que presidía. Víctor Considerant, Vidal, Pecqueur, etc. Más tarde irá Proudhon, irá Víctor Hugo, irá Lamennais, irán otros. Pero no hay ningún marxista por la sencilla razón de que el pensamiento de Marx no es conocido, y el *Manifiesto Comunista* es ignorado por la inmensa mayoría, sino por todos. En cuanto a la penetración del socialismo en las masas obreras, basta decir que entre las bajas causadas por la lucha entre los trabajadores y las tropas, las deportaciones, los encarcelamientos, la disminución de la población parisiense fue, a consecuencia de la insurrección de 1848, de cien mil personas.

De la fuerza y de la influencia de este movimiento socialista francés, no orgánico, pero no por esto menos real, da testimonio el propio Marx en su libro *Revolución y contrarrevolución en Alemania* (capítulo *Rey de Prusia y la Oposición*):

“Este apresurarse la burguesía dirigente en ostentar apariencias de socialismo provenía del cambio profundo que se había operado en la clase obrera de Alemania. Cierta número de trabajadores alemanes que habían recorrido Francia y Suiza, se habían más o menos impregnado de nociones socialistas y comunistas entonces comunes entre los trabajadores franceses. El creciente interés que suscitaban esas ideas en Francia, desde el año 1840, puso de moda al socialismo y al comunismo también en Alemania. Y a partir de 1843 todos los periódicos estaban llenos de discusiones sobre los problemas sociales”.

Por su parte, Engels escribía en 1846:

“He aquí que los alemanes empiezan a saquear también al movimiento comunista. Como siempre, los más atrasados y menos activos procuran disimular su indolencia despreciando sus predecesores y apelando a los aspavientos filosóficos. Lo que los franceses y los ingleses han dicho hace diez, veinte o cuarenta años, (y es cierto que en la elaboración de la teoría socialista los franceses y los ingleses han precedido a los alemanes), lo que han dicho muy bien, muy claramente y con magnífico estilo, he aquí que los alemanes acaban de conocerlo muy superficialmente, y se ponen a vestirlo de hegelianismo. En el mejor de los casos, los

¹ Podríamos citar docenas de autores menos conocidos, que contribuyeron a fundar el pensamiento y el movimiento socialista.

redescubren tardíamente y lo publican en forma abstracta y empobrecida, presentando como recientísimo descubrimiento las ideas de sus predecesores. Ni siquiera excluyo a mis propios escritos de esa crítica. El solo aporte de los alemanes consiste en malos resúmenes y en la expresión de su pensamiento en forma directa e ininteligible².

El socialismo existía en Europa como doctrina definida y aspiración precisa medio siglo antes de que empezara a conocerse el marxismo -la primera edición inglesa del primer tomo del *Capital* apareció en Londres en 1867, la primera en lengua alemana, en 1872, la primera edición francesa en 1875, o sea cuatro años después de la Comuna que fue, también, una insurrección eminentemente socialista (el marxismo tuvo solo dos representantes sobre noventa en el consejo de la Comuna). Sin marxismo, el socialismo se habría desarrollado como se desarrolló en Inglaterra, como estaba desarrollándose en Alemania, y lo había hecho antes en Francia.

Repetimos que ni Marx ni Engels negaban haber tenido antecesores, pero tenían una pretensión: haber creado el *único socialismo valedero*. Según ellos, ni Saint-Simón, ni Roberto Owen, ni William Thompson, ni Fourier, ni Lasalle ni Luís Blanc, ni Proudhon, no Considerant, había creado los principios “científicos” que daban al socialismo una base seria y podían asegurar su victoria. Sólo ellos, Marx y Engels, habían hallado las verdades absolutas e inmovibles, los caminos certeros, los faros resplandecientes. Marx no podía pretender haber inventado la dialéctica, pero afirmaba que Hegel la había puesto cabeza abajo y que él la había puesto cabeza arriba, innovando el único modo científico de empleo. Lo mismo hizo en cuanto al socialismo. Su peculiaridad consistía en tomar lo que había dicho u hecho otros, y a vestirlo a su propio modo. Podrá decirsenos que su caso no fue único, pero el problema es saber si podemos aceptar las consecuencias de sus pretensiones imperialistas y de predominio absolutista tanto en el orden intelectual como en el orden político, histórico y social.

EL MÉTODO DIALÉCTICO

La base filosófica del pensamiento marxista es la dialéctica y el método dialéctico que fue fundado por Heráclito (576-480 antes de la era cristiana) cuyas ideas e hipótesis han influenciado la ciencia y sobre todo la filosofía, y las seguirán influenciando a través de sus lejanos discípulos y continuadores. Antes de ser conocido el pensamiento heracliteano, el concepto de las sucesiones, de las metamorfosis y los cambios de la vida en la tierra y en lo que se podía abarcar, siquiera en el pensamiento, del universo, había sido expresado por la escuela jónica en particular por Tales, Anaximadra y Anaximenes. Pero Heráclito aportaba una interpretación del mecanismo de estos cambios sucesivos, de estas transformaciones, de estas metamorfosis. Según él, a la base de todo estaba la lucha, la oposición de elementos contrarios, la cual explicaba el movimiento y las transformaciones observadas o intuidas. Por ejemplo, el fuego, principio esencial, parte del cual se cambiaba en mar, que a su se cambiaba en tierra, pero todo retornaba al fuego en que se producía la unidad. De todos modos, había movimiento, cambio constante, conflagración universal. De ahí afirmaciones, aforismos y sentencias como las siguientes: Homero erraba al decir: “¡ojala la discordia se apague entre los dioses y los hombres!” No veía que eso era pedir la destrucción del universo, pues si su

² Estas afirmaciones, y las de Marx que preceden, no han impedido a este último afirmar más tarde, reiteradas veces, la superioridad doctrinal de los trabajadores alemanes sobre los franceses, y la conveniencia de que la socialdemocracia alemana guíe al socialismo europeo.

demanda fuese satisfecha, toda perecería... “La guerra es el padre de cuanto existe, el rey de todo; de unos ha hecho dioses, de otros hombres, de otros esclavos, de otros, libres”.

Nada pues es extático, todo cambia y se modifica sin cesar. De ahí este pensamiento muchas veces recogido y repetido por los marxistas no sólo como la constatación de un hecho aplicado a la vida universal, sino como una norma interpretativa de la vida humana: “Todo cambia, todo fluye; no se entra dos veces en el mismo río” porque las aguas de este río cambian incesantemente. Esta visión de transformación constante puede parecerse, en todos los dominios, al eterno fluir y refluir de la vida: “lo mismo es ser vivo que muerto, despierto o dormido, porque, gracias a las transformaciones, esto es aquello y a su vez aquello esto”. El conflicto es ley, pero de él dimana el orden. Por eso “el conflicto es comunidad, y la Discordia es reglamento”.

Tratase aquí del orden físico. En el orden moral, pues Heráclito era un moralista, emite un pensamiento inquietante, sino desconcertante: “Bien y mal, todo es uno y lo mismo”. ¿Será porque la oposición de los contrarios iguala las cosas? Si todo elemento no es nada sin su contrario que lo estimule y provoque su enaltecimiento, tal vez pueda suponerse que el resultado será la armonía de los contrarios. Pero, en el pleno humano estas son más complejas que en el plano cósmico imaginado por los habitantes del globo, sobre todo hace dos mil quinientos años... Y surgen a nuestra mente puntos interrogantes cuando leemos: “Debemos saber que la guerra es común a todos, que la lucha es la justicia³ y que todas las cosas nacen y perecen por la lucha”.

Pero otros filósofos griegos tuvieron de la dialéctica una visión muy distinta. Así, Zenón, el eleático, casi contemporáneo de Heráclito, y considerado por Aristóteles como el verdadero fundador de la dialéctica, hizo de ella un juego del espíritu al mismo tiempo que un método de investigación filosófica. Ciertos de sus razonamientos han llegado hasta nosotros, tal el relativo a Aquiles y la tortuga.

“Jamás, decía, Aquiles, el corredor veloz, podrá alcanzar a la tortuga, porque primero deberá llegar al lugar de donde ella ha partido y mientras tanto la tortuga habrá adelantado un trecho que Aquiles deberá recorrer otro trecho; Aquiles irá acercándose, pero jamás la alcanzará”. Igualmente célebre es su afirmación de la inexistencia del movimiento, que Hegel aprobara más tarde: “La flecha que vuela está en reposo, porque si cada cosa está inmóvil cuando ocupa un espacio igual a sí mismo, no puede moverse”. Esto nos parece más un modo de aguzar el ingenio, lo que según parece Zenón conseguía, estimulando con sus aforismos, las búsquedas en materia de física; pero sí nos parece comparable con la sal que se pone en la mesa para hacer pan, no es el pan en sí, ni en sus resultados.

Otros muchos filósofos griegos de han reclamaron a títulos diversos, de la dialéctica. Así Parménides, Euclides de Megara, Diodoro, Platón, Aristóteles, Aristón, Arcesilas, y otros menos conocidos. Para todos ellos, la dialéctica, que implica siempre *diálogo*, examen contradictorio, es, lo repetimos, un modo de razonar, un instrumento intelectual, una forma de investigación. Pero mucho nos equivocaríamos si creyéramos que este instrumento ha sido empleado uniformemente, tanto por el valor a él atribuido como por la interpretación de los fines perseguidos. Así Parménides ataca la filosofía de Heráclito, afirmando que los que de ella hacen su ley “van al acaso, son hombres de dos caras que se dejan arrastrar”, para quienes “ser y no ser es lo mismo y no lo es”, que piensan que “que en todo existe una vía que se opone a sí misma”, “multitudes sin juicio real, para quienes esto es y no es, es lo mismo y no lo mismo, y todas las cosas van en opuestas direcciones”... “Esto no será probado jamás que las cosas son y no son”. Y conviene recordar que Parménides, al eliminar categóricamente las

³ Heráclito no nos dice lo que, en este caso, entiende por justicia.

contradicciones en la investigación, al dar a las matemáticas y al razonamiento racional el primer lugar, ha contribuido mucho a afianzar el espíritu científico⁴.

Para Platón, la dialéctica es, “la cumbre de la educación filosófica”, lo cual se explica si recordamos los procedimientos didácticos del filósofo dialoguista. La dialéctica se vuelve “arte de preguntar y responder, marcha ascendente regular del espíritu cuyo objeto es lo que hay más exacto, más claro, más puro y más cierto”. Y Aristóteles reduce el papel de la dialéctica al de las “ciencias poéticas”, de teoría, de encuesta, de arte de razonamiento. En cambio, según Crisipo, maestro de la dialéctica de los estoicos, ésta forma parte integrante de la filosofía.

Un examen más detenido nos revelaría mayor número de interpretación y matices, relaciones distintas entre la lógica y la dialéctica, un florilegio de conceptos donde entra el mismo Sócrates y el método socrático de preguntas y respuestas, o donde figuran los juegos discursivos de los sofistas, gente mucho más seria de lo que hace suponer la fama que se les ha dado, pero que por ser seria, intelectualmente hablando, mostraba que nada es absolutamente cierto, ni sobre todo, sencillo.

Con el triunfo de Roma sobre Grecia, y después con la larga noche consecuencia de la destrucción del imperio romano y del establecimiento de los bárbaros, el método dialéctico ha, como tantas manifestaciones de la vida intelectual e inteligente, sido borrado del espíritu occidental. Pero, cosa que pasa demasiado desapercibida, ha reaparecido, sino como método acabado, como procedimiento de razonamiento, especialmente en Francia y en Inglaterra, durante el segundo período de la edad Media. Entonces la escolástica domina las mentes pensantes, o que se esfuerzan por pensar, pero, y según las huellas que ha dejado en la memoria de los hombres, no es sino glosa petrificada de cuento se refiere a los libros sagrados y consagrados, por los distintos maestros, y las distintas escuelas. En ella domina la fe, que se basta a sí misma y que debe bastar para todo, huérfana de libertad, privada de iniciativa, encadenada por el despotismo tradicionalista de las autoridades religiosas árabes, por el intermedio de la escuela de Toledo, o de los eruditos movilizados o reunidos en el sur de Italia por Federico segundo de Hohenstaufen y por el cambio de las universidades de Italia, llegan a París y a Oxford los escritos de los pensadores griegos. Estos introducen no sólo el saber ya insuficiente de Aristóteles, sino la curiosidad intelectual, al espíritu de libertad e investigación. Se empieza a discutir, a dialogar, a examinar, a razonar. Este espíritu se encarna en un hombre genial, que se vuelve su portaestandarte, y contra el cual la iglesia lucha denodadamente por el intermedio de San Bernardo, principal instigador, en la época, de las cruzadas. Abelardo es creyente, afirma someterse a la autoridad de la iglesia (acaso, ¿puede hacer otra cosa?), pero quiere fundamentar la fe en el razonamiento, en la prueba, en la demostración, lo cual es abrir una brecha en la fortaleza del dogma. Y entro otros escritos pública, año 1121, *Dialéctica* en que somete la fe al examen crítico y racional. Después, o simultáneamente, abre su propio colegio de estudios, el Paraclete, donde acuden numerosísimos estudiantes de Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y España. Para muchos, la razón aparece inseparable de la dialéctica, y la dialéctica penetra en la escolástica con tanta más facilidad que ésta no es una filosofía determinada, sino método elástico de enseñanza en el que se puede verter lo que se quiere.

⁴ Observemos, por lo demás, que Heráclito no ha creado, ni movido a la creación de una escuela científica, de una teoría que favoreciera una innovación en física, en astronomía, en matemáticas, etc. En la cronología de la ciencia griega, Tales (acaso mítico, como individuo, pero real como escuela) y Anaximandro abren el paso a la astronomía, el segundo afirmando la pluralidad de los astros. Pitágoras desarrolla las matemáticas y afirma la esfericidad de la tierra; Xenófano sigue las huellas de Anaximandro y desarrolla su pensamiento. Hemos visto lo que aportó Parménides, agreguemos que Leucipo y Demócrito fundan la teoría de la constitución atómica de la materia y de la tierra, que después Epicuro recogerá y afirmará a su vez. Todos estos hombres, contemporáneos de Heráclito, o que le precedieron y siguieron de cerca, han fundado la ciencia griega y sus trabajos han conducido a Eratóstenes, a Hiparco, a Ptolomeo de Alejandría, a Euclides, etc. Pero Heráclito no tuvo en ese magnífico florecimiento de descubrimientos fundamentales, la menor parte.

La dialéctica aparece pues en ese período como un instrumento de liberación. Ha pasado el predominio de la dogmática cerril y liberticida. Y, en etapa complementaria, del racionalismo nace la lógica. Pero andando el tiempo la dialéctica se vuelve más arte de discurrir en abstracto que instrumento de investigación. Si el pensamiento occidental ha aprendido a oponer la negación a la afirmación, conquista apreciable y fundamental, le es necesario dar pasos nuevos, pues en los siglos XII y XIII, los filósofos discurren, oponiéndose los universitarios y los nominalistas, y otras escuelas empeñadas en acumular palabras sesudas y razonamiento abstractos.

Sin embargo, el espíritu ha sido desencadenado. En París, en Oxford, en Bologna, investigadores aislados, conocidos y desconocidos, estudian problemas de física, abordan la alquimia que muchas veces se confunde con la química naciente, o que le da nacimiento. Las matemáticas adelantan también, y harto de los juegos dialécticos verbales y de filosofía abstracta, un monje inglés, Rogelio Bacón, basándose en las investigaciones directas y en sus propias meditaciones, escribe su obra *Opus Maius* en la que afirma la superioridad de la “ciencia experimental” cuyos instrumentos deben ser las matemáticas, el estudio directo de la naturaleza, la filosofía moral. El “doctor admirable”, como se le llamará en adelante, sufre persecuciones, cumple catorce años de cárcel, se ve en parte obligado a retractarse, como Galileo se verá más tarde, y sus manuscritos son clavados en la puerta del convento por los otros monjes. Pero sus enseñanzas esenciales quedan. Y con él, el pensamiento occidental entra en la ciencia verdadera, libre de los apriorismos filosóficos, de los devaneos multiformes de la escolástica y la dialéctica.

Como método de investigación racional, filosófica o científica, la dialéctica había de nuevo desaparecido. Lo mismo que Gasendi y Pascal, el propio Descartes, que renovará la filosofía y dará un nuevo impulso decisivo a las ciencias físicas, se basa ante todo en las matemáticas. Después, los sabios, filósofos enciclopedistas franceses, como Condillac, la Mettrrie, Lavoisier, Condorcet y d’Alembert, hace lo mismo, como hace Leibniz que crea el cálculo diferencial al mismo tiempo que Newton⁵. Se sabe la prodigiosa influencia que los descubrimientos de éste último ejerció; en física, en matemáticas y en astronomía revolucionó el conocimiento y el pensamiento humano. Después de él, hombres como Lavoisier, Laplace, Lomonosov, Lalande, Lamarck, multiplican los descubrimientos que repercuten en la filosofía e incluso en el nacimiento del socialismo que de ella deriva. El propio Augusto Comte basó su filosofía social, el positivismo, en el conjunto de las ciencias así desarrolladas, y alas que coronaban la sociología.

Pero en 1771 nace Hegel, cuyo pensamiento evoluciona de un “radicalismo” indudable a un espiritualismo donde los valores abstractos del espíritu acaban por borrar el humanismo materialista que se podía, al principio, esperar de él. No procuraremos resumir la evolución de su pensamiento, no lo que se llama hegelianismo. Nuestro propósito es, ya que él a quien se refiere Marx y Engels al afirmar su adhesión al método dialéctico, resumir brevemente lo que interesa a este respecto.

Hallamos en Hegel, naturalmente remozados por su razonamiento propio, lo esencial de lo que Heráclito había expuesto en cuanto a la interpretación del mecanismo de la vida; un vasto sistema tendiente a explicar no sólo la evolución de los hechos físicos concerniendo nuestro planeta y el cosmos, sino la de la humanidad y de todos los aspectos de sus actividades y sus creaciones en el orden material infinitamente superior al que tenía en época de los pensadores griegos, teniéndose en cuenta el desarrollo de la humanidad y de sus obras en veintiséis siglos. A lo cual se debe añadir la predicción del “devenir” de nuestra especie en todo cuanto constituye sus características vitales propias.

⁵ Se sabe que Fourier se inspiró en los descubrimientos de Newton.

De nuevo, a la base del sistema se halla el movimiento dialéctico hijo del necesario choque de los contrarios, ley ineludible fuera de la cual no hay vida ni progreso. A su vez, el choque de los contrarios supone, el factor fundamental de la negatividad: la contradicción. Hegel coloca en primer lugar este principio:

“Si se establece como principio las primeras determinaciones reflexivas: la identidad, la diferencia y la oposición, entonces se debería, con mucha más razón, concebir y establecer como principio la determinación en la cual pasan como a su verdad⁶,” es decir: la contradicción cuyo principio debe ser formulado como sigue: *todas las cosas son contradictorias en sí*. Sin embargo es un prejuicio de la Lógica tradicional y de la interpretación común que la contradicción no sería una determinación tan esencial e inmanente como la identidad. Pero si hubiéramos de establecer una jerarquía y si fuese posible considerar aisladamente estas dos determinaciones, es más bien la contradicción que debería ser clasificada como más profunda y esencial. Con relación a ella, la identidad no es sino la determinación del simple inmediato, del Ser muerto, mientras la contradicción es la raíz de todo movimiento y de toda vitalidad; una cosa es capaz de movimiento, de impulso, de actividad sólo en la medida en que encierra una contradicción. Tampoco debe ser considerada como una simple anomalía que sólo aparece aquí y allá, pero es lo negativo en su determinación esencial, el principio de todo espontáneo movimiento, el cual no es otra cosa que la manifestación de la contradicción... Una cosa se mueve no sólo en la medida en que se encuentra aquí en un momento dado, y en otra parte en el momento siguiente, sino cuando, en el mismo momento está *aquí* y no *aquí*, en la medida en que al mismo tiempo está y no está en el mismo lugar... La abstracta identidad consigo mismo no tiene aún ninguna vitalidad, pero por lo mismo que lo positivo es en sí mismo negatividad, sale de sí mismo y emprende el cambio. Por consiguiente, una cosa vive en la medida en que encierra una contradicción y posee la fuerza de asirla y sostenerla”.

Cómo puede una cosa estar en el mismo tiempo aquí y en otra parte, es un misterio filosófico que pasa por encima de las leyes físicas, pero nadie puede negar que en cuanto a ejemplo de contradicciones efectiva no se puede pedir más. Que de una tal proposición salga la verdad positiva, nos permitimos manifestar cierto escepticismo. “Esto no puede ser probado, que las cosas que son, no son”. Estamos con Parménides contra Heráclito.

Fatal y necesariamente, según Hegel, la contradicción engendra la lucha permanente cuya apología se halla ya en el filósofo griego. Y las contradicciones permanentes y sucesivas, resueltas mediante la lucha y siempre renovadas y superadas mediante la lucha, constituyen el proceso dialéctico de donde toda vida dinamiza:

“Llamo *dialéctico* el principio motor del Concepto⁷ porque no sólo resuelve las particularizaciones de lo universal, sino que les produce... La dialéctica más alta del Concepto consiste en concebir la determinación no sólo en tanto que límite y contrario, sino también en hacer salir de ella el contenido y el resultado *positivos*, y sólo al proceder así es desarrollo y progreso inmanente. En este caso la dialéctica no es una actividad *exterior* de un pensamiento subjetivo, sino el *alma* propia del contenido, que produce sus ramas y sus frutos. Es la idea que se desarrolla en virtud de la propia actividad de la *Razón*: el pensamiento subjetivo no hace sino asistir a este desarrollo sin aportar nada propio. Estudiar una cosa racionalmente no consiste en aportar desde fuera una razón de ser al objeto y a elaborarla. Es el objeto en su que es racional”.

Estas consideraciones y afirmación básicas conducen a conclusiones precisas y generales que tienen sus repercusiones mediatas e inmediatas, e inspiran abiertamente a la filosofía marxista:

⁶ Poco claro, pero raras veces Hegel lo ha sido tanto como en este párrafo.

⁷ En *Filosofía del derecho*, Hegel llamaba concepto al saber, y en *fenomenología* del espíritu, “esencialmente a la idea”.

“Todo cambia, toda cosa elabora en su seno elementos “contrarios” que la descomponen;

“Todo se modifica, pues todo orden de cosas elabora elementos constitutivos de una nueva forma superior;

”Toda etapa de evolución se explica por las etapas que preceden. Toda etapa, todo peldaño. Todo “momento” de la evolución es necesario, su lógica, su fatalidad son inexorables”.

Anticipado sobre las críticas que habremos de formular a continuación en los distintos capítulos de este libro, haremos observar que los fragmentos reproducidos, que nos dan una idea sintética del método dialéctica según Hegel, nos lo dan también con relación a Marx. Aun cuando sus apologías, por defender el concepto materialista de la historia, no pierdan ocasión de repetirnos que Marx había eliminado de la dialéctica hegeliana todos los aspectos de espiritualismo abstracto y de metafísica de la Idea con la consabida triade *tesis, antítesis y síntesis*, Marx no ha dejado nunca de concebir la historia como el choque de contrarios (las clases poseedoras y las clases desposeídas) sin ver los otros factores -étnicos, intelectuales, psicológicos, etc.- Por esto ha afirmado siempre que la lucha de clases era el único motor, o el elemento dominante del desarrollo de las sociedades y de la humanidad; por esto ha afirmado y repetido, que su misión personal en esta lucha no consistía en estimularla, ni incitar al combate a la clase obrera, pues la evolución fatal, dialéctica, fruto de la lucha igualmente fatal y dialéctica de los contrarios impulsaba inevitablemente el desarrollo de los factores renovadores, contenidos en el seno de la sociedad misma; por esto sus apologistas de fines del siglo pasado y principios de éste subrayan que Marx se había limitado a formular el diagnóstico sobre la evolución inexorable hacia el socialismo; por esto Marx ha criticado a los que, retrospectivamente, se indignaban de la servidumbre, de la esclavitud, y otras monstruosidades so pretexto que su actitud era anticientífica, pues todas las etapas dolorosas recorridas por la humanidad habían sido necesarias, como tantos peldaños que debían subirse para llegar a la meta socialista; por esto Engels escribía que habían sido útil para la revolución social, la obra política liberticida de Bismarck colocando a Alemania bajo la hegemonía de Prusia, por eso los teóricos del Marxismo afirmaban al unísono, siempre a fines del siglo pasado y a principios de éste, la necesidad de la pauperización creciente del proletariado -visión deformada de los hechos-, el aumento creciente de la miseria de los campesinos -otra visión deformada-, etc. Filosóficamente, pero la más de las veces sin hablar, desde luego, de método dialéctico, de Hegel y Heráclito, todos los males sufridos por los pueblos eran considerados como un imperativo histórico contra el cual la indagación era estupidez a los ojos de Marx. “Todo lo que existe es lógico y necesario”, había dicho Hegel. Bakunin combatía esta visión “optimista” de la historia en nombre de la moralidad, de sus sentimientos humanos, de la conciencia humana de la justicia, pero el optimismo marxista era fruto del concepto dialéctico. Y la dialéctica de la historia no era fruto de la voluntad humana, sino d esa confrontación mecánica de contrarios que preside al desarrollo eterno de toda la vida cósmica en la cual se halla incluida, desde luego, la humanidad, la facilidad con que tantos marxistas -los más auténticos, los más integrales- han admitido la implacable y monstruosa dictadura comunista? Necesidad histórica, que forma parte de la dialéctica de la historia...

“En este caso, la dialéctica no es una actividad *exterior* de un pensamiento subjetivo, sino el *alma propia* del contenido, que produce sus ramas y sus frutos”. Hegel repite varias veces este pensamiento. Su consecuencia es que para Marx no hay necesidad de pretender imprimir tal o cual orientación a la sociedad. Bastaba prepararse para recibir la herencia que dialéctica e inevitablemente había de caer en manos del proletariado. Por esto, entre otras cosas, el marxismo -puro, integral- se oponía a las previsiones sobre la organización futura del socialismo. Rosa Luxemburgo, Kautsky, y otros hacía lo mismo. En base a este método, Marx creyó también poder prever el “devenir” inmediato. Pero no previó el fascismo, ni el hitlerismo, ni el régimen estaliniano, ni la evolución social del capitalismo, como veremos adelante.

Sin embargo, más de un lector podrá objetarnos que en su vida Marx, y los marxistas desplegaron una actividad histórica indudable para el triunfo del socialismo. Ciertísimo. El hombre que pretendía que la voluntad humana (nos referimos a la época en que Marx había creado su doctrina, el marxismo), no desempeña ningún papel en la historia -lo que bastante han repetidos sus discípulos, y muchos lo afirman aún- pues la dialéctica universal en la cual figura la de las sociedades humanas lo domina todo, es el ejemplo más magnífico de contradicción que a este respecto puede imaginarse. Pero la contradicción que a este respecto pueda imaginarse. Pero la contradicción de la contradicción, como la negación de la negociación y la renegación de la renegación, con todos sus vericuetos y sus laberintos forman parte del concepto dialéctico, o de los conceptos dialécticos. Momentos llega en que cuanto más intrincados, más dialécticos son, porque más opuestos y contradictorios. ¿Cómo, en tales condiciones, sorprende de la existencia de tantas escuelas marxistas?

Marx, adhiere a la dialéctica como a un instrumento de investigación o a un procedimiento científico-filosófico. Como hemos dicho, ha llegado a él a través de Heráclito y de Hegel, cuyas doctrinas y visión de la historia y del mundo han entusiasmado a parte de la juventud intelectual alemana. Pero desde luego se encuentra en la izquierda, y saca de las enseñanzas del filósofo que abría tantos y tan diversos caminos, lo que estamos obligados a llamar un método que Engels expone como sigue:

“Cuando sometemos a la observación intelectual la naturaleza, la historia humana y nuestra propia actividad mental, lo que nos aparece inmediatamente es la imagen, el encadenamiento interminable de hechos ligados unos a otros, influenciándose unos a otros, donde nada permanece donde estaba, ni como estaba, pero donde todo se mueve, se transforma, va, se realiza y perece. Este modo de considerar al mundo primitivo, cándido, pero justo en el fondo, es el de la antigua filosofía griega⁸ Heráclito lo formuló primero de todos y dice claramente: “todo existe y no existe”, “todo fluye, todo está en eterna transformación, en eterno devenir, en eterno perecer. Igualmente todo ser orgánico es al mismo tiempo él mismo y otro; en el mismo instante asimila materias extrañas a sí mismo, y destruye a su propia materia, en el mismo instante mueren y se crean células en su cuerpo”.

Este concepto de las cosas puede en parte sostenerse. Puede discutirse también. Sí, por ejemplo, tomamos la formación de un animal o un hombre, vemos que todo empieza por la conjunción de dos células unidad por un acto que llamamos de cópula, que no es acto de oposición y contradicción, y por la creación de una célula nueva que se multiplicará en forma prodigiosa hasta formar el ser, en sí maravilloso, que acaba por nacer. Idéntico fenómeno de multiplicación con el árbol cuya semilla inicial termina en frondosidades a veces gigantescas. Decir que el ser humano llegado a la plenitud, que la flor, el elefante, el secoya portentoso han podido realizarse por el mecanismo de la vida-muerte es situarse desde un punto de vista falso, pues la vida es ante todo afirmación y creación. Igualmente el gran todo cósmico aparece sintéticamente como armonía universal y no fatalmente de contrarios, los planetas, los astros, los sistemas solares, las galaxias se equilibran en el espacio-tiempo. Se nos puede oponer que los astros acaban por morir como tales; pero hay sobre todo transformación de las formas de

⁸ Engels hace aquí una generalización voluntariamente inexacta. Como se ha visto, no es la “filosofía griega”, así tomada en conjunto, la que defiende o preconiza la dialéctica, sobre todo considerada como sola interpretación valedera de la vida universal, humana y social, sino el solo Heráclito, Sócrates, que resumía su doctrina en el “conócete a ti mismo”, criticaba el empeño de asimilar y guiar el comportamiento del hombre según la vida del universo, y apartaba de su filosofía los conceptos científicos nacientes. En su explicación de la concepción de la materia, Leucipo, Demócrito, Epicuro formulaban en física la doctrina atomística, que nada tenía que ver con la dialéctica de Heráclito, y el último anticipaba n concepto de transformismo y de la evolución que se anticipaba a los del siglo diecinueve, y que, como hemos visto. Lucrecia resumió en su libro poemático: *Sobre la naturaleza*. ¡Cuántos ejemplos más podrían darse! Por otra parte, en el párrafo que sigue entre comillas, engels ha añadido elementos propios. ¡No se conocían aún las células en tiempos de Heráclito!

vida, transformación de la materia en energía, de la energía en materia, y los cataclismos cósmicos no alteran el hecho del equilibrio sin el cual el universo no existiría.

Igual ocurre con los corpúsculos que constituyen la materia. Electrones, neutrones, mesones y protones, los elementos diversos del átomo evolucionan según un mecanismo estable, y estas relaciones aseguran la permanencia, y la continuidad de la vida física.

En las manifestaciones de la vida biológica superior donde existen, desde luego, la lucha y la destrucción, no puede decirse sensatamente que la lucha incesante sea la ley general, y sobre todo la condición del progreso.

Sobre todo, en el dominio humano, individual y colectivo, es por una labor creadora, continua que *debemos* caracterizarnos, y que la humanidad se ha caracterizado. La actitud vital, social, conciente y voluntaria del hombre hacia sus semejantes y hacia sí mismo deber ser ante todo de aportación positiva permanente, a no ser que circunstancias ajenas a las necesidades y a la ética lo impidan. La vida-muerte y la muerte-vida no constituyen una norma de comportamiento, sino el caos permanente, la guerra elevado a la altura de un principio. Así no fue, afortunadamente, en la historia de la humanidad que Marx y engels sólo han sabido ver a través de los conflictos económicos.

Darwin ha insistido, en *Descendencia del hombre*, sobre un hecho propio de todas las especies, de todas las familias étnicas y practicado en el seno de cada una: el instinto social. Los instintos sociales sin los cuales el sentido moral no habría existido, constituyendo un factor biológico y primordial, de la existencia de toda colectividad, animal o humano. Y en su libro maestro *La ayuda mutua*, Kropotkin ha demostrado que las colectividades, animales o humanos, han perdurado y progresado en la medida en que han practicado la solidaridad, factor de sociabilidad y moralidad indispensable no sólo a la estabilidad de la vida, sino también, al mismo tiempo, a la evolución positiva. En toda la historia humana, la cooperación y no la lucha entre los hombres, ha permitido el perfeccionamiento de las costumbres, el desarrollo de los conocimientos, etapas nuevas de civilización.

Por consiguiente, cuando Marx defiende el método dialéctico en la forma hegeliana de conflicto, de confrontación de contrarios en lucha como única norma valedera de progreso, yerra doblemente. En primer lugar, porque lo humano tiene sus leyes propias, -el hombre es la medida de todas las cosas humanas- y son ellas las que deben dictar el comportamiento de los hombres. En segundo lugar porque se puede oponer a la visión unilateral y discutible de la lucha universal, la armonía universal, -a la cual desemboca Heráclito, a pesar de sus fórmulas terroríficas- ya que los dos hechos se hallan en la naturaleza en forma de coexistencia donde lo positivo vital domina sobre la mutua destrucción que, a la postre, no podría llevar sino al aniquilamiento material y al nihilismo filosófico.

Y a este último nihilismo aboca, en última instancia, el método dialéctico marxista. Marx y Engels justifican la transformación de la sociedad en virtud del hecho que todo lo que vive lleva en sí lo que ha de matarlo y sustituirlo hasta ser, a su vez, muerto y sustituido por aquello a que habrá de dar nacimiento. Así se justificaría el remplazó de la sociedad capitalista por la sociedad socialista. Pero, una vez constituida, esta sociedad socialista, ¿habrá en virtud de esa ley dialéctica “científica” de ser reemplazada por otra sociedad? ¿Debemos creer que el socialismo también está, en el porvenir, condenado a desaparecer? Si se nos responde negativamente, tenemos derecho a decir que el método dialéctico tal como ha sido definido por el marxismo, nos lleva a un callejón sin salida. Así considerado, es como una serpiente que se muerde la cola.

EL TOTALITARISMO INTELECTUAL

Marx como hemos dicho, pretendía haber renovado el método dialéctico de Hegel. Sus Discípulos que abordan este aspecto de sus actividades intelectuales no dejan de recordárnoslos. Pero no creemos inútil detenernos un poco sobre este tema, que constituye una de las fuentes de las contradicciones marxistas. Tomemos la referencia directa del post-prefacio de la segunda edición alemana del primer volumen de *El Capital*:

“Mi método dialéctico no sólo difiere por la base del método hegeliano, pero incluso constituye exactamente lo opuesto. Para Hegel, el movimiento del pensamiento, por él personificado con el nombre de idea, es el demiurgo de la realidad, la cual no es sino la forma fenomenal de la idea. Al contrario, para mí el movimiento del pensamiento no es sino el reflejo del movimiento real, trasladado y transpuesto en el cerebro del hombre.

“He criticado el aspecto místico de la dialéctica hegeliana hace más de treinta años, en una época en que estaba de moda. (Pero en el momento en que redactaba el primer volumen de *Das Capital*, unos epígonos quejumbrosos, pretenciosos y mediocres, que hoy hacen la ley en la Alemania, se complacían en tratar a Hegel como el bueno de Moisés Mendelssohn había, en tiempos de Lessing, tratado a Spinoza, es decir como a un “pellejo”. Por esta razón me declaré abiertamente discípulo de ese gran pensador y, en el capítulo sobre la teoría del valor, hasta llegué a veces a coquetear con su modo particular de expresión). Pero, aunque, merced a su “quid pro quo”, Hegel desfigura la dialéctica apelando al misticismo, no por esto deja de ser él quien ha expuesto su movimiento de conjunto. Con él, la dialéctica anda cabeza abajo; basta con ponerla sobre los pies para darle una fisonomía realmente razonable”.

Contradicciones esenciales. Porque, en realidad, Marx no renovó el pensamiento de Hegel, a pesar de lo que pretendió. Leemos, en la documentadísima revista *Le Contrat Social*, en la que tantos comentaristas y estudiosos del marxismo se entregan a análisis críticos de seriedad excepcional, un estudio de Kostas Papaioannou, gran exegeta que prueba documentalmente, analizando escrito publicados en alemán cuando Marx no era todavía doctrinario cerrado, como el futuro autor de *El Capital* no había, personalmente, librado el menor combate contra la dialéctica hegeliana. En *Nationalökonomie und Philosophie*, Marx proclama que “Feuerbach había demolido la vieja dialéctica y la filosofía”. Y añadía en su entusiasmo: “¿Quién ha relevado el misterio del sistema? Feuerbach. ¿Quién ha enaltecido al hombre en lugar del farrago de antiguallas?, Feuerbach, Feuerbach, únicamente”... “La crítica positiva, seguía, diciendo Marx, debe su verdadera fundación a los descubrimientos de Feuerbach nace la crítica humanista y naturalista positiva. Al proclamar la reducción de la teología a la filosofía y a la antropología, al basar todo sobre el hombre y la naturaleza que constituyen su sustancia. Feuerbach ha fundado el mismo principio de la crítica radical que exige que el hombre recobre, por fin, todas las potencialidades que hasta ahora proyectaba fuera de sí, en un fantástico más allá”... “Hegel parte de la idea absoluta, es decir, en términos claros, parte de la religión y la teología”. “Después, niega la religión y la teología y apela al mundo real de la naturaleza y la historia”. “Otra gran acción de Feuerbach ha constituido en oponer a la negación de la negación hegeliana que pretendía ser el positivo absoluto”, “el principio que descansa sobre sí mismo del Hombre-Naturaleza”... Así, “la tercera gran acción de Feuerbach ha sido haber fundado el verdadero materialismo y la ciencia real, haciendo de las relaciones reales del hombre a hombre el principio fundamental de su teoría”.

Marx, pues, ha sobre todo comentado la crítica hecha por Ludwig Feuerbach, hacia quien se expresó, como hemos visto, con verdadero entusiasmo. Lo cual no impidió que, años más tarde, le clasificara entre los “epígonos” a los cuales atacaba, reivindicando a Hegel. Pero

Feuerbach no aceptaba las teorías marxistas. Entonces Marx apeló a los procedimientos desleales que fueron siempre los suyos para ridiculizarlo o combatirlo. Estos procedimientos también, históricamente, forman parte del marxismo y una parte importantísima.

En realidad, Marx ha llamado dialéctica una cosa muy distinta de lo que Zenón -y otros filósofos griegos, menos Heráclito- entendieron con este vocablo. Para ellos, se tratada de un modo de razonar, y de investigar *mentalmente* (no experimental, por falta de medios técnicos) sobre la vida y el mecanismo de la vida física en general. Los razonamientos eran especulativos aun cuando se aplicaban a cosas concretas. Después del largísimo eclipse producido por la destrucción de la civilización griega, en toda el área geográfica donde fue fundada, la ciencia experimental es reivindicativa por Francisco Bacon en los siglos XVI-XVII, nace realmente en el siglo dieciocho y es desarrollada en el siglo diecinueve. Triunfan entonces las distintas formas de experimentación, de verificación constante, independientemente de los preconceptos de la dialéctica. Nace el método inductivo-deductivo, el positivismo, el concepto cinemática del universo. Marx, y sobre todo Engels, aprobado por los marxistas, asimilan a su modo esta ciencia y sus descubrimientos. Pues no puede, según ellos, haber otra clase de materialismo que el dialéctico, y el materialismo dialéctico no puede sino ser marxista. Empero ¿en qué consiste este materialismo dialéctico? En su refutación a Feuerbach, Engels lo explica por “el modo de considerar al mundo” no como un conjunto de cosas acabadas, sino como un conjunto de procesos donde las cosas, aparentemente fijas, y estables del mismo modo que las nociones que constituyen las imágenes impresas en nuestro cerebro, están en estado de perpetuo devenir en el cual se cumple una evolución continua a pesar de todos los retrocesos momentáneos y todas las contingencias aparentes”. Pero, agrega Kautsky al comentar este párrafo, “la fuerza que determina toda evolución es la lucha de los contrarios”.

Volvemos a Heráclito y al hegelismo. Con ciertas variantes, sin embargo, pues en otras partes Engels nos dirá que la dialéctica consiste en “el desarrollo de los cuerpos celestes y las especies orgánicas” que “pueden vivir en circunstancias favorables en la naturaleza, nacen y parecen”, ¿Qué agregan estas palabras a la ciencia experimental, y al concepto de la evolución?

Millares y millares de sabios han estudiado todos los fenómenos d la vida que estaban a su alcance, millares siguen, desentrañando el átomo, descomponiendo en sus elementos fundamentales las células orgánicas, sondeando el espacio sobre distancias inimaginables, analizando los fenómenos físicos del universo y han ignorado, e ignoran el método dialéctico. Ni les hace falta como no hizo falta a Kepler ni a Galileo. Lo que precisan son telescopios o microscopios cada vez más potentes, son matemáticas continuamente desarrolladas, es un genio intuitivo que complete la labor de la inteligencia, es la coordinación de sus esfuerzos, la acumulación de materiales, datos, hechos, don analítico, crítico y constructivo necesario. La mayor parte de ellos se encogerá de hombros si se les dice que emplean el método dialéctico marxista, y es inconmensurable vanidad pretender que sin este método nada habrían descubierto. Aún en la época griega, un Arquímedes, un Euclides, un Eratóstenes que hicieron descubrimientos sobre los cuales se construyeron después todas las ramas de la ciencia, habría respondido con ática ironía si se les hubiese dicho que sus investigaciones tenían algo que ver con la dialéctica, sobre todo con la del que, en el siglo pasado inspiró a Marx.

Las definiciones materialistas dadas por Engels, cuando son justas en sí, no tiene originalidad alguna.

Pero el imperialismo intelectual de Marx y Engels necesitaba anexionarse la ciencia, con lo cual el materialismo científico-filosófico se volvió para ellos sinónimo, o interpretación única valedera de la dialéctica, y esta dialéctica, única aceptable sin ser estampillada por un cuño doctrinal. Mucho menos si se traba de ciencias aplicadas a la humanidad, a su vida, a la interpretación de la historia, a los fenómenos sociales en general. Esta pretensión desmedida fue una de las

causas mayores que llevaron al socialismo hacia las desviaciones autoritarias, estatólatras y dictatoriales que conocemos.

La intolerancia hacia las escuelas científicas no afines con sus conceptos ha sido permanente, Engels se desgañó para aplicar su método dialéctico a la explicación de las leyes del universo, y como las teorías de Newton no coincidían con las suyas, no vacilaba en rechazar los descubrimientos fundamentales del genio que por primera vez explicaba las leyes físicas fundamentales del cosmos, leyes todavía respetadas y observadas en nuestros días para la astronáutica practicada por los marxistas rusos y los navegantes todos del espacio. Para Engels, Newton era, un “burro de la inducción”, un plagiaro “un chapucero”. Mas tarde, como los conceptos darvinianos de la evolución (a los que marx había aplaudido antes de elaborar su método imperialista científico), no coincidían con el método dialéctico, por lo menos en ciertos aspectos. Darwin se volvió persona no grata entre los marxistas, y su concepto de la evolución no fue oficializado. Pero cuando los descubrimientos de Mendel y de De Vries han conducido a la teoría, amplia y experimentalmente comprobada, del mutacionismo, los partidarios de la explicación dialéctica de la aparición del hombre hubieron de comprender su derrota, y callar. El hombre no nación del conflicto entre dos fuerzas, de la lucha de los contrarios, sino de una mutación que hasta ahora no ha sido explicada. Por lo demás, ¿cómo puede todo paso delante de las especies simiescas y antropóideas, explicarse mediante procesos conflictuales?

Con todo, en Rusia y bajo la dictadura pontifical de Stalin, la ciencia “marxista” creyó poder someter las leyes de la vida a su imperio. Ya en Francia, el profesor Marcel Prenant escribió, hacia 1925, un libro titulado *Biología y Marxismo*, para demostrar que sólo el marxismo interpretaba los hechos biológicos de acuerdo a la verdadera realidad. El método dialéctico marxista pretendía explicar la aparición de especies o variedades nuevas, que por los demás decenios y decenios de años de trabajos de laboratorios no han hecho aparecer, mientras las experiencias mutacionistas, sobre especies animales y vegetales, se practican corrientemente en todo el mundo civilizado donde la ciencia vive con libertad.

En Rusia, Stalin quiso corregir estas teorías llamadas “reaccionarias” (desde Marx, todo lo que no coincide con su pensamiento es “reaccionario”, lo cual justifica para las huestes fanatizadas las peores persecuciones). La biología constituía un terreno base. Si se mostraba que las leyes esenciales de la vida orgánica podían recibir una explicación marxista la victoria tendría resonancias formidables. Precisamente, un jardinero aficionado, o “amateur”, Minchurín, se entregaba a ensayos que recordaban los del monje Mendel, y llegaba a conclusiones revolucionarias. Según él, los caracteres adquiridos por los seres vivos eran o podían ser hereditarios, contrariamente a lo que profesaban todos los biólogos del mundo; se podía modificar las leyes de la herencia, y las formas de la vida, provocando la aparición de nuevos cromosomas o influyendo sobre los existentes. Bastaba, para conseguirlo, modificar artificialmente el determinismo ambiental. La cosa hizo mucho ruido. Se iba a crear variedades agrícolas soviéticas, multiplicar el número de corderos y terneras por madre, y ya las vacas de Kostroma daban dos o tres veces más leche que las vacas capitalistas. Al mismo tiempo, se cosechaba algodón de todos los colores, al gusto del consumidor, la repoblación forestal debía realizarse en vastísima escala gracias a los procedimientos michurianos de la biología marxista, y las cosechas de cereales habían de multiplicar sus rendimientos.

Naturalmente Stalin apoyó a Lisenko, el discípulo de Michurín, que ejerció una verdadera dictadura sobre la ciencia biológica, haciendo perseguir y condenar a los sabios auténticos que se mostraban más escépticos. Stalin habiendo desaparecido, Lisenko fue destituido de sus altos cargos. Se le dejó las ocho medallas de la orden de Lenin que le habían sido conferidas, como se mantuvo el nombre de la ciudad Mitchourisk así bautizada en honor al creador de la biología dialéctico-marxista. Pero Krutchev reintegro pronto en su puesto al charlatán y siguió prometiendo maravillas de la nueva ciencia. En el año 1959 las experiencias hechas en vastísima escala habían ya costado mil millones de rublos al Estado, a la nación soviética.

Ahora, Krutchev desalojado, sus sucesores han dimitido a Lisenko, y celebran a Mendel. Nada nos prueba que otros gobernantes no lo reintegrará mañana en su puesto de perito-dictador en biología marxista⁹.

En el orden político-social, las consecuencias son a menudo parecidas. Puesto que cada cosa existente “engendra su contrario”, las actitudes más contradictorias, más opuestas al fin perseguido, o enunciado, se justifican marxísticamente. Así ocurre con el problema del Estado. En principio, Marx y Engels querían suprimirlo. Sin embargo recomendaron su conquista, parlamentaria o revolucionaria. En principio Marx rechazaba el “cretinismo parlamentario” (ver su libro *Revolución y contrarrevolución*), y escribía refiriéndose a la Asamblea demócrata de Francfort, y generalizando sus conclusiones: “el cretinismo parlamentario, enfermedad que hace penetrar en sus víctimas desafortunadas la solemne convicción de que el mundo entero, con su historia, y su porvenir, está gobernado y determinado por una mayoría de votos en el cuerpo representativo particular que tiene el honor de incluirlos entre sus miembros, y que todo cuanto ocurra fuera del recinto parlamentario -guerras, revoluciones, construcciones ferroviarias, descubrimientos de minas de oro californianas, canales de América central, ejércitos rusos, y otras cosas de esta clase que tienen alguna pretensión de ejercer una influencia sobre los destinos de la humanidad- no es nada comparado con los acontecimientos inconmensurables que giran en torno al importante problema que en ese mismo momento absorbe la atención de la alta asamblea”...

Pero más tarde el mismo hombre llevaba a los partidos socialistas que le siguieron, a la conquista del parlamento, provocando con este fin la destrucción de la Primera internacional, y el hundimiento del socialismo europeo en el “cretinismo parlamentario”.

Contradicciones absolutas y absurdas para quien no se pierde en los meandros de los razonamientos “dialécticos”. Pero filosóficamente si toda cosa existente engendra inevitablemente su contrario, no hay, en el fondo, inconveniente grave en utilizar no sólo al parlamento para la conquista del Estado, sino al Estado mismo, incluso el Estado Burgués. En caso necesario, la dialéctica hecha arte de ensartar razonamientos y palabras acude en auxilio de los teóricos. Así como se nos dice en el *Manifiesto comunista*:

“A decir verdad, el poder político es el poder organizado por una clase para oprimir a otra. Si en su lucha contra la burguesía el proletariado se constituye necesariamente en clase, si mediante la revolución se erige en clase dominante, como clase dominante destruye violentamente al antiguo régimen de producción, destruye, al mismo tiempo las condiciones de antagonismo de las clases, destruye las clases, en general, y, por ende, su propia condición de clase. En lugar de la antigua sociedad burguesa con sus clases y sus antagonismos de clases aparece una asociación donde el libre desarrollo de cada uno es la condición del libre desarrollo de todos”.

Desgraciadamente, así como la conquista del parlamento ha llevado a las desviaciones que Marx había denunciado cuando se trataba de gente que no respondía en sus ideas, el dominio del Estado marxista ha aplastado al proletariado en lugar de emanciparlo, y nuevas clases sociales de privilegiados han sido instauradas por él. Pero, dialécticamente no hay motivos de sorprenderse. En efecto. Marx había escrito poco antes del *Manifiesto comunista*, en su *Crítica de la filosofía del Estado*, de Hegel: “la burocracia tiene en su poder el ser del Estado, el ser espiritual de la sociedad. Es su propiedad privada”... Y también: “la oposición entre el Estado y la sociedad civil está delimitada: el Estado no reside en, sino fuera de la sociedad civil, sólo en relación con ella mediante sus “delegados” a quienes la gestión del Estado está confinada dentro de estas esferas... El estado, por ser extraño al exterior y al ser de la sociedad civil está, por los delegados de este ser, mantenido contra la sociedad civil.

⁹ Recordemos lo que el gran biógrafo francés Jean Rostand decía a propósito de la suficiencia científica marxista: “La ciencia no puede explicar lo que es una moca, y pretenden explicar todos los fenómenos del Universo”.

El sistema de razonamiento huele algo a la negación de la negación hegeliana, pero su sentido es claro. No se trata del Estado burgués, sino el Estado *en sí*, y esta visión an-arquista de los hechos, que se halla en los escritos de Proudhon es reforzada después de la Comuna de París, a propósito de la que Marx tomo de nuevo una posición netamente an-arquista que sus comentaristas partidistas se guardan siempre muy bien de recordar al enaltecer las páginas elocuentes de la *Guerra civil en Francia*:

“La unidad de la nación no debía ser destruida, sino, al contrario, organizada por la constitución comunal; debía ser una realidad mediante la destrucción del poder de Estado que pretendía ser la encarnación de esta unidad, pero quería ser independiente de la nación misma y superior a ella, cuando sólo era una excrescencia parasitaria de la misma”.

Y por acaso se quisiera apelar a interpretaciones dialéctico-casuísticas, reproduzcamos también lo que Marx, engels y Lafargue decían en la *Circular confidencial* enviada en 1872 a las secciones de la Primera internacional para combatir la influencia de la tendencia bakuniniana y de la alianza socialista revolucionaria constituida por Bakunin, y que orientaba las secciones internacionalistas de España, Italia y de la Federación del Jura:

“Todos los socialistas entienden por anarquía lo siguiente: una vez alcanzado el objeto del movimiento proletario, la abolición de las clases, el poder del Estado, que sirve para mantener a la gran mayoría productora bajo el yugo de una minoría explotadora poco numerosa desaparece, y las funciones gubernamentales se transforman en simples funciones administrativas.

”Pero la Alianza toma las cosas al revés. Proclama la anarquía en las filas proletarias como el procedimiento infalible para destrozarse la poderosa concentración de las fuerzas sociales y políticas que están en manos de los explotadores. Con este pretexto, pide a la Internacional, en el momento en que el viejo mundo procura aplastarla, al reemplazo de la organización por la anarquía. La policía internacional no pide nada más.

El caso es que jamás la Alianza pidió la proclamación de la Anarquía, y recordemos que era la *Alianza socialista revolucionaria* después de haberse llamado, al nacer, Alianza de la democracia socialista. Jamás pidió que se suprimieran la organización por la anarquía, pues al contrario Bakunin, su principal fundador, escribía textualmente en una carta a sus amigos franceses Varlin, Albert Richard, Aubry y Bastélica que, después de haber atravesado la primera fase, de destrucción que era la base anárquica, se impondría la acción “colectiva de todos los revolucionarios, acción no revestida de un poder oficial cualquiera, y por ende más eficaz, acción natural y libre de todos los socialistas enérgicos y sinceros, diseminados en toda el área del país, de todos los países, pero fuertemente unidos por un sentimiento y una común voluntad”. Y siempre en todos sus escritos Bakunin insistió sobre la preparación previa de los cuadros de la sociedad nueva gracias a las sociedades obreras y a las federaciones nacionales e internacionales de las mismas.

Cuando, cuatro años después Marx disolvió la Primera internacional a la que había ya destruido de hecho en el Congreso de la Haya año 1872 al expulsar fraudulentamente a Bakunin y a James Guillaume, y al trasladar la sede del organismo a los Estados Unidos, lo que equivalía a dar un golpe de muerte a lo que tantas esperanzas había despertado. Bakunin y sus amigos de la Alianza se esforzaron por mantener en vida hasta el último momento, a este organismo. Celebrando congresos y tomando resoluciones de organización y obra constructiva que todavía hoy pueden servir, por lo menos en parte, al proletariado. Y cuando, en 1876, Bakunin, agotado, se retiró de la lucha (debía morir poco después), escribía a sus compañeros y a los trabajadores aún miembros de la internacional:

“Organizad siempre más la solidaridad internacional, práctica, militante, de los trabajadores de todos los oficios que, y recordar que, infinitamente débiles como individuos, localidades o países aislados, adquirirán una fuerza inmensa, irresistible en esta universal solidaridad”.

Los papeles se han invertido. Contrariamente a lo que tantos comentaristas ignorantes o malintencionados afirman, o imaginan, es Marx el anarquista... teórico.... Hasta cierto punto sin embargo, pues mucho se equivoca y poco le conoce quien toma en serio sus sucesivas y muchas veces contradictorias afirmaciones y declaraciones de principios. Pero la elasticidad de la dialéctica según la cual lo blanco es negro y lo negro es blanco, y todo puede interpretarse en las formas más diversas y siempre con lógica aparente, permite las posiciones más opuestas. Lo cual facilitó las múltiples interpretaciones del marxismo, y las tácticas contradictorias de los distintos partidos marxistas. Limitándonos a los últimos treinta años de la historia moderna, hemos visto a los comunistas alemanes proponer la alianza a los nazis antes de que Hitler subiera al poder, a Stalin aliarse con Hitler, lo cual permitió el estallido de la segunda guerra mundial; hemos visto a los comunistas atacar a Batista en Cuba, y atacar a Perón, por una parte y apoyarlo por otra.; (recientemente han propuesto) a los peronistas una alianza electoral que éstos rechazaron). Hoy mismo están haciendo cuanto pueden para trabajar conjuntamente con los franquistas contra los que se proclamaban ayer ser necesario mostrarse implacables. Los hemos visto, desde el triunfo de la revolución rusa, proclamarse en todos los países simultáneamente internacionalistas y nacionalistas; ayudar abiertamente al triunfo de Hitler al dividir las fuerzas antihitlerianas alemanas en las elecciones de 1933, oponiendo su candidato, Thaelman, al candidato de los demócratas y socialistas; hemos visto a los comunistas franceses “tender la mano a los católicos”, mientras combatían sañudamente a los socialistas; hemos visto en España a Largo Caballero marxista de izquierda, ser consejero de Primo de Rivera; como habíamos visto, antes de 1914, a los socialdemócratas alemanes votar los créditos de guerra, a pesar de constituir el partido marxista más impregnado de marxismo del mundo. Se ha visto, en el parlamento francés, después de la segunda guerra mundial, a los comunistas votar siempre con las derechas contra los gobiernos liberales, lo cual llevó al triunfo general de Gaulle contra el cual hoy llaman a luchar a los partidos que atacaban antes, so pretexto de defender la democracia.

Desde luego, estas actitudes contradictorias, tantas veces imprevisibles que ni si quiera pueden explicarse con la táctica de la “politique du pire” acarrear una ausencia total de moralidad. Al interpretar y explicar la historia en nombre de una especie de ley natural que preside a los desarrollos hijos de la lucha de contrarios, y a la influencia preponderante de los factores humanos sobre todo a la ética, a la que se arrincona en el museo de los trastos viejos, de las “p... metafísicas”, como escribía Pablo Lafargue, el yerno de Marx, principal fundador en España del partido socialista-marxista. Al pretender que la voluntad de los hombres no desempeña ningún papel real ante los acontecimientos, se elimina la moralidad, la honradez, el idealismo, el amor a sus semejantes, la lealtad, la rectitud, el deseo voluntario de progreso, las aspiraciones superiores del pensamiento y de la conciencia, todos factores evidentemente humanos sin los cuales no hay libertad, ni justicia, ni civilización.

La historia queda deshumanizada, y además la variedad de los posibles modos de interpretación dialéctica contribuyen a mantener en todo una incertidumbre con la que, en fin de cuentas, los juegos políticos, el apetito de dominación, los intereses de los jefes grande o pequeños (véase las luchas de banderías en el seno de los partidos políticos) acaban por imponerse con razones teóricas siempre aparentemente valederas. Si, además recordamos el postulado de Heráclito según el cual todo es y no es, todo está sujeto a interpretaciones sumamente elásticas. Más aún, si, inspirándose de Hegel (pero, ¿en qué medida es hegeliano cada teórico marxista?) se cree que “todo lo que existe es lógico” -también existió la dictadura de Hitler y existe la de Franco-.

En este maremágnum de interpretaciones posibles, de causas y concausas donde tantas veces no se distingue la causa del efecto, el medio del fin, que a su vez se vuelve medio, no se puede saber lo que es malo o es bueno, en parte por esa posibilidad de siempre recobrase que lleva en sí el método dialéctico. Y recordamos a Parménides diciendo de la dialéctica de Heráclito que sus adeptos “van al acaso, son hombres de dos caras que se dejan arrastrar”, que “piensan que en todo existe una vía que se opone a sí misma”.

Así, el optimismo está siempre justificado. Si, para llegar a una meta se toma un camino determinado, aunque aparente o sensatamente este camino conduce al polo opuesto del indicativo, el método dialéctico podrá demostrar que, cada cosa engendrando su contrario, el error cometido no tiene importancia puesto que por la reacción fatal del contrario que habrá de seguirle, la acción no podrá, a la postre, ser nociva. Se ayudará a la implantación del fascismo, pero lo contrario del fascismo habrá de producirse, por tanto de cualquier modo habrán contribuido a implementar la libertad que vendrá después. Así, también el infierno staliniano ha sido justificado por los marxistas comunistas con el pretexto de que era necesario pasar por él a fin de entrar más tarde en el paraíso socialista: cada cosa engendra su contrario... Y cuando se les demostraba los horrores que más tarde denunció Krutchev, los mismos, si tenían los conocimientos adecuados, replicaban que el capitalismo había engendrados horrores semejantes para llegar al desarrollo industrial, premisa necesaria en el socialismo. Científica y marxísticamente pues, esos horrores eran necesarios. El mismo Djilas, en su libro *La Nueva Clase* no dejaba de repetir que el régimen de opresión staliniana había sido necesario para el desarrollo industrial de Rusia, y uno de pregunta: ¿por qué lo denunciaba?

Observemos de paso que los marxistas tomaban por ejemplo, al justificar la opresión staliniana, la primera etapa del capitalismo de Inglaterra y Francia que tantos sufrimientos costó al pueblo de esas dos naciones, y no el nacimiento del capitalismo alemán, sueco, holandés, italiano, e incluso norteamericano, cuyos excesos represivos contra las corrientes revolucionarias del siglo pasado no son comparables con los horrores de la work-house inglesa o de la fábrica francesa.

La dialéctica tiene así secretos y arcanos que nadie podrá descifrar jamás y entraña peligros insospechados. Si cada cosa engendra su contrario, y es lógico, fatal y necesario que así sea, la libertad ¿engendrará la opresión?, y la opresión –que instauraron Lenin y Tostsky y que fue ampliada y sistematizada en Rusia por Stalin-, ¿no habrá de engendrar a su vez, la libertad? Las palabras, los principios, llegan así a no tener ningún sentido, y a la postre resulta filosóficamente lo mismo decir libertad que esclavitud, esclavitud que libertad. Este modo de razonar nos recuerda las tesis de ciertas sectas pseudo-religiosas, la que por ejemplo sostenía Rasputín: para entrar en el paraíso, es preciso ser absuelto de sus pecados, pero para ser absuelto de sus pecados es preciso haber pecado. ¡Pequemos pues, hermanos y hermanas! El paraíso está al final: tesis, antítesis y síntesis. Se podrá decir que hacemos una caricatura de la dialéctica, o que exageramos. Admitimos que algo de esto hay. Pero quien estudie la política marxista, del marxismo más ortodoxo sobre todo verá que en general los hechos han pasado como si se obedeciera a estas interpretaciones optimistas de rectificación automáticas y forzosas de acuerdo con la filosofía de Heráclito, Hegel y Marx. Quien ha seguido los hechos, el comportamiento de los partidos socialistas y comunista llegó, más de una vez, a la conclusión de que la convicción profunda de que el capitalismo llevaba inevitablemente al socialismo, constituía una seguridad tal que si se cometían errores en la política reformista o revolucionaria, la fatalidad del triunfo final por el desarrollo dialéctico inevitable de las cosas eran tal que los errores debían ser inevitablemente corregidos y que si se erraba en las medidas tomadas por el Estado revolucionario, la inevitable y fatal eliminación final del Estado había de reestablecer el respeto del hombre y asegurar las posibilidades futuras de organización no autoritaria. Los escritos de Stalin contenían estas promesas, mientras millones de personas morían en los campos de concentración.

LOS FACTORES DE LA HISTORIA

Si la confrontación de los contrarios es la ley esencial y necesaria de la vida y de la aparición de nuevas formas de vida, la historia humana no puede concebirse sino como una oposición constante de dos fuerzas antagónicas que engendran una tercera (tesis, antítesis, síntesis); Engels justifica, a la luz de este método, la lucha de clases, y da a sus consecuencias dimensiones tales que los demás factores quedan reducidos a proporciones ínfimas, cuando no eliminados.

“Entonces se vio que la historia no había sino la historia de la lucha de clases, que las clases guerreras eran, en todas partes y siempre, el producto del modo de producción y cambio, en una palabra, de las relaciones económicas de su época; que por consiguiente la estructura económica de una sociedad determinada constituye siempre la base real que debemos estudiar para comprender toda la superestructura de las instituciones políticas y jurídicas, así como los conceptos religiosos, filosóficos y otros que la caracterizan”.

Tomemos la primera parte de este párrafo, fundamental en la tesis doctrinal del marxismo: “se vio que la historia no había sido sino la historia de la lucha de clases”... En primer lugar, ¿Quiénes han sido los historiadores designados por ese “se” que parece indicar que la mayoría de ellos formuló tesis marxistas? Si una parte los ha ignorado ¿no fue porque su importancia no les pareció decisiva? Bien sabemos que el desarrollo de la vida de los conglomerados humanos puede enfocarse desde distintos puntos de vista, pero sabemos también que abarca otros factores de importancia primordial que han desempeñado un papel más o menos determinante según los pueblos, las razas, las épocas, las regiones, los continentes. La historia engloba desde la aparición del hombre sobre la tierra, sus primitivas formas de organización, todavía vivas, -aunque en forma recesiva-, en ciertas partes de América Central, África, y Australia; comprende no sólo la estructura de la horda, del clan, de la tribu, de la “gens”, de la fratría, de la aldea primitiva, instituciones que han durado centenares de siglos -puesto que la aparición del hombre remonta aproximadamente, según las actuales conclusiones de la paleontología, a un millón de años-, sino la vida económica, su nacimiento con la recogida y la caza, luego con la agricultura, el amaestramiento y la utilización de los animales, su desarrollo con los medios de transporte, las técnicas primarias de la industria, las ciencias, las religiones, las relaciones intra e ínter tribales, la constitución de las naciones, los sistemas políticos, la aparición y el desarrollo del Estado... Explicar la historia de la humanidad por el solo antagonismo de ricos y pobres, por la sola lucha de clases, o tomando estos factores como absolutamente dominantes, entraña una sistematización de asombrosa estrechez.

Revolucionarios¹⁰ y obreros asalariados, nosotros mismos, partidarios de la desaparición de las clases sociales por la cual hemos combatido durante toda nuestra vida, y seguiremos luchando hasta la muerte, mucho nos guardamos de omitir lo que la lucha de clases representa en la historia conocida de Egipto, de China, Persia, de Grecia, de Cartago, de Roma, de todas las naciones orientales y occidentales cuyo desarrollo nos es conocido. Pero es evidente que otros hechos tan importantes, cuando no más, han participado de la historia humana, y que descartarlos o ignorarlos, o explicarlos por la lucha de clases nos deja estupefacto.

Hacia 1933, la *Société du Droit International* publicó una estadística según la cual, en un período estudiado de 3.421 años, la humanidad había estado en guerra durante 3.153 años. Las luchas, entre hordas migratorias, y poblaciones sedentarias, naciones y Estados cuentan en la historia, particularmente de Europa y Asia, lo menos tanto como la lucha de clases.

¹⁰ Lo cual no significa que nuestros métodos de acción hayan de ser forzosamente sanguinarios.

Podríamos afirmar incluso que cuentan más. Basta comparar, en los siglos de existencia romana, la importancia respectiva de las luchas de clases entre plebeyos y patricios, y las guerras internacionales sostenidas con sus conquistas y el consiguiente avasallamiento de tantos pueblos, para que la realidad se imponga sin duda posible. Basta, en España, recordar los siete siglos de lucha contra los árabes, y leer la literatura de los siglos décimo a decimosexto para que se comprenda cuan pequeño papel desempeña la lucha de clases con respecto a la lucha radical y religiosa. Y ¿quién puede negar la importancia que después tuvo el período guerrero que llevó a los ejércitos españoles a la conquista de Sicilia y de casi toda Italia, a la conquista de Flandes y parte de Francia, a la lucha internacional religiosa por la “vera cruz” contra las naciones protestantes o mahometanas, periodo en el cual se inserta la conquista de América con sus, para España, desastrosas repercusiones, y que termina con la guerra contra la invasión napoleónica?

Ante estos hechos, que tanto influyeron en la vida material, económica, intelectual, social y política de España, ¿no aparece la lucha de clases como un elemento histórico de mucho menor cuantía? ¿No hubo, incluso, en España, como en todas las naciones, largas etapas en que el pueblo estaba con su rey (recuérdese el “¡Vivan las caenas!”) y con su señor contra el invasor y el conquistador? La plebe romana, única fuerza que podía hacer temblar a los emperadores, ¿no estuvo, durante siglos, con todos los ejércitos que avasallaban a los pueblos y naciones de Europa, Asia y África, mientras le fue posible vivir del saqueo de los países vencidos? ¿No aprovechaba entonces la población agrícola itálica de la explotación de los prisioneros esclavos que le vendían, en fructuoso negocio, los soldados de César, Lúculo o Pompeyo? Las temibles hordas de Gengis-Kan, Tamerlán, Atila, que destruyeron toda la civilización a su paso, tanto en la cuenca del Indo como en el Asia Menor, ¿practicaba la lucha de clases? ¿Qué diferencia en su actitud, decisiva para tan largo tiempo -la civilización de la cuenca del Indo no alcanzó nunca, después de su destrucción, un grado comparable al que había llegado-, que diferenciaba, para las poblaciones arrasadas o exterminadas al soldado, del oficial o del jefe supremo?

En Francia, después de la Guerra de los Cien años (hecha contra las tropas inglesas), por razones de imperialismo político y dinástico, la población había disminuido de cinco millones de habitantes, lo que, teniendo en cuenta el crecimiento vegetativo natural de la época, representaba una pérdida de siete u ocho millones de personas. Después de las guerras de religión, la pérdida era de tres millones, a lo cual debe también agregarse el crecimiento vegetativo. La población española que alcanzaba 20 millones de habitantes a fines del imperio romano, pasó a menos de nueve millones después de la expulsión de los árabes; las guerras de los Estados en el siglo diecinueve y hasta las guerras balcánicas (1912-13) causaron 58.000.000 de muertos. Se sabe lo que ha costado la primera guerra mundial, y más aún la segunda, se sabe de los trastornos políticos, económicos, las modificaciones introducidas en la vida de los pueblos... y que en todas estas luchas, el obrero, el asalariado, el campesino pobre ha estado más cerca de su amo, de su patrono, de su explotador con-nacional que del obrero, el asalariado, el campesino pobre de enfrente. El nacionalismo y el patriotismo han dominado sobre la lucha de clases. Tal es la verdad, por lamentable que nos parezca.¹¹

Pero, sigamos a Engels:

“Las clases guerreras eran, en todas partes y siempre, el producto del modo de producción y cambio, en una palabra de las relaciones económicas”.

¡Lastima grande que tanto él como Marx no hayan aplicado el método dialéctico, de investigación contradictoria, a sus afirmaciones dogmáticas! Habían así evitado decir

¹¹ Incluso los partidos socialistas marxistas estuvieron unos contra otros, integrándose en sus respectivos bloques: socialistas alemanes contra franceses y rusos, italianos contra austriacos, etc.

enormidades que por estar apuntaladas con una dialéctica verbal engañosa, son aún aceptadas como palabras de evangelio.

No ignoramos que los hechos económicos han movido, en ciertas circunstancias, a reyes y pueblos a empresas guerreras. La conquista de Inglaterra por los sajones tuvo por causa primordial la búsqueda de un espacio vital, lo mismo que la invasión de España por los celtas o visigodos. Movidos por las mismas necesidades, los normandos asolaron espantosamente a ciertas partes de Francia durante un siglo, hasta que el rey Carlos III les autorizó a hacer suya la región a la que dieron su nombre. Pueden citarse otros ejemplos, incluso más importantes, como el avance de los mongoles en China, o de las hordas asiáticas ya mencionadas en occidente. Pero explicar todas las guerras por los cambios de los medios de producción es un burdo abuso del silogismo.

¿Fueron los cambios en los medios de producción que opusieron a Francisco I y Carlos V para asegurar el “equilibrio europeo”? ¿Fue a consecuencia de cambios en los modos de producción que Ramsés II, Ciro, Alejandro Magno, Carlomagno, César, Luís XIV, Carlos XII de Suecia, Napoleón, Pedro el Grande (y antes Pedro el terrible), Bismarck, Hitler se lanzaron a la conquista del mundo conocido, o de territorios ajenos, barriendo tronos, trastornando la estructura de las naciones o de los imperios, cambiando los regímenes políticos, y tantas veces la estructura de la propiedad? El régimen de los Incas, verdadero capitalismo -otros dirán socialismo- de Estado fue implantado por jefes guerreros vencedores, y destruido por otros jefes guerreros vencedores: en ambos casos, la hazaña militar decidió de los principios jurídicos de la economía social. En toda la América latina, los conquistadores españoles y portugueses se adueñaron de la tierra poseída por los autóctonos, despojando a las comunidades indias (ou “ailus”), y con el derecho de la fuerza, y no a consecuencias de cambios en los medios de producción, constituyeron el régimen americano feudal que aún hoy pesa sobre toda la estructura económica política de tantas naciones. Al hacer pasar la propiedad de la tierra a manos de sus soldados y oficiales, Guillermo el Bastardo -al que ayudó y alentó el papa que no era movido por razones de técnicas de producción- modificó también la estructura social del país.

En España, a medida que los árabes refluían bajo las cometidas de los cristianos, las tierras pasaban a manos de los jefes guerreros, de sus subordinados jerárquicos y de las órdenes religiosas. En dilatadas partes de Asia y de Europa del este, donde los kanes mongoles dominaron, éstos fueron dueños de la tierra y explotaron durante siglos a los pobladores autóctonos en parte gracias a los administradores chinos traídos por ellos y que durante siglos cometieron tantas exacciones para beneficio del Estado, que el mismo recuerdo de los degüellos cometidos por los guerreros conquistadores pasó a segundo plano en la memoria de las poblaciones sometidas. En Europa central, en los Balcanes y parte de África del Norte, los dominadores turcos se condujeron, después, en la misma forma.

Las “clases guerreras” (y habría que ver si los jefes de tribus guerreras, o de hordas, como fueron en su tiempo los casacos, constituían una “clase”, precisamente en el sentido marxista de la palabra) , lejos de ser, como afirma Engels, “en todas partes y siempre los productos del modo de producción y cambio, de las relaciones económicas de su época”, fueron, al contrario, en la mayoría de los casos, y en su provecho, creadores de nuevos modos de relaciones económicas, de nuevas formas de propiedad, a menudo con hondas repercusiones en los modos de producción y cambio.

Las conquistas de Alejandro constituyen a este respecto una demostración suplementaria. Bajo su impulso todo el vasto imperio persa es desarticulado y se reorganiza, Egipto, Fenicia, la Caldea, Siria renacen a una vida económica intensa con la construcción de canales, la renovación del regadío que repercute en la agricultura, Alejandría es fundada y llegará a ser un emporio y más tarde el centro más espléndido de la cultura griega. Y al mismo tiempo que se

produce un renacimiento cuyas consecuencias durarán mucho más que el conquistador guerrero (que no fue, tampoco movido por los cambios de modos de producción), las inmensas riquezas monetarias en metales preciosos llevadas a Atenas modificarán la vida económica de Grecia, provocando o estimulando un desarrollo económico inesperado. En cambio, las cantidades de oro y plata enviadas a España a consecuencia de la conquista de América - hecho eminentemente militar- precipitaron la decadencia de España, empezada por la expulsión de los árabes.

Por otra parte, no sólo los cambios de modos de producción y de las relaciones económicas no fueron la causa principal de las guerras: éstas tuvieron lugar, cualquiera haya sido el modo o la clase de producción o actividad económica agraria, industrial, mercantil, pues han tenido por razón principal (no decimos única) la “libido dominandi”, o apetencia de dominio, las ambiciones de los aventureros de la historia, a veces las rivalidades y los odios de las poblaciones, como fue durante siglos el caso de las provincias francesas luchando entre sí, de la multitud de Estados alemanes en pugna continúa, de las ciudades italianas procurando sojuzgarse unas a otras, de los polacos y ucranianos entregándose a invasiones recíprocas durante siglos.

Para mejor plantear el problema, vamos a citar a Marx, reproduciendo una síntesis fundamental citada con bastante frecuencia, que forma parte del prefacio de su obra “*Crítica de la economía política*”:

“Para salir de las dudas que me atenazaban, emprendí un primer estudio, la revisión de la filosofía del derecho, de Hegel, estudio cuya introducción apareció en la *Deutch französische Jahrbücher*, editada en París, en 1844. Mis investigaciones me llevaron a pensar que las relaciones jurídicas y las formas políticas no pueden ser comprendidas en sí mismas, ni pueden explicarse tampoco por el supuesto desarrollo general del espíritu humano. Estas relaciones y estas formas nacen de las condiciones de la vida material cuyo conjunto constituye lo que Hegel llama, con los ingleses y los franceses del siglo XVIII, la ‘sociedad civil’. Es en la economía política donde debe buscarse la anatomía de la ‘sociedad civil’. Proseguí en Bruselas el estudio de esta ciencia empezando en París, pero que hube de interrumpir a consecuencia de un decreto de expulsión del señor Guizot. El resultado al cual llegué y que, una vez hallado, me sirvió de hilo conductor en mis estudios, pude formular del siguiente modo:

”En la producción social de su vida, los hombres establecen ciertas relaciones independientes de su voluntad, necesarias, determinadas. Estas relaciones de producción corresponden a cierto grado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. La totalidad de estas relaciones constituyen la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se constituyen la superestructura jurídica y política, a la cual responden modalidades sociales y determinadas de conciencia. El modo de producción de la vida material determina, de modo general, el proceso social, político e intelectual de la vida. No es la conciencia del hombre la que determina su existencia, sino su existencia social la que determina su conciencia. Llegadas a cierto grado de desarrollo, las fuerzas productivas de la sociedad están en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, en términos jurídicos, con las relaciones de propiedad en el seno de las cuales estas fuerzas productivas se habían, hasta entonces manifestado. Estas relaciones, que constituían antes las formas de desarrollo de las fuerzas productivas, se transformaron en obstáculo por éstas últimas. Entonces nace un período de revolución social. El cambio de la base económica arruina con mayor o menor rapidez toda la enorme superestructura. Cuando se estudian esos cambios violentos, es necesario distinguir siempre entre las perturbaciones materiales que quebraban las condiciones económicas de producción, y que se puede constatar con exactitud científica, y la revolución que barre las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas, filosóficas, en fin, las formas ideológicas que sirven a los hombres para que éstos tomen conciencia del conflicto, y se lo expliquen. Si es imposible juzgar a un individuo en base a la idea que se forma de sí mismo, tampoco se puede juzgar tal época de revolución sobre la conciencia que de sí tiene. Pero hay que procurar explicar este conflicto

por las contradicciones de la vida material, de acuerdo al combate entre las fuerzas productivas de la sociedad y las relaciones de la producción”

Antes de terminar esta cita, que constituye la espina dorsal del sistema materialista de Marx, recomendamos a los lectores registrar palabra por palabra la última parte de esta página que no da por así decirlo, la quintaesencia de la interpretación dialéctico-marxista de la historia.

“Un estado social no muere nunca antes de que se haya desarrollado en él todas las fuerzas productivas que puede contener. Las nuevas relaciones de producción superiores a las precedentes no ocupan su lugar antes de que sus razones de ser materiales se hayan desarrollado en el seno de la vieja sociedad. La humanidad sólo se plantea los enigmas que puede descifrar; porque, si analizamos debidamente las cosas, descubriremos que sólo se aborda el enigma cuando las condiciones materiales de su solución existe ya, o por lo menos se están elaborando”.

Nos hallamos ante el subyugar de la afirmación elocuente. Pero si, libertándonos del embrujo de las palabras, de la literatura trascendental, analizamos con calma el valor real de este trozo aparentemente filosófico-científico, descubriremos pronto que poco trigo hay en medio de tanta paja, y que esta síntesis auténtica de la filosofía marxista está repleta de errores, de ideas discutibles, y de semiverdades que, al ser presentadas como la única verdad, la convierten en otros tantos errores.

Así, la última afirmación “la humanidad sólo se plantea enigmas que puede descifrar” parece contener tanto saber y tanta sabiduría que constituyen una de las cumbres del pensamiento humano. A condición de dejarnos apabullar por el hechizo del verbalismo. Porque, si analizamos un poco, descubriremos que el primer enigma que la humanidad se ha planteado desde que empezó a pensar -es decir, a ser- es el de sus orígenes, del origen, del cómo y del por qué de la vida, y de su vida. Tan pronto nuestros lejanos antepasados pudieron observar, y reflexionar inventaron explicaciones donde la imaginación anticipaba las explicaciones racionales, y sobre todo la verificación experimental. Lejos estaba aún de “Las condiciones materiales” de solución. Hoy mismo hallamos en la literatura oral primitiva, que, con frecuencia cuenta decenas de milenios, mitos y leyendas que los etnólogos han recogido y siguen recogiendo, y que explican a su modo, anticipándose a la leyenda bíblica, el origen de la tierra, de los astros, de los seres vivos, hombres y animales. Vida, composición del cielo, naturaleza del sol, alternativas del día y de la noche, muerte, enfermedad, fiebre, viento, trueno y rayo, sueños, misterios de la muerte, todo ha procurado explicarse el hombre, y esto es su grandeza, (esa grandeza del “junco pensante” de Pascal), no ha renunciado nunca a saber. Mucho más cerca de nosotros, pero aún muy lejos de las condiciones materiales de investigación que habían de permitir verificar su hipótesis, los griegos procuraron hallar una respuesta a estas preguntas eternas, y ni ellos, ni los filósofos escolásticos, enciclopedistas, materialistas y positivistas han hallado respuesta a los esencial de tantas preguntas. Así la humanidad se ha planteado siempre tales enigmas, y en gran medida porque se las ha planteado ha salido de la animalidad. Y es probablemente que nunca los resolverá, que nunca hallará el “por qué” de la vida, que constituye el enigma de los enigmas, porque el hombre se interroga sobre muchos problemas que le es imposible resolver, y que no podrá resolver nunca, pues pretenderlo implicaría que fuera, en persona, el Dios por él imaginado. Ínfimo y fugaz, en el tiempo y en el espacio, ¿cómo podrá jamás abarcar lo que ha ocurrido durante los diez o más miles de años de tiempo que cuenta el universo, y los miles de millones de años-luz con que se mide su extensión?

Enigmas el por qué de la vida, enigmas el por qué de la muerte, el por qué de las reacciones humanas distintas, cuando no opuestas, en circunstancias idénticas: lo mismo puede sostenerse que un pueblo no se ha desarrollado en sentido superior porque las circunstancias o

el ambiente natural, no ha facilitado su evolución, que un pueblo se ha desarrollado porque las circunstancias desfavorables le han obligado a ingeniarse, a esforzarse para vencer el ambiente natural¹². Pretender tener a mano todos los hechos, es hacer frases, frases y frases. O ser poseído por un orgullo desmedido y una voluntad patológica de dominación intelectual.

El concepto sabiondo de Marx cuyo valor intelectual reconocemos, bastardea el espíritu humano. Porque su interpretación de la historia supone, en las distintas etapas recorridas por la humanidad, la preexistencia de los medios materiales de investigación, o, en más reducida interpretación, de factores económicos que constituyen el punto de partida del esfuerzo intelectual del hombre, mientras por regla general el espíritu del hombre, su facultad de pensar, imaginar, concebir, soñar, calcular, idear, construir en abstracto constituye el nacimiento, el origen de sus realizaciones materiales. Ciertamente, y diremos una perogrullada para que no se pretenda recordarnos hechos que no deberíamos tener que mencionar, la *necesidad de subsistir*, de perdurar, aguza la inteligencia, excita el trabajo de pensamiento. Ciertamente, a la base está la materia, pero rápidamente el ser humano rebasa esta etapa. Concibe un fin, -aunque sea el empleo de una herramienta primitiva-, un objetivo, una ambición, y después crea los medios de llegar a este fin, a este objetivo, o de realizar esta ambición. Durante milenios, el hombre ambicionó volar (no para cazar moscas) y acabó por fabricar el avión; quiso conocer el fondo de los mares, y acabó por construir el submarino muy mal empleado, por cierto; quiso conocer la estructura de la materia, el lugar de la tierra en el sistema solar, el lugar del sistema solar en el universo, y Euclides desarrolló las matemáticas, Galileo exploró el cielo. Hoy el hombre ambiciona realizar viajes interplanetarios, y multiplica los inventos y los descubrimientos físicos y mecánicos para realizarlos.

Materialistas nosotros mismos, -más exactamente partidarios de la interpretación *física* del universo, pues desde que Einstein ha demostrado, la equivalencia masa-energía, o materia-energía, la palabra “materialismo” ha perdido su significado tradicional- nos elevamos contra ese rebajar el materialismo científico y filosófico que engloba, entre otros, los valores espirituales propios del hombre, los factores psíquicos que se hallan incluso en nuestros hermanos inferiores; unos y otros forman parte de la materia, están consubstanciados con ella, pues tienen una base biológica, -y a su vez reaccionan sobre la materia misma, y la modifican. No despreciamos los problemas económicos, de volumen y formas de producción o de estratificación de clases. (El lector constará más adelante). En la medida del tiempo de que disponemos, seguimos paso a paso la evolución de la producción mundial, del crecimiento de la especie humana, de los problemas planteados por el reparto de las materias primas, por las relaciones entre industria y agricultura, naciones evolucionadas y no evolucionadas, de las perspectivas de agricultura y consumo. Los seguimos con interés, con pasión y con tensión, pero nos negamos a ver en el hombre únicamente o en forma predominante un animal productor y consumidor, y a rebajar la filosofía materialista al nivel a que la ha llevado el marxismo.

Se ha acusado a Marx, semita antisemita -pero que utilizaba astuciosamente a sus hermanos de raza cuando se trataba de combatir a las escuelas del socialismo opuestas a las suyas- de judaizar la historia. Es decir, según es costumbre en muchos israelitas a los que se obligó, por las persecuciones religiosas, a ser mercaderes o banqueros, de considerar los problemas humanos a través de una preocupación económica exclusiva o dominante¹³. El reproche no carece de fundamento, y nos parece útil confrontar el criterio materialista del autor de “*EL Capital*” con el de su gran adversario revolucionario, Miguel Bakunin, que no se separaba de él sólo por razones personales y tácticas, sino por otras, esenciales:

¹² Esta última tesis es la del gran historiador inglés Arnold B. Toynbee. Pero, en las colectividades como en los individuos, el resorte íntimo de los pueblos decide tanto como las condiciones exteriores.

¹³ Los banqueros lombardos y especialmente los genoveses fueron por lo menos tan ávidos de ganancias como los israelitas, y los mercaderes griegos podían a menudo dar lecciones a los banqueros israelitas.

“Con estas palabras, *material y materia*, entendemos la totalidad, toda la escala de los seres reales, conocidos y desconocidos, desde los cuerpos orgánicos más simples hasta la constitución y el funcionamiento del mayor genio: los sentimientos más hermosos, los pensamientos más elevados, los hechos heroicos, los actos de abnegación, los deberes como los derechos, el sacrificio y el egoísmo, todo, hasta las aberraciones trascendentales y místicas de Manzini, lo mismo que las manifestaciones de la vida orgánica, las propiedades y las acciones químicas, la electricidad, la luz, el calor, la atracción universal de los cuerpos, constituye a nuestros ojos otras tantas evoluciones sin duda distintas, pero no por eso menos solidarias de esta totalidad de seres reales que llamamos materia.

”Y observad que no consideramos a esta totalidad como una especie de substancia absoluta y eternamente creadora, según hacen los panteístas, sino como *resultado* eterno, producido y reproducido siempre nuevamente por el concurso de una infinidad de acciones y reacciones de todas clases y por la incesante transformación de los seres reales que nacen y mueren en su seno”.

Se apreciará la diferencia. Pero la estrechez mental y espiritual de la interpretación marxista debía tener, y tiene, en el dominio humano, repercusiones prácticas cuya gravedad e importancia son inmensas.¹⁴

Queremos insistir sobre los errores de se supuesto materialismo histórico reducido a economismo histórico. Pues como consecuencia de cuanto plantea la discusión aparecen los problemas jurídicos, sociales y morales que repercuten prácticamente en la vida de los hombres, en su desgracia o su felicidad, su libertad o su esclavitud. Así considerado, podemos decir que el stalinismo con todos sus horrores, es una consecuencia directa del pensamiento marxista, o más exactamente de cierto pensamiento marxista, pues insistimos en que es un error creer en la uniformidad, o en la coherencia permanente de las opiniones y de las actitudes de Marx.

“No sólo de pan vive el hombre”. Uno de los escritores que, después de la muerte de Stalin, pudo publicar una novela en la que describía ciertos aspectos de la sociedad soviética staliniana dio a su libro ese título que resumía muchas cosas. Agreguemos que el hombre no está solamente constituido por vísceras digestivas. Otros factores, que relevan de la vida psicológica superior, le son propios, y si les hacemos desaparecer, desaparece con ellos lo humano en nosotros.

¹⁴ No podemos resistir a la tentación de reproducir esta otra página de Bakunin, que demuestra cuando grande era el abismo que lo separaba de su adversario. Al tratar del objeto principal de la ciencia, “la reconstrucción física del universo”, Bakunin escribía en consideraciones filosóficas: “Esta misión, que acabo de anunciar, ¿no está en contradicción flagrante con la evidente imposibilidad, para el hombre, de realizarla algún día? Indudablemente sí, y sin embargo el hombre no puede renunciar a ella, y jamás renunciará. Podrán Augusto Comte y sus discípulos recomendarnos la moderación y la resignación, el hombre no se moderará, no se resignará nunca. Esta contradicción está en la propia naturaleza del hombre, sobre todo en la condición de nuestro espíritu: dotado de su formidable poder de abstracción, no reconoce no reconocerá jamás ningún límite para su curiosidad imperiosa, apasionada, ávida de saberlo todo, de abarcarlo todo. Basta decirle: “No irás más allá”, para que, con toda la potencialidad de esta curiosidad exasperada por el obstáculo, se lance más allá. A este respecto, el Dios de la Biblia se mostró mucho más clarividente que Augusto Comte y sus discípulos positivistas; queriendo sin duda que el hombre comiera la fruta prohibida, le prohibió hacerlo. Esta inmoderación, esta desobediencia, esta rebelión del espíritu humano contra todo límite impuesto sea en nombre de Dios, sea en nombre de la ciencia, constituyen su honor, el secreto de su poder y de su libertad. Al buscar lo imposible, el hombre ha realizado y descubierto lo posible, y los que se han *cuerdamente* limitado a lo que les parecía posible nunca avanzaron de un solo paso. Esta tendencia hacia lo eternamente desconocido es tan irresistible en el hombre, es tan profundamente inherente a nuestro espíritu que, si se le cortan la vía científica, el hombre abrirá, para satisfacerla, otro camino, el del misticismo.

Volviendo a la historia de España, constatamos la importancia de estos factores, que por su riqueza, su amplitud y su profundidad, desempeñan casi siempre un papel preponderante. Establecida la monarquía visigótica, consecuencia de una invasión guerrera, ella misma consecuencia lejana de la desaparición del agua en las altas mesetas asiáticas, se produce la invasión musulmana y el derribamiento de los visigodos porque a millares de kilómetros, un rico mercader, -rico por haberse casado con una viuda con dinero-, inspirado por el judaísmo, y considerando útil la creencia en un Dios único creador y dueño del mundo, ha fundado una nueva religión, como Buda y Confucio habían creado filosofías morales que aportaron nuevas reglas de vida. Este mercader, que deja de serlo para transformarse en profeta, es al mismo tiempo jurista y hombre de guerra, y sus huestes, fanatizadas, que vegetaban estérilmente en el desierto, se lanzan a la conquista del mundo.¹⁵

Extienden su dominio a toda la península arábiga, a Egipto, a parte del Asia hasta el norte de la India, todo lo que fue el antiguo imperio persa, y reino griego de Bactriana, el imperio alejandrino hasta los lindes del protectorado chino. Del oriente y del medio-oriente aprenden lo que la cultura griega -ateniense o alejandrina-, cretense, egipcia, indostánica, o incluso lo que se ha conservado de Caldea, Asiría y Asia menor en general había acumulado, o dejado. Al contacto con las civilizaciones orientales, y medio-orientales asimilan las ciencias, las técnicas, recogen el pensamiento filosófico, todo lo que queda -y queda mucho- de civilizaciones otrora floreciente, y que ha arraigado en lo que será más tarde el imperio de Bizancio. Gracias a este contacto permanente llevan a la península ibérica cuanto han aprendido. El intenso desarrollo de civilización que entonces se produce en esta península (como en el sur de Italia donde había florecido, otrora, la civilización griega) y que prepara lo que será más tarde el renacimiento en occidente, es resultado de esta inmensa aventura, una de las más extraordinarias de la historia.

El punto de partida fue individual y espiritual, el motor esencial, un imperialismo al principio religioso, y después político. Hechos eminentemente psicológicos a los cuales se opone, en primer lugar, la resistencia, al principio no muy grande, de una población que mantiene su espíritu étnico, y su racismo ibérico; sobre todo oposición religiosa, resistencia de los cristianos que no admiten el triunfo del Corán sobre la Biblia, de la media luna sobre la cruz. La lucha iniciada en el año 718 con la batalla de Covadonga durará hasta 1492. Hemos dicho anteriormente que durante ese período, como consecuencia de la reconquista militar, se constituyen los latifundios que provocan el estancamiento de la agricultura española. La iglesia se adueña de casi toda la riqueza del país. Por fanatismo religioso decaen los oficios y las artes profesionales, creación principal de los “perros moros”, la producción se paraliza. Fernando e Isabel instituyen la inquisición, que es ante todo instrumento de Estado y al mismo tiempo de lucha racista y religiosa apoyada por el fanatismo popular. España ha empezado a decaer antes de la toma de Granada: este estado de cosas durará cuatro siglos. El cambio de los modos de producción no desempeña el menor papel en estos acontecimientos; es el mismo provocado por estos acontecimientos; el concurso de hechos ante todo psicológicos y políticos sigue dominándolo todo, hasta la conquista de América, consecuencia del hábito de la guerra contraído durante los siglos de reconquista, y que acentúa el desorden económico con el aporte de las inmensas cantidades de oro y plata con las cuales España, que en tiempos de la dominación árabe era la nación más civilizada del occidente, abandona por completo producción y trabajo, comprando lo que necesita a Francia e Inglaterra, y se convierte en un país de frailes, soldados y mendigos.

¹⁵ “Marxísticamente” se puede explicar este lanzarse a tan formidable hazaña por las condiciones materiales extremadamente penosas en que vegetaban esos hombres. Pero “marxísticamente” puede explicarse también en el caso contrario: la superioridad técnica de los medios de combate proporcionados por el mayor desarrollo económico aseguró el triunfo.

Todo esto porque Mahoma, en el desierto de Arabia, tuvo la ocurrencia de fundar una religión. Si hubiera muerto del tifus, la historia de occidente habría sido otra. Es el famoso caso de la nariz de Cleopatra, invocado por Pascal.

Tomemos otro ejemplo de lo que representan los factores psicológicos, humanos, individuales en el desarrollo de la historia o el destino de las naciones. Se sabe que la conquista de Inglaterra por Guillermo el Bastardo -o El Conquistador- a que nos hemos ya referido, fue consecuencia de la batalla de Hastings donde el rey inglés Harold II fue vencido por los invasores. Pero esta victoria de Guillermo fue debida a una treta a la que, a última hora, y ante la imposibilidad de derrotar al adversario, atrincherado tras recias murallas, acudió el normando. Fingiendo huir con sus fuerzas hizo salir del recinto que les servía de fortificaciones a las tropas sajonas, y su caballería pudo entonces aniquilar al enemigo. Se sabe igualmente como, por su espíritu emprendedor, Mahoma II realizando una hazaña técnicamente imposible al parecer, se adueñó de Bizancio y dio el golpe de gracia al imperio bizantino.

Así constatamos que la astucia de un general, la traición de un jefe, una venganza personal como la hubo al origen de la invasión de España por los árabes, transforman por completo la historia de un país o de parte de un continente; que las ambiciones guerrero-humanistas de un Alejandro no sólo modificaron el mapa político de gran parte del oriente, sino el curso de su evolución, que lo propio hizo Genghis-Kan en sentido opuesto, y con inmenso daño para la civilización; que el genio militar y la ambición de Napoleón precipitaron la unificación de Alemania y transformaron Europa (a Napoleón se debe la constitución de la nación suiza tal cual es actualmente); que la voluntad de Temístocles salvó a Atenas, y a la civilización griega contra la invasión persa, en Salaminas.

Es verdad que los marxistas mantienen siempre en reserva un argumento muy empleado por Engels hacia el fin de su vida, y que nos asestan, siempre triunfalmente en opinión suya, cuando les oponen estos hechos indiscutibles: todos los acontecimientos políticos -la habilidad política de un Cavour para unificar a Italia, la visión poderosa de un Bismarck y el remate de la política unificadora de Prusia, iniciada por Federico el Grande, etc.-, han sido posibles como consecuencia de la previa constitución de los cambios técnicos materiales, de las nuevas normas de producción, y si insisten en la falta de pruebas y en las demostraciones contrarias, les contestan que así nos parece porque no advertimos la realidad de fondo, las fuerzas económicas *subyacentes*. Llegando a este punto, la discusión se hace imposible, porque no pueden probar de sopetón, que estas fuerzas no existían, lo mismo, o casi, que no pueden probar que no hay Dios en alguna parte del infinito cósmico. O, incluso si su demostración es patente, y afirman que Carlomagno no organizó el imperio de Occidente como consecuencia de la concentración del capitalismo, ni los Hohenstaufen organizaron el imperio romano-germánico a consecuencia de los cambios operados en los medios de producción, toman la expresión misteriosa de los inspirados por conocimientos secretos sólo a ellos llegados, como oyen voces los servidores de Dios, para lamentar, o reprochan tu indigencia. Y no admitirán que existe una evidente contradicción entre esta deshumanización de la historia (en o que de bueno o malo tiene la intervención humana, sea personificada por Pericles o por Napoleón, por Hamurabi o por Atila), y el papel atribuido por ellos a Marx, a Lenin, a Mao Tsé-Tung en la fundación del régimen llamado socialista, o comunista marxista sobre el tercio de la población mundial. Los recursos de la dialéctica son innumerables, en parte porque no se sabe nunca donde termina su interpretación de los hechos, ni donde empieza la dialéctica verbal hecha sarta de argucias.

Si buscamos, lo que históricamente, caracteriza a Europa, como conjunto de naciones y poblaciones, lo que le da su carácter distintivo y general más pronunciado, constatamos objetivamente que es el cristianismo. Las formas políticas han cambiado, las monarquías han sucedido al feudalismo, las repúblicas han reemplazado a las monarquías, los regímenes federalistas han coexistido, y coexisten con los regímenes centralistas, las formas de propiedad -latifundio, minifundio, burguesía, capitalismo, etc.-, se han constituido, modificado, están en

estado de transformación aquí, permanecen estables en otras partes; pero la creencia religiosa, y el cristianismo aun deformado, en sus distintas interpretaciones, han persistido, han sido el rasgo común más duradero de las naciones y las poblaciones de esta parte del mundo. La unidad espiritual ha sido más fuerte que las divisiones provocadas en los otros aspectos de la vida de los pueblos.

Hoy mismo, si buscamos lo que caracteriza a las poblaciones árabes, hallamos ante todo al islamismo. En el período de ocupación de España por los musulmanes, pudieron las querellas entre tribus, familias étnicas, poblaciones de orígenes distintos oponer, y debilitar mortalmente a los dominadores:¹⁶ pero persistió el lazo religioso. Hoy mismo, si sabemos que el pueblo turco es musulmán, le integramos inmediatamente a pesar de las diferencias raciales, en la masa constituida espiritualmente, de los mahometanos. Y separamos a la población del Pakistán, de la población india, para aunarla a esa familia espiritual. Porque así es la verdad, seamos o no creyentes, espirituales o materialistas.

Otro hecho se impone al hombre deseoso de conocer la historia de la humanidad primitiva, desde los albores de la civilización: es la multitud de los inventos de carácter espiritual, y la pobreza comparativa de los elementos de carácter material, o técnico, de trabajo y producción. Magia, mitos y mitología, leyendas, fábulas, veleidades literarias, religiones incipientes, cultos diversos pululan en todas las partes de la tierra habitada por los seres humanos, y sobrepasan por la inteligencia creadora que implican, a los pedernales tanto tiempo toscos, cuando no groseros con relación a sus objetivos concretos. Antes de saber dar una forma perfecta a un pedernal, nuestros antepasados han procurado explicarse la aparición del hombre con piedra esgrimida como instrumento de combate, de los antropoides de que se han separado. Idean un mundo fabuloso en que seres humanos y animales dialogan y son fuentes de leyendas. Tardan decenas de milenios de inventar la rueda -la civilización maya no la conoció nunca- pero esculpen la piedra, construyen monumentos tantas veces magníficos. No saben escribir, pero “interpretan” a su modo el “mundo” de las nubes que todo lo recela: lluvia, rayo, trueno, fuego, huracanes, viento, dioses, paraíso, infierno. Se preguntan adonde va el espíritu de los muertos, inventan fetiches, dotan de vida espiritual, buena o mala, las piedras, y los árboles. Se podrá discutir sobre las “categorías anímicas” de tales o cuales razas, la influencia “subyacentes” de los hechos económicos, el papel que el desarrollo de la burguesía desempeñó en la implantación del protestantismo: lo esencial es que, categorías o no, hechos económicos o no, la vida espiritual existe con tanta intensidad que está siempre presente en las cogitaciones y las actividades humanas.

Se ha constatado que la curiosidad intelectual está siempre extremadamente desarrollada en gran número de poblaciones primitivas. Centenares, millares de vocablos han sido creados para designar los vegetales diversos, los animales, los hechos naturales que se producen en el ambiente donde viven. Al sur de las Filipinas, los hanunoos conocen y nombran casi dos mil variedades botánicas. El vocabulario etno-botánico en los dialectos y las lenguas de los indígenas del Gabón suma ocho mil palabras. Los indios navajos conocen quinientos vocablos del mismo género. Otros indígenas de regiones distintas del globo muestran un mismo don no sólo de inventiva en cuanto al léxico, sino de clasificación del mundo natural que les rodea, de los vegetales y de las propiedades que les caracterizan. Y, subrayan los viajeros y los etnólogos que han estudiado tales regiones y sus pobladores, ese saber no se explica por las necesidades o la utilidad *práctica*. Si Marx, Engels y los marxistas no de explican que se canta por gusto de cantar, que se baila por el gusto de bailar, que se aprende por el placer de saber, los sentimos por ellos, pero los hechos son así, y los hechos, hechos son, como decía Segismundo.

¹⁶ No ignoramos los contactos de la vida diaria, las alianzas y los matrimonios que se efectuaron, pero el hecho colectivo dominante fue la oposición entre moros y cristianos, la lucha entre dos razas y dos familias espirituales, que terminó con la victoria de una sobre otra.

Tenemos pues derecho a repetir que, comparado con el don de inventiva del orden espiritual, el don de invento con fines de producción -armas, herramientas primitivas que miramos con interés apasionado en las colecciones prehistóricas- es extremadamente pobre. Hoy mismo, en numerosísimas zonas campesinas de la India, los habitantes son incapaces de cavar troncos de árboles partidos a fin de aportar agua a las aldeas donde el tifus, causado por el agua estancadas hace estragos. Empero, la civilización indostánica es una de las más antiguas, y el espíritu religioso domina en las mentes que la han recogido.

La Edad Media europea, que duró de fines del siglo V a fines del siglo XV, es un ejemplo de la influencia tantas veces primordial que ejercen los factores psicológicos, y hasta psíquicos sobre la vida material, el desarrollo o el estancamiento de la vida económica de los pueblos. Durante esos mil años, los inventos técnicos que podían influenciar tanto el progreso de la agricultura como el de la industria, e incluso determinar su nacimiento, fueron nulos, a consecuencia del predominio del espíritu religioso, del rechazo de la creación física, de la absorción de las mentes por las creencias, los dogmas, el fanatismo, las supersticiones. La adoración de Dios y de la Virgen, la devoción a los santos, a los ángeles tan numerosos según las creencias generales, que cada cual tenía el suyo propio, la obsesión del diablo, del Anticristo, del infierno, del paraíso, de la condenación eterna, de la salvación, y todas las preocupaciones que dominaban a las mentes, fueron mucho más presentes en el pensamiento de las poblaciones que la vida material inmediata. La literatura española de fines de la Edad Media -véase *La Celestina*- nos muestra a la persona condenada inesperadamente a morir, mucho más preocupada por la salvación de su alma, que por la pérdida de la vida, y el grito que entonces brota no es el de ¡socorro!, sino él de ¡confesión!, pues es menos importante desaparecer que no ser acogido en la gloria de Dios.

Este predominio de tales factores hace que las pocas técnicas que se empleaban, como el molino de agua, el torno del alfarero, el collar del caballo, conocido tarde y poco propagado, venían de la antigüedad o habían sido aportadas por las invasiones asiáticas. Si por fin algo se inventó, como la muela mecánica con los engranajes exigidos por su construcción, no se extendió su empleo. La fe extática, el temor y contemplación de Dios, la obsesión de la vida extraterrenal se opusieron a la vida material, inmediata, y esto explica en gran parte las terribles hambres que, como la de 1315-1317, hicieron morir el tercio de la población europea. La teología paralizaba a la inteligencia, impedía la investigación. Y cuando ciertas máquinas aparecen, no tienen por objeto la “producción”, de víveres y aportes utilitarios -cereales, legumbres, carne, vestidos, habitaciones, etc.-, sino la construcción de iglesias y catedrales, de castillos fuertes que sirven al señor feudal para asentar, mantener o extender su autoridad y su predominio, de palacios que, como las pirámides de Egipto requieren aparatos y máquinas especiales. Las primeras técnicas se emplean para cantar loas a Dios y crear formas políticas que, a su vez, modificarán la estructura económica y jurídica, lo cual acarreará o suscitará nuevos modos de producción.

Otro hecho explica la indiferencia o el rechazo de esta clase de innovaciones: para la iglesia y el espíritu de la época, el trabajo constituía en sí una ley moral impuesta por la ley de Dios, castigando en los hijos de Adán y Eva al pecado original. Por lo tanto no debía modificarse el orden establecido por este mandamiento divino (aunque, en los conventos, se hacían excepciones, lo que permite a los historiadores católicos oficiales decir que los monjes eran guardianes de la civilización). Para todo buen cristiano la tierra era un valle de lágrimas, y debía seguir siéndolo hasta el día de la Resurrección.

Cuando un teórico marxista explica el nacimiento de las ciencias, no deja de recordarnos que éstas aparecieron en Egipto, en Caldea, en Asiria, en Babilonia, bajo el imperativo de las necesidades materiales que obligaron a los labradores de esas épocas y regiones a observar las crecidas del Nilo, a medirlas, a preverlas, como obligaron a registrar, medir las tierras cultivadas, estudiar las fases de la luna, los movimientos del sol, la sucesión de las estaciones,

la duración de los días y de las noches. De ahí, nos dicen, nacieron las matemáticas, la geometría, la astronomía y otras ciencias físicas. Pues, no lo olvidemos, Marx ha escrito: “El modo de producción de la vida material determina, de modo general, el proceso social, político e *intelectual* (subrayamos nosotros) de la vida”. Sin embargo, fuerza es reconocer que ni Marx, ni Engels, han ido tan lejos como la mayoría de sus discípulos. Porque, Engels también escribió que “la aparición de las ciencias naturales exactas fue obra de los griegos del período alejandrino, y más tarde de los árabes de la Edad Media”.

Pero habría que saber *por qué* se produjo este nacimiento que dio lugar, en Grecia al prodigioso florecimiento de escuelas científico-filosóficas, a la creación de las matemáticas y de la física llevadas a tan alto grado por un Arquímedes, sin duda el mayor genio de la antigüedad, cuyo aporte es todavía una de las cumbres de la creación humana. Porque ni Egipto, con sus milenios de observaciones, ni Babilonia, que también contaba con enorme acumulación de tiempo y materiales, ni Caldea, ni Asiria aportaron, ni con mucho, una obra que pueda compararse a la de Grecia, y que todavía nos sorprende por la riqueza de pensamiento, de ingeniosidad, de hipótesis fecundas y de descubrimientos que la caracterizan. Habría que saber por qué Roma, heredera directa de tanta creación, no desarrolló cuanto le suministró la Grecia conquistada y avasallada, a pesar de cuanto los artistas, sabios y filósofos llevaron a la península itálica. ¿Por qué, diecisiete siglos después de la desaparición de Grecia como nación por obra de los ejércitos romanos -y no del cambio de los modos de producción-, renació o nació en el occidente europeo la vida intelectual de carácter filosófico, literario, humanista, influenciando el desarrollo de las artes, y de la ciencia experimental después del contacto establecido gracias a los cruzados partidos de Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y otras naciones más pequeñas? ¿Por qué entretanto brilló la civilización bizantino-griega con tanto esplendor?

¿Causas económicas? Pero nada distinguía el modo de producción de la Grecia del siglo quinto del modo de producción de la Grecia del siglo cuarto, tercero o segundo. Al contrario de lo que podría hacer suponer la explicación economista de la historia, a medida que Grecia entraba en un período decadente, que disminuía el vigor de su pensamiento filosófico y de su creación intelectual, las técnicas de producción, en la medida en que era posible, iban perfeccionándose -con el empleo del hierro, por ejemplo-. Pero sería más exacto decir que, tanto en la Persia antigua, como en Grecia, y en Roma después, los modos de producción seguían siendo los mismos. En Atenas y en los territorios a ella sometidos, el trabajo era, en gran parte, obra de los esclavos, generalmente prisioneros de guerra, que empleaban los mismos instrumentos aratorios, -en el arado de madera dominaba- la misma clase de herramientas que se emplearon en la época romana. Los artesanos, generalmente organizados en corporaciones como lo habían sido en Egipto tres mil años antes, eran casi todos griegos, a los cuales en Atenas sobre todo se mezclaban poco a poco los extranjeros, o “metecos”, y los esclavos semi o totalmente libertados. Esta identidad de formas técnico-económicas no impedía la mayor variedad de estructuras políticas: centralismo en Egipto y en Roma, federalismo separatista entre las ciudades griegas peninsulares.

Entre los factores humanos determinantes, conviene mencionar que diversos historiadores han insistido sobre la diferencia entre el hombre griego, individualista y social, y por esto lleno de curiosidad, de vivacidad intelectual e iniciativa, y por ejemplo el persa, el asiático sojuzgado por un amo déspota y que, con los suyos, constituía rebaños obedientes. El sometimiento político y el sometimiento mental a la fatalidad van a menudo de par. Luchando en las ciudades por su libertad, contra los poderes del Estado (el Estado-ciudad), celoso de su independencia, el hombre griego no se somete ni al amo terrestre ni a la fatalidad externa. Sus dioses son forjados por él, les alaba si satisfacen su voluntad, les ridiculiza cuando quiere, les opone unos a otros. Su espíritu es libre. Lo cual le predispone a mirar libremente al universo, a explotar el cielo y la tierra, a fundar la ciencia experimental, a inventar filosofías, a interpretar el mundo.

Si tomamos el paso de la estructura feudal a la burguesía industrial, la desaparición del feudalismo y la constitución de las naciones modernas, hallamos la misma diferencia entre los hechos reales -y no supuestos- y las afirmaciones clásicas del marxismo.

La ortodoxia marxista explica, siempre con ciencia sistemáticamente orientada, que a la sombra de los castillos feudales, y de las corporaciones de las ciudades de la Edad Media, el artesano nació y se desarrolló. De él vinieron las corporaciones con sus divisiones internas entre los maestros, compañeros y aprendices. Al desarrollarse la economía, y la riqueza, apareció una pequeña burguesía hija también de las jerarquías corporativas, mientras al interior del castillo feudal los artesanos empleados por el señor conquistaban lentamente su independencia y su autonomía. La clase que así se separó, utilizando técnicas nuevas, aumentó su capacidad productora, y no tardó en ser dueña de las comunas donde se creó una plutocracia, y de los organismos de gestión municipal. Paulatinamente el dinamismo económico, la riqueza, la banca pasaron a manos de estas fuerzas pujantes que entraron en conflicto con la estructura feudal. Las fuentes de riqueza se trasladaron de la agricultura a la industria, de la tierra al taller, a la fábrica. Así se constituyó el tercer estado, nueva potencialidad económica, que, frenado en su expansión por la estructura político administrativa vigente, eliminó esta estructura en beneficio de una forma de Estado que no constituía un obstáculo al desarrollo de la economía.

¿Cómo no inclinarse ante tan acabado esquema? Pero la realidad histórica ha sido muy distinta. No negamos, desde luego, que el desarrollo industrial haya ejercido una influencia más o menos grande en la eliminación del feudalismo, pero el caso es que, con o sin industrias, siempre los monarcas han combatido a los señores feudales, cuando no han sido ellos mismos, al principio, señores feudales en competencia con los otros para extender su dominio territorial. Así ocurrió en Francia, con la familia de los Capetos, así en Alemania con los Hohenstaufen primero, con los Hohenzolern después. Así en Rusia con los Ivanes, particularmente el Terrible, el “conquistador de tierras” que estableció su predominio absoluto y centralizador sin que su política respondiera a las necesidades o al dinamismo de la industrialización; así ocurrió en la misma España donde el centralismo de los reyes católicos fue la expresión de esta ambición de poder del que la rivalidad entre Isabel y la Beltraneja constituye un episodio característico. Igualmente la constitución del impero austro-húngaro fue, ante todo, una empresa genuinamente política, como lo fue la unificación del reino de Italia por la casa Saboya, absolutamente ajena al surgimiento de talleres, factorías y fábricas.

Lo que menos puede decirse es que el fin de la Edad Media, con su consecuencia, que fue la formación de grandes Estados, tiene también otras razones que las economías. Aun cuando éstas hayan, en ciertos casos, ejercido una influencia cierta, ésta no ha hecho sino agregarse a las realidades meramente políticas que habían existido desde largo tiempo. Taine y Tocqueville han probado, y todo estudio imparcial, por superficial que sea, prueba que al final del reinado de Luis XIV, Francia era ya una nación políticamente centralizada -mientras Alemania, superindustrializada, es todavía una nación federalista- donde los señores feudales habían sido arruinados a fuerza de impuestos, avasallados militarmente, absorbidos por la corte de Versalles, y no eran sino servidores envilecidos del monarca, dependientes del tesoro real. Nobleza titular, pero no efectiva, sin influencia política, reducida a nada, lo cual contribuyó decisivamente a abrir el paso a la burguesía mercantil e industrialista, que tuvo así el campo libre.

Este ejemplo de intervención del factor político, en el desarrollo económico de las naciones puede completarse por otros, que llenarían un volumen. Tal el caso de Pedro el Grande, que tanto hizo para el nacimiento de la industria en Rusia, no para favorecer el aumento del

bienestar general, sino para fomentar riqueza privada que sería fuente de copiosos ingresos en las cajas del Estado.¹⁷

Con idéntico espíritu Isabel de Inglaterra intervino en la vida económica de la nación, después de los dos monarcas que la habían precedido. Según la teoría marxista, los monopolios son fuerzas económicas constituidas por determinados intereses privados, industriales y financieros, y con su potencialidad dictan su política a los gobiernos. Pero Eduardo VI y María Tódor habiendo empezado, Isabel, inspirándose de ellos, fundó más y más monopolios en beneficio de los capitalistas, no porque fuera instrumento de los mismos, sino, para sacar de ellos dinero a fin de desarrollar su política internacional. Y así, a principios del siglo XVII existían, creados por la monarquía inglesa, monopolios privados de las pasas, del hierro, de la sal (también monopolio del rey de Francia), de la pólvora, de los naipes, de los cueros de ternera, de las pieles, de la alfarería, del vidrio, de la potasa, del plomo, de las pieles, del aguardiente, del papel, del estaño, del azufre, de los cepillos, del salitre, de las bordaduras de paños, de las lanas importadas de España, o de los tejidos de lana de Irlanda, del transporte de los cañones, de la cerveza, de los cueros en general, de los cuernos de animales, de la venta y la fabricación de otros muchos artículos. Y si bien es cierto que Isabel hubo de retorcer más tarde, constatamos como el Estado ha modelado, cuando le ha convenido, la estructura económica de las naciones, o hecho nacer ciertos privilegios a fin de explotarlos, como ha otorgado, mediante dinero, franquicias a las corporaciones o cartas jurídicas a los municipios, aún en trueque de quitárselos y volvérselos a vender después, a menudo varias veces en un siglo.

Si, como suponemos, las páginas que preceden son leídas por algún que otro marxista, no nos cabe duda de que, más de una vez estos lectores se habrán encogido de hombros o habrán reído de nuestra ignorancia. Tan convencidos están de que su concepto economista de la historia es el único valedero, que para ellos los factores que hemos enumerado implican una visión muy superficial y ni vale siquiera la pena discutirlos, a no ser que nuestras afirmaciones provoquen su cólera contra el profano empeñado en la crítica de la verdad indiscutible y total.

Pero, ¿si estos razonamientos, si lo que hemos expuesto de la historia fuera, por ejemplo, admitido, y más aún, expuesto o apuntalado por el propio Federico Engels, el compañero de Marx, del que hemos citado afirmaciones de tono definitivo? Pues el caso es que andando el tiempo, Engels, que a veces iba muy lejos en sus investigaciones, ha refutado a Engels, y confesado sus errores. Lo ha hecho tarde, y naturalmente sus discípulos han callado sus rectificaciones. Si Marx dijo en diversas ocasiones que no era marxista, Engels ha, en el ocaso de su vida, dejado a veces de ser engeliano.

Esto, por lo menos en dos ocasiones; la primera en una carta escrita a Conrad Schmitd, el 5 de agosto de 1890; la segunda en otra carta a José Bloch, el 21 de septiembre también de 1890. Es decir cinco años antes de su muerte. Traduzcamos del francés el texto reproducido de los dos documentos:

“... En general, la palabra “materialista” sirve, para muchos escritores recientes de Alemania, de frase simple con la cual se bautiza toda clase de cosas sin estudiarlas mucho, creyéndose que basta con poner rótulo para que todo esté hecho. Empero, nuestro concepto de la historia es, ante todo, una directiva para el estudio, y no una palanca que sirve para hacer construcciones, como hacen los hegelianos.¹⁸ Hay que volver a estudiar la historia, hay que someter a una investigación minuciosa las condiciones de existencia de todas las clases sociales antes de pretender deducir los modos de conceptos políticos, jurídicos, estéticos, filosóficos, religiosos,

¹⁷ El fundador de la socialdemocracia marxista en Rusia, Plejanof ha escrito páginas entusiastas y densas para encomiar el impulso dado por Pedro el Grande al desarrollo industrial de Rusia. No parece haber deducido la consecuencia, tan en contradicción con el marxismo, que aparece en el dominio teórico.

¹⁸ Obsérvese que esta frase implica un distanciamiento con respecto a los hegelianos.

etc., que les corresponden. A este respecto, necesitamos una ayuda de masa, el problema es inmenso, y el que quiera trabajar con seriedad puede hacer mucho y realizar una obra señalada. Pero, en lugar de esta labor, tenemos frases huecas sobre el materialismo histórico (porque es posible transformarlo *todo* en una frase), y un número excesivo de jóvenes alemanes sólo saben hacer con la mayor rapidez de sus propios conocimientos históricos relativamente escasos -¿no está la historia económica relativamente en pañales?- una construcción artificial sistemática e imaginarse después de ser cerebros poderosos”.

Por cierto, no hay aquí un repudio esencial del método llamado materialista de la historia (e insistimos una vez más en que sólo se trata de economismo histórico), pero según la confesión de Engels, las investigaciones hechas son tan superficiales que no pueden fundamentar una doctrina. Tanto queda por aprender, ahondar o descubrir que el edificio carece de bases suficientes. Lo cual vemos refrenado en la segunda carta a que nos hemos referido:

“... Se producen acciones y reacciones de todos los factores en el seno de los cuales el movimiento económico acaba por abrirse paso como una necesidad¹⁹ a través de la multitud infinita de casualidades.

“... Sino, el aplicar la teoría a cualquier período histórico sería, por cierto, más sencillo que la solución de una simple ecuación de primer grado.

“... Marx, y yo mismo, hemos de cargar con la responsabilidad del hecho de que, a veces, los jóvenes den más importancia que la debida al aspecto económico de las cosas. Frente a nuestros adversarios habíamos se subrayar el principio esencial negado por ellos, y no hallábamos siempre el tiempo, el lugar ni la oportunidad de dar a los otros factores que participan a la acción recíproca el lugar que les correspondía. Pero tan pronto se trataba de presentar una página de historia, es decir de obrar prácticamente, las cosas cambiaban y no había error posible”.

Esta última frase afirma una inexactitud manifiesta, pues si no se tiene en cuenta todos los factores que participan de una acción, es un contrasentido pretender que “no hay error posible”. Esos otros factores, pueden ser psicológicos, políticos, geográficos, históricos, culturales, etc. Y pesan, desde luego, sobre la economía, como Marx y Engels lo reconocían cuando trataban de los problemas políticos nacionales e internacionales, al enjuiciar las aptitudes de los hombres, los pueblos y las razas, (véase nuestro capítulo *Contradicciones y maquiavelismo*). En otra ocasión, Engels insistió sobre la influencia decisiva de los factores políticos con relación a la economía. No tenemos a mano este documento, pero bastantes pruebas contiene este libro para convencer al más reacio, por poco que quiera buscar la verdad.

LOS “DESCUBRIMIENTOS” DE MARX EN ECONOMÍA

En su mencionado libro *El Anti Daring*, Engels escribía:

“Estos dos grandes descubrimientos: *el concepto materialista de la historia* y la revelación del misterio de la producción capitalista por medio de la supervalía es a Marx a quien los debemos”.

¹⁹ Pero es indudable que este movimiento económico que *acaba por abrirse paso... a través de la multitud infinita de casualidades* no es pues la base, el factor y determinante que condiciona todo lo demás. Es él que aparece como condicionado.

Anteriormente, y con relación a esta supervalía, Engels, que fue coautor del *Capital*, y que por consiguiente podía interpretar mejor que nadie los “descubrimientos” mencionados había explicado:

“Fue demostrado que la apropiación del trabajo no pagado era la forma fundamental de la producción capitalista y de la explotación de los trabajadores que es inseparable de este hecho: que el capitalista, aun cuando pague la *fuera-trabajo* del obrero según el valor que tiene en el mercado en tanto que mercancía, obtiene sin embargo de ella más valor que lo que él ha dado para adquirirla; y que esta supervalía constituye, en fin de cuentas, la cantidad de valores de donde la masa de capital en crecimiento continuo, acumulada en manos de las clases poseedoras. El modo de proceder de la producción capitalista, así como de la producción del capital, estaba explicado”.

Dejemos aparte el primer “descubrimiento”, o sea el concepto materialista de la historia que, como se ha visto es interpretación mera y limitadamente “economista”, (aun cuando el punto de partida haya sido materialista integral) y empecemos por decir que resulta asombroso que tantas personas, siguiendo y repitiendo las afirmaciones de Engels, consideren geniales este descubrimiento y esta definición sin la cual el “verdadero socialismo” no habría sido formulado.

Cierto: si tenemos en cuenta las sabias y abstrusas explicaciones del primer volumen de *El Capital*, atiborrado de fórmulas matemáticas, símbolos, demostraciones algebraicas, análisis dialécticos incomprensibles que recuerdan los reproches hechos en 1846 por Engels a los alemanes, imitando pesadamente a los franceses, -todo reforzado con locuciones y definiciones en caracteres griegos-, no podemos sino inclinarnos ante la sapiencia, la profundidad, el genio analítico del autor de este libro magno, más conocido por las tapas que por su contenido, que por honradez intelectual y por deseo de saber, hemos leído, tomando notas. Pero comprendemos, al mismo tiempo, que un obrero socialista, nada corto de entendimiento, nos dijera, al comentar esta Biblia del socialismo “científico”: “Marx es un cretino. He procurado leer *El Capital* y me ha sido imposible proseguir, porque nada comprendía, y desafío a que pueda comprenderlo cualquier trabajador de cultura media”.

Formulé reservas sobre este juicio harto irreverente, que desde luego no se refería a la parte histórico-sentimental en que se denuncian los horrores del capitalismo inglés en sus primeros pasos, horrores elocuentemente denunciados en la misma Inglaterra por oradores y escritores de distintas procedencias medio siglo antes de serlo por la pluma de Marx y Engels.²⁰ Pero, andando el tiempo, comprendo que un obrero socialista lo haya formulado. Porque, si la lectura del *Capital* hubiera sido el principal medio para atraer a los proletarios al socialismo, éste no habría contado jamás la décima parte de los adherentes con que cuenta hoy.

Los trabajadores que se han levantado contra el sistema capitalista y lo combaten no necesitan de ese galimatías dialéctico, de esa erudición metafísico-economista para saber que el patrono se enriquece a sus expensas, gracias al trabajo que efectúan y que no les es pagado integralmente. Saben que esto es explotación del hombre por el hombre, y quieren hacerlo desaparecer, cuando llegan a esta conciencia de clase, y aspiración a justicia moral. Aun cuando no han leído *El Capital*, que está fuera de sus posibilidades de captación intelectual, tienen de este hecho clara conciencia como sin duda lo tenían los siervos de la Edad Media, explotados por el señor, y que a veces se sublevaron en los pasados siglos. Y si admitimos que conviene, en muchos casos, ayudarles a comprenderlo, que ha sido necesario, incluso, despertarlos en muchos casos, derecho tenemos a pensar, cuando vemos en qué forma se había desarrollado el pensamiento socialista antes de ser publicados los primeros ensayos de doctrina marxista, que lo mismo lo sabrían si *El Capital* no hubiera sido publicado.

²⁰ La misma reina Victoria decía, después de un viaje a través del país, en su mensaje al parlamento: “He constatado con profundo pesar como continúa la profunda miseria y angustia en los distritos manufactureros del país”.

Pero, ya lo hemos dicho, Marx y Engels pretenden haber aportado al socialismo, y al método dialéctico, elementos sin los cuales ni uno ni otro habrían sido instrumento eficaz de emancipación social y progreso humano. Veremos que existen también en Marx supuestos aportes complementarios -definición del salario, del dinero, del capital-. Pero empecemos por la supervalía y afirmemos sin más tardar, aun a trueque de indignar a muchos, que este descubrimiento nada debe a Marx, ni al marxismo.

En su célebre libro *Riqueza de las Naciones*, el gran filósofo y economista Adam Smith formuló, el primero, un postulado que aportaba, en el orden teórico, la clave de todo: “El trabajo es la única fuente de riqueza”. Marx lo repitió en su hora, y otros economistas han completado esta afirmación que daba al trabajo y los trabajadores de prioridad sobre el capital en cuanto a la importancia del papel por ellos cumplido en la vida social.

Esta primera afirmación condujo a Adam Smith a una segunda constatación, que ya contiene lo que será, poco después, bautizado con el nombre de supervalía:

“En todos los oficios, en todas las fábricas, la mayor parte de los obreros necesitan de un patrono que les adelante la materia del trabajo, así como sus salarios y subsistencias hasta que la labor esté completamente terminada. Este patrono toma parte del trabajo, o del valor que el trabajo agrega a la materia a la cual es aplicado, y esta parte constituye el provecho. (Libro I, cap. I).

No tenemos aún la palabra “supervalía”, pero una palabra casi gemela: “provecho”, que hallamos después en Marx, acompañada de tanta erudición fastidiosa e inútil. Y hemos mencionado que Thomas Hodgskin de la misma definición, empleando por primera vez el término de plus-valía. Pero el gran economista inglés Ricardo da el paso decisivo cuando, al tratar del *provecho* -así textualmente llamado por Adam Smith, que se situaba en el orden capitalista entonces existente-, escribe: “como el capitalista cobra el *surplus*, el monto del salario por el trabajo constituye siempre el factor determinante del monto del capital”.

“Surplus” aparece como un vocablo intermedio entre “provecho”, “plusvalía” o “supervalía”. Pero el concepto la inteligencia del hecho en sí son exactamente los mismos y han sido claramente establecidos.

William Thompson franquea el paso siguiente en su obra “*An Inquiry into the principles of the distribution of Wealth most conducive to human happiness*” escribiendo: “En cuanto al valor añadido (additional value, surplus value) que a consecuencia del empleo de las máquinas y otros capitales, puede ser producida con la misma cantidad de trabajo, lo vemos reivindicado por los capitalistas que han reunido los capitalistas y los han adelantado a los trabajadores. La renta del suelo y el interés del capital se presentan pues como partes retenidas efectuadas sobre el rendimiento del trabajo debido en totalidad al trabajador”.

William Thompson aportaba pues, en 1824, la explicación de la supervalía, que Marx “descubrió” en el primer tomo del *Capital*, editado en 1867...

Entre los dos economistas, y los cuarenta y tres años transcurridos, se coloca Proudhon, que trata de la supervalía como de un elemento familiar en los problemas económicos. He aquí lo que, por ejemplo, expone en su libro *Idea general de la Revolución en el siglo XIX*, apareció en 1858:

“Una de las iniciativas que, desde este punto de vista, han sido favorablemente acogidas por los campesinos, es el derecho del labrador a la plusvalía de la tierra que cultiva.

“Un terreno cuyo valor es de 40.000 francos es arrendado a un labrador por 1.200 francos, o sea el 3 por ciento de su valor.

“Al cabo de tres años, este terreno, merced a la dirección inteligente del colono arrendatario, su valor ha aumentado en 50 por ciento. En lugar de 40.000 francos, vale ahora 60.000. Empero, no sólo esta supervalía, obra exclusiva del colono arrendatario, no le es de ningún provecho, sino que el propietario, el ocioso, llega y eleva a 1.800 francos el precio del arrendamiento. El labrador ha creado una mejora de 20.000 francos para otro”.

Se podrá replicarnos que la supervalía de que se beneficia el propietario de la tierra no es la misma que la supervalía cobrada por un capitalista o un patrono industrial, que retiene para sí parte del valor producido por el asalariado empleado. Esto significa simplemente que hay distintas clases de supervalías que no implican fatalmente el alquiler de la fuerza de trabajo del proletariado a su patrono, sino también la explotación del trabajo ajeno, cualquiera sea su forma. Y por otra parte, si la supervalía es “valor añadido” y no pagado el término está perfectamente empleado en el ejemplo proudhoniano.

Pero Proudhon ha descrito el mecanismo de la supervalía gracias al trabajo del salariado y a la *comercialización* sin la cual no hay ganancia -y es en el fondo la ganancia, el provecho obtenido a costa ajena que más importa, la supervalía no siendo más que una de sus formas- en su libro *Solución del Problema Social* donde se halla su proyecto de Banco de Cambio. En el capítulo II, titulado, *Contabilidad propietaria*, Proudhon llama A, la clase entera de los propietarios, capitalistas y empresarios, y B.C.D.E.F.G.H.I.K.L., la clase de trabajadores asalariados. A, el capital, adelanta 1.000 francos a cada uno de los trabajadores para utilizar sus servicios. Total del capital movilizado: 10.000 francos. Pero después, A vende los productos obtenidos a razón de 1.100 francos a cada uno de los trabajadores. Total: 11.000 francos. El grupo de trabajadores no podrá pues comprar con su salario el producto de su trabajo. Tal es el mecanismo fundamental de la supervalía proveniente del asalariado.

Pero, por otra parte, “en el sistema actual” el capitalista debe asegurar la existencia de una reserva necesaria para hacer frente a sus gastos generales, y desarrollar su empresa; de modo que, siempre “en el sistema actual” o el obrero es víctima de un robo, o la estructura económica tambalea de continuo. Lo cual lleva a Proudhon a esta conclusión que “la propiedad es un robo” sin que, a pesar de todo, los propietarios sean ladrones. Razón de más para destruir y reemplazar sistema tan absurdo.

Los otros “descubrimientos” de Marx relacionados con la economía y el socialismo han sido también expuestos antes en su mayoría sino en su totalidad, por los economistas mencionados. Así, según sus apologistas, Marx fue el primero en enseñar que el salario es la parte del valor económico necesario a la existencia del obrero y de su familia.

La definición de Turgot, muerto en 1784 y formulada en su libro *Réflexions sur la distribution des richesses*, es la siguiente: “El simple obrero no tiene más que sus brazos, nada más que le sea posible vender fuera de su trabajo. Lo vende más o menos caro, pero este precio, más o menos elevado, no depende de él solo: depende del acuerdo a que llega con quien le paga su trabajo. Este paga lo más barato posible y como puede elegir entre gran número de trabajadores, prefiere al que menos le pide. Los obreros se ven pues obligados a bajar sus precios unos contra otros. En todas las clases de trabajo debe ocurrir, y ocurre que el obrero se limita a lo que le es necesario para procurarse los medios de subsistencia”.

Por otra parte en *¿Qué es la propiedad?*, Proudhon escribía que “el salario es el gasto que exige el mantenimiento y el sustento diario del trabajador”.

Igualmente Marx exponía en el primer tomo de *El Capital*, aparecido, no lo olvidamos, en 1867, o sea treinta y siete años después del mencionado libro, que la fórmula del capital era D–(dinero) M–(mercancía) D–(dinero), es decir empleo del dinero poseído para producir una mercancía que, al ser vendida con beneficio, permite procurarse más cantidad de dinero. Pues la fórmula contraria M–(mercancía) D–(dinero) M–(mercancía) no permite la proliferación de fondos disponibles para el desarrollo del capital.

Empero, Proudhon había sostenido, en el estudio mencionado, la misma tesis con las palabras siguientes: “Habiéndose convertido el dinero en mercancías, se trata ahora para el proletariado-capitalista-empresario A de realizar la operación inversa y de convertir sus mercancías en dinero”. Y demostraba, como lo demostró en otras ocasiones, que es mediante la “circulación” de los productos, o su comercialización, que los productos se convierten en capital. Pues aun cuando, agregamos nosotros, el capitalista pagara a sus asalariados el valor integral de sus horas de trabajo, que les bastaría para vivir (mal desde luego), no se beneficiará sino cuando habrá podido *vender* a buen precio el producto obtenido gracias, ante todo, al esfuerzo de sus obreros. Lo cual prueba que la supervalía no es sólo cuestión de tiempo de trabajo no pagado. Un patrono puede comprar materia bruta, a la cual los obreros agregarán valor, convirtiéndola en un producto acabado (mueble, libros, calzado, tejidos, etc.), pero si no puede vender este producto acabado, la supervalía proveniente del trabajo de sus obreros no le impedirá arruinarse. Por otra parte, un comerciante individual que ni produce, ni emplea mano de obra asalariada, realiza una ganancia -o un beneficio- financiero sin ningún valor añadido. Lo mismo ocurre si explota empleados.

Igual abuso hallamos en lo que se refiere al valor de la moneda. Marx había “descubierto” que “la moneda no es un simple signo, sino una mercancía” cuyo valor está “determinado por el tiempo de trabajo exigido para su producción y se expresa en la cantidad de toda otra mercancía que contenga igual tiempo de trabajo”. (*El Capital*).

Pero ya d’Aguesseau afirmaba, en 1740, que “el oro y la plata tienen un valor natural que no viene en absoluto del príncipe”. Y Turgot decía: “toda mercancía es moneda por tener las dos propiedades esenciales de la moneda, que consiste en medir y representar toda valor; en este sentido, toda mercancía es moneda. Recíprocamente, toda moneda es esencialmente mercancía”.

En fin, Jean Baptiste Say, el gran maestro de la escuela económica liberal francesa afirmaba en su *Cours complet d’Economie Politique* (año 1830) la variabilidad del precio de las cosas, y por tanto de la moneda, y que “la magnitud absoluta de las cosas sólo puede ser comparativa con otra magnitud”. Igualmente “la idea de valor de un objeto supone siempre una relación cualquiera con el valor de otro objeto”.

Para decir lo mismo, Marx escribe páginas y páginas de densa disertación y sucesivas demostraciones del estilo siguiente:

z mercadería A = mercadería B, o = v mercadería C o = x mercadería E, o ou = etc. ¡Cuánto saber y cuánta profundidad!

En fin, último “descubrimiento” cuya autenticidad nos parece necesario examinar, Marx ha insistido sobre la forma colectiva del trabajo en la manufactura, o sea en la producción en gran escala; esta forma colectiva implica la “cooperación” de un número determinado de trabajadores, lo que, al permitir un mejor empleo de la fuerza de todos favorece la especialización, y abarata la producción por el menor gasto proporcional en maquinaria y mano de obra. Todo lo cual aumenta la “supervalía relativa” del capitalista. Los comentaristas favorables no dejan de subrayar la importancia de esta característica del capitalismo moderno.

Pues bien: veintisiete años antes, Proudhon -y como lo veremos Marx conocía bien sus escritos- escribía en *¿Qué es la propiedad?*

“Se dice que el capitalista ha pagado las jornadas de los obreros; en verdad, debe decirse que el capitalista ha pagado tantas veces una jornada como obreros ha empleado, lo que, en modo alguno es lo mismo. Porque esta fuerza inmensa que resulta de la unión, de la armonía de los trabajadores, de la convergencia y de la simultaneidad de sus esfuerzos, el capitalista no la ha pagado. Doscientos granaderos han, en algunas horas, erigido sobre su base el obelisco de Luksor.²¹ ¿Puede creerse que un solo hombre, lo habría conseguido en doscientos días? Sin embargo, en las cuentas del capitalista, el total de los salarios ha sido el mismo. Pues bien: poner en cultivo un desierto, construir una casa, explotar una manufactura es lo mismo que erigir el obelisco, que cambiar de lugar una montaña”.

Estas líneas fueron escritas, debemos repetirlo, en 1840. En 1867, apareció el primer tomo de *El Capital* donde Marx trata del mismo problema. He aquí lo que puede leer todo lector:

“Lo mismo que la fuerza de ataque de un escuadrón de caballería o la fuerza de un regimiento de infantería difieren esencialmente en cuanto al total de las fuerzas individuales empleadas aisladamente por cada uno de los jinetes o de los infantes, igualmente la suma de las fuerzas mecánicas de los obreros aislados difiere de la fuerza mecánica desarrollada tan pronto actúan conjunta y simultáneamente en una misma operación indivisa, trátase de levantar una carga, de dar vuelta a una manivela o apartar un obstáculo... Aparte la nueva potencialidad que resulta de la fusión de numerosas fuerzas en una fuerza común, el solo contacto social produce una emulación y una excitación de los espíritus animales (*animal spirits*) que eleva la capacidad individual de ejecución a un nivel suficiente para que una docena de personas aporten en su jornada coordinada de 144 horas un producto mucho mayor que doce obreros aislados que trabajarían aisladamente doce días seguidos... La relación (entre el obrero y el patrono) no resulta modificada porque el capitalista paga cien fuerzas de trabajo en lugar de una, o establece un contrato no con uno, sino con cien obreros independientes unos de otros, y a los que podría emplear sin hacerlos trabajar cooperativamente. El capitalista paga pues a cada uno de los cien obreros su fuerza de trabajo independiente, pero no paga la fuerza combinada de los cien”.

El plagio es evidente. O por lo menos el no descubrimiento. Y no nos daríamos el trabajo de insistir sobre estos hechos si Marx, y sus secuaces, admiradores y continuadores, no se sirvieran del engaño hacia quienes les leen y escuchan para mantener o pretender mantener su dictadura o su exclusivismo. El marxismo, de los maestros y de los discípulos, lucha contra los monopolios capitalistas y financieros, pero ha creado su monopolio propio: el doctrinal y del socialismo, y ¡ay de quien pretenda atacarlo o restringirlo! En el fondo, nos hallamos, especialmente en cuanto a los jefes de la escuela y de los partidos, ante un fenómeno psicopatológico de autoritarismo que no repara en medios para asegurar su dominación, y que en gran parte lo ha logrado. Restablecer la verdad, es labor que se impone.

El propio concepto del valor, definido por Marx, no fue tampoco descubierto, o inventado por él: remonta al principio del siglo pasado, y su autor fue también Ricardo. Pero es sumamente discutible, y reputado falso por los economistas modernos no marxistas. Que se diga, para asentar el principio comunista (que Marx mismo destruyó teóricamente, como lo veremos) que “una hora de trabajo equivale a otra hora de trabajo” es admisible si se plantea el problema del esfuerzo o de la igualdad entre los hombres. Pero si, gracias a la mejor calidad de las tierras, se cosecha nueve quintales de trigo en una región y el triple en otra, no podrá medirse el valor en tiempo de trabajo y en esfuerzo producido, porque en tal caso el quintal de trigo de la región favorecida por las condiciones naturales valdría tres veces menos que el quintal obtenido en la

²¹ Erigido en la plaza de la Concordia, de París. (N. del A.).

región no favorecida. Lo mismo ocurre con la diferencia del rendimiento de las minas, que según la abundancia o la calidad de los minerales permiten obtener tres, cuatro o más veces carbón en tal país que en otro, o el doble de metal puro. Así es para todos los productos del suelo y del subsuelo, incluso para muchos productos industriales, que dependen de una multitud de factores.²²

Igualmente discutible es el concepto marxista del capital. Un capitalista (o una empresa capitalista) posee una caída de agua con la cual produce fluido eléctrico que hará funcionar sus máquinas. Esta caída de agua constituye de por sí un capital, y sin embargo no es fruto del trabajo humano, ni de la explotación de los trabajadores. Lo mismo ocurre con la apropiación del suelo por los terratenientes. Históricamente a la base hallamos casi siempre un despojo, no una explotación directa de los trabajadores. La explotación viene después.

Se podría añadir otras observaciones si no estuviéramos obligados a respetar ciertos límites, y por otra parte, no tenemos ningún placer en acumular esta clase de pruebas polémicas. Pues, a decir verdad, y mientras escribimos, pensamos que no debería tener interés que Marx haya tomado, aquí y allá, acá y acullá, sus ideas y sus argumentos. Pero el marxismo, al pretender, con tanto éxito, ser la única representación, real y valedera, del socialismo, aboca, en la práctica, al totalitarismo, el error teórico al error político. Y para que el socialismo sea una fuente de humanismo, de libertad, de igualdad, fraternidad y solidaridad, es preciso librarlo de los dogmas que en él se han introducido en nombre de una escuela cuyo error fundamental es creer que ella sola posee la Verdad, toda la Verdad, y debe imponerla, sin reparar en medios.

PROFECÍAS Y REALIDADES

En último análisis, el método dialéctico no es estrictamente marxista es un modo de interpretación de la evolución en el orden general de la vida cósmica, planetaria y humana, o ciertos aspectos de esta evolución. Indudablemente se puede, de un descubrimiento dado, deducir dialécticamente la posibilidad, o la probabilidad de otro descubrimiento, pero mientras la hipótesis así construida no ha sido verificada experimentalmente, nada es seguro. Sólo la experimentación severa puede permitir la verificación del error o del acierto. Y la mayor parte de las veces, la verificación operada plantea problemas nuevos que contradicen o destruyen en parte los resultados adquiridos. Así el mutacionismo ha anulado el transformismo. Juan Rostand, que cita gran número de ejemplos y de nombres para probar su aserto, escribe en su último libro *En los lindes de lo sobrehumano*: “Un investigador toma por punto de partida una *idea personal* que le parece nueva. Se pregunta, por ejemplo: “¿Qué resultará de tal ensayo experimental, tal intervención inédita? ¿Qué de la combinación de factores aún no reunidos?” O, sino: “¿No podría tal fenómeno ser explicado de tal modo?” Y, de la hipótesis teórica, saca las consecuencias que procura verificar después.

²² Estos ejemplos demuestran cuán insuficiente era el concepto del valor expuesto por Marx, economista abstracto poco infortunado de la economía real. En *contribución a la crítica de la economía política*, Marx escribía: “Como valores de cambio, todas las mercaderías no son sino medidas determinadas de tiempo y trabajo coagulado”, y en *Miseria de la Filosofía* afirmaba la equivalencia del valor-tiempo en el trabajo social, merced a “la subordinación del hombre a la máquina, o a la extrema división del trabajo”. Se ve que Marx ignoraba y olvidaba, cegado por su concepto doctrinal, que la economía se basa ante todo en la geografía, en la geología, en el clima, y en las aptitudes humanas (factor psicológico).

“Esta idea personal que inspirará al investigador ha nacido en su espíritu, la consecuencia de una observación, de una reflexión propio, de una lectura. A menudo resulta del parangonear dos nociones que no se había pensado en parangonear hasta entonces”.

Es trabajando la materia, analizándola, escudriñándola como se aprende a conocerla. Lo mismo ocurre con todas las actividades, todas las iniciativas y volviendo a sembrar sus guisantes Mendel acaba por revolucionar la biología y formula las leyes de la herencia. Estudiando las relaciones entre la fiebre del ser humano y la fermentación del vino, Pasteur descubre el hecho microbiano. Y sabido es que, aun cuando no podemos generalizar esta afirmación tan frecuente, muchas veces la casualidad, inteligentemente aprovechaba, pone a los descubridores sobre el camino de sus descubrimientos. Caso del principio de Arquímedes y de su ¡Eureka! triunfal.

Pero Marx y Engels y sus continuadores “interpretan” la historia humana y social de acuerdo a “su” método, y puesto que, de acuerdo a este método han creado “su” doctrina esta doctrina va ligada, según ellos, a la interpretación dialéctico-materialista que todo lo explica. Podemos así resumir el hilo conductor que, de acuerdo a Engels, en su célebre libro *Origen de la Familia, de la Propiedad privada y del Estado*, nos guiará en la comprensión del problema social:

“Al principio de la historia, -o durante la prehistoria- los hombres estaban organizados en colectividades -clanes o “gens”- donde todas las cosas eran comunes;

“Andando el tiempo aparecieron técnicas nuevas de trabajo, sobre todo bajo la forma de herramientas nuevas con los consiguientes cambios de modos de producción, que individualizaron el esfuerzo, y dieron nacimiento a la transmisión por herencia de la tierra, también individualizada en su forma de posesión, así como de los medios de producción;

Pero el aumento de la población y la individualización de la propiedad provocaron la aparición de la clase de no poseedores que fatalmente entró en conflicto con la clase de los poseedores:

La consecuencia fue un desorden social y una lucha permanente que hizo necesaria la aparición del Estado para mantener el orden necesario y proteger a los propietarios, privilegiados que se adueñaron de él y le convirtieron en instrumento de defensa propia contra la clase adversa;

En el régimen feudal, fase histórica necesaria teniendo en cuenta la influencia de la técnica²³ el siervo y el artesano constituye elementos positivos al mismo tiempo que futuros fermentos de disolución del régimen existente;

La pequeña burguesía nace y se extiende, y del perfeccionamiento y desarrollo de las técnicas nace la manufactura;

A la manufactura sigue la fábrica moderna, que da lugar a la formación del capitalismo;

Consecuencia del capitalismo, aparece el proletariado que, lo mismo que la burguesía en el seno del feudalismo, constituye la fuerza histórica destinada a sustituir al sistema que le dio nacimiento.

Esta evolución transformadora será provocada por el desarrollo “dialéctico” y como biológico y fatal de los hechos siguientes:

²³ No se olvide que la “técnica” propia de la Edad Media consistía en la azada, y en tirar el arado romano a mano, empleando incluso las mujeres, hasta que el uso del collar de caballo, venido de Asia, se extendió, muy lenta y parcialmente.

- a) La concentración creciente del capital;
- b) La proletarización cada vez mayor de las masas, en sentido preciso de pauperización, y constitución cada vez más consciente y organizada de la clase proletaria llamada a sustituir al capitalismo;
- c) La colectivización de la producción, gracias a la extensión de las grandes empresas a expensas de las pequeñas y al empleo simultáneo de grandes masas de trabajadores;
- d) La proletarización de la burguesía expropiada por el capitalismo;
- e) La centralización fatal de los capitales y del socialismo.

Estas etapas constituían las condiciones indispensables y “científicas” de la realización del socialismo. Toda otra variedad de socialismo siendo reputado “utópico”.

Marx resume esta dialéctica histórico-social en su célebre libro *Miseria de la Filosofía* en que replicaba al libro de Proudhon, *Filosofía de la Miseria*:

“La burguesía empieza con un proletariado que es, él mismo, un vestigio del proletariado de los tiempos feudales. En el curso de su desarrollo histórico, la burguesía desarrolla necesariamente su carácter antagónico que, al principio, está más o menos disfrazado, y sólo existe en estado latente. A medida que la burguesía se desarrolla, se desarrolla en su seno un nuevo proletariado, un proletariado moderno; una lucha se desarrolla entre la clase proletaria y la clase burguesa, lucha que, antes de ser percibida por ambos lados, apreciada, comprendida, reconocida y altamente proclamada, sólo se manifiesta anteriormente en conflictos parciales y momentáneos por acciones subversivas”...

La razón profunda de esta antagonismo está escrita en el orden natural de las cosas porque;

“... Cada vez más se evidencia con mayor claridad que las relaciones de producción en las cuales se mueve la burguesía no tienen carácter simple, sino doble; que en las mismas relaciones en que se produce la riqueza, también se produce la miseria; que en las mismas relaciones en que se produce el desarrollo de las fuerzas productoras se produce también una fuerza productora de represión; que estas relaciones sólo producen la riqueza burguesa aniquilando continuamente la riqueza de los miembros que integran esta clase y produciendo un proletariado siempre creciente”.

Esta visión de los hechos, ya enunciada por Considerant, por Proudhon, por Sismondi, y que era común a casi todos los socialistas de la época (pero ninguno de ellos reivindicó como exclusivamente propio este descubrimiento discutible) es nuevamente explicada en *El Capital*, que vino veinte años después de *Miseria de la Filosofía*. La acumulación del capital constante (maquinaria) ha de ir fatalmente en perjuicio del capital variable (mano de obra).

Simultáneamente, la disminución de los gastos generales en las grandes empresas ha de repercutir también en forma de destrucción de las pequeñas empresas que por una parte tienen proporcionalmente más desembolsos, y por otra no pueden beneficiarse, por lo menos en un mismo grado, del trabajo colectivo. Todo lo cual aboca a “la expropiación del capitalista por el capitalista, la transformación de muchos capitales pequeños en pocos grandes”. A consecuencia de esta marcha dialéctica fatal e inexorable, el número de los capitalistas va restringiéndose mientras el ejército de los asalariados aumenta continuamente. Repercusión de este doble fenómeno, “la población obrera crece más rápidamente que la valoración del capital”. De ahí que “a medida que el capital se acumula, tiene que empeorarse la situación del obrero, cualquiera que sea su paga, elevada o baja”.

Todo este vasto sistema, de lógica dialéctica aparentemente irrefutable, conduce el mundo al socialismo merced a la expropiación de los capitalistas por los capitalistas mismos. Y tenemos aquí otra página maestra fundamental, que hace “pendant” a la del prefacio a *Crítica de la Economía Política* anteriormente reproducida:

“Esta expropiación se cumple por la acción de las leyes de la producción capitalista misma, las cuales llevan a la concentración de los capitales. Al mismo tiempo que la centralización, y expropiación de la mayoría de los capitalistas por la minoría, se desarrollan en una escala creciente la aplicación de la ciencia a la técnica, la explotación de la tierra con método y trabajo colectivo, la transformación de la herramienta en instrumentos poderosos para uso común, por consiguiente la economía de los medios de producción, la relación de todos los pueblos, en el mercado universal, de donde procede el carácter internacional impreso al régimen capitalista.

“A medida que disminuye el número de los potentados del capital que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este período de evolución social, aumentan la miseria, la opresión, la esclavitud, la degradación, la explotación y al mismo tiempo la resistencia de la clase obrera siempre creciente, y cada vez más disciplinada, unida y organizada por el mismo mecanismo de la producción capitalista. El monopolio del capital se convierte en obstáculo para el modo de producción que ha crecido y prosperado gracias a él. La socialización del trabajo, y la centralización de su mecanismo material llegan a un punto en que no pueden seguir viviendo en su envoltura capitalista. Esta envoltura va a desgarrarse. La última hora de la propiedad capitalista ha llegado. A su vez, los expropiadores van a ser expropiados”.

Marx escribía como un profeta, pero su genio literario no ha bastado, pese a que la mayoría de los partidos socialistas del mundo hayan hecho suyo el célebre esquema, para cambiar la marcha de los hechos. ¿Será que los hechos se han equivocado?

Porque, si bien el número de los propietarios directos, de carácter industrial y agrario, ha disminuido con relación al volumen total de la producción y a la importancia de la población, *el número de los privilegiados ha aumentado, y sigue aumentando*. Y esto es lo que cuenta, por encima de las habilidades dialécticas. Sin embargo, en esta confusión mantenida entre los capitalistas propietarios y los privilegiados, propietarios o no, reside lo esencial del debate sobre la evolución de las clases sociales.

Hoy, en los Estados Unidos, país del capitalismo, y del gran capitalismo por excelencia, se cuentan 22.000.000 de accionistas en las empresas capitalistas. Pero si agregamos que cada uno de ellos forma parte de una familia que se compone de un mínimo de cuatro personas, el total arroja 88.000.000 de personas interesadas en la vida del capitalismo sobre 192.000.000 de habitantes. A lo cual hay que sumar los que no son partidarios del socialismo, como los hay en todas partes, más los que esperan llegar a ser también accionistas, o sea los “farmers”. En 1940, el total de éstos, de patronos y capitalistas ascendía a 9.980.832.

Siempre en ese país, y en el año 1952, sobre las 31 compañías más importantes, 24 tenían más accionistas que trabajadores empleados. La General Motors hacía, entonces, trabajar 469.197 personas, y contaba 478.924 coparticipes financieros, cuyo número se ha elevado a 1.250.000 en este año 1965. Entre ellos, el 76.5 por ciento gana menos de 10.000 dólares al año, lo cual prueba que la participación en el capitalismo no se extiende sólo en las clases más favorecidas.

Fuera de esta participación bajo forma de accionariado, existen diversas formas de colaboración de las clases obrero-capitalista, relativas a la posesión de capital. Una de las que más extensión ha cobrado en los últimos años, es la de los “fondos de jubilación” y los planes de ahorro. Estos últimos forman parte de la masa de capitales repartidos bajo la mencionada forma de

accionariado, pues son invertidos en las mismas empresas capitalistas y sirven, de paso, para estimular financieramente la producción.

Incluso los asalariados no accionistas no constituyen, en su gran mayoría capas realmente pobres en el sentido tradicional europeo de la palabra. Casi ochenta por ciento de los habitantes de los U. S. A., son propietarios de la casa, o del piso que habitan. Más de ochenta por ciento poseen un automóvil, cuando no dos con el nivel de vida correspondiente. Todos tienen un puesto de radio, cuando no dos o tres, y casi todos por lo menos un aparato de televisión. Por término medio, los mineros cambian de coche cada seis meses, una dactilógrafa posee corrientemente una docena de pares de zapatos, diez, doce, quince vestidos, y un abrigo de pieles en su guardarropa. Lo demás, por el estilo.

Tal es el espectáculo que nos suministran los Estados Unidos, encarnación y vanguardia del capitalismo moderno. No sólo y contrariamente a lo previsto por Marx, el sistema capitalista no constituye un obstáculo para el desarrollo de la producción, ya que ésta acusa un ritmo de aumento extraordinario (entre otras cosas, siete, ocho o nueve millones de automóviles al año); no sólo no ha provocado la intensificación de la lucha de clases, consecuencia de la supuesta miseria creciente del proletariado, pero el socialismo que debía ser la réplica dialéctica y fatal al desarrollo del capitalismo no se ha desarrollado en él; al contrario, asistimos a una asimilación de los asalariados en el mundo capitalista. Hasta tal punto que con frecuencia los sindicatos obreros colocan en las empresas industriales los fondos que han acumulado con las cotizaciones pagadas por sus adherentes. El fracaso de las previsiones dialécticas de Marx no puede ser más absoluto.

En Inglaterra, cifras recientes daban 10 por ciento de trabajadores accionistas. Cifra mucho menos importante que la de los Estados Unidos, pues las estructuras europeas se modifican con lentitud a consecuencia de su formación tradicional. Con todo, el movimiento se extiende, y conviene señalar que es del mismo gobierno y partido conservador que ha partido la iniciativa de los “Unit Trusts” a fin de crear una “democracia de accionistas” que los laboristas procurarán, a su vez, extender. Pero, las reformas sociales tienen un carácter propio al que nos referiremos más adelante.

En Alemania, el Estado fomenta la difusión del accionariado. El gobierno de Adenauer tomó la iniciativa de vender las acciones de las empresas industriales del régimen nazi que se había adueñado de importantísimos establecimientos capitalistas, como los del “magnat” Thyssen en la cuenca del Ruhr. En septiembre de 1954 se procedió a la venta democrática del importante trust Preussag, grupo de fábricas de acero y de minas. Sólo podían adquirir acciones los asalariados que ganaban menos de 16.000 marcos al año, y el número de acciones por persona era limitado a cinco. La misma operación se hizo con la empresa Volkswagen, la más importante de la nación. Por otra parte, en quince de las mayores empresas, el 23 por ciento de los accionistas poseían acciones menores de 5.000 marcos, y el 20 por ciento de 5.000 a 20.000 marcos. La democratización del capital se extiende.²⁴

²⁴ Medidas posteriores a las que acabamos de mencionar han sido tomadas por el gobierno alemán para la extensión de lo que se llama el “capitalismo popular”. Parte de las acciones del importante “holding” de Estado *Veba*, en que el mismo gobierno tiene la mayoría de las acciones, ha de ser entregada a personas de recursos limitados que no pasen de 6.700 marcos si se trata de solteros, y de 13.400 para las personas casadas. El mencionado “holding” abarca sociedades mineras de carbón, de distribución eléctrica, y de transportes. Al mismo tiempo, el ministro de hacienda está tratando con el formidable trust Krupp, que engloba poderosas sociedades de distinta denominación para que parte de sus acciones sean puestas a la disposición de la población cuyos recursos no excedan el promedio de los salarios. Simultáneamente se afirma la tendencia de varios “Laender”, o gobiernos regionales, y de un número indeterminado de municipios a entregar en esta forma, al dominio privado, las empresas que quedaron en su poder como consecuencia de la organización económica pública desarrollada por el régimen nazi.

El porcentaje de los accionistas es de 8 por ciento en Suiza, y de 4 por ciento en Francia donde en 1958, empresas como Pechiney una de las mayores del país, han procedido al reparto de acciones gratuitas, y el gobierno de Gaulle procede a la organización de la participación de los trabajadores en los beneficios, mientras los “jóvenes patronos” corriente favorable a reformas sociales, preconizan medidas parecidas. El movimiento no parece deber interrumpirse; al contrario, nuevas modalidades de integración de los asalariados aparecen continuamente.

Pero, objetarán los ciegos voluntarios, esto no impide la concentración de los capitales y la disminución del número de poseedores de fábricas y entidades económicas. El hecho esencial es que la incorporación de los trabajadores al capitalismo, haciendo de ellos copropietarios de las empresas, da al problema social un carácter absolutamente opuesto al que Marx anunciaba. Por otra parte, las medidas de previsión social, que también se extienden, contribuyen a este cambio de rumbo.

Empero, lo que se llama el ahorro bajos sus distintas formas, una de las cuales es precisamente este accionariado, sería mucho más importante si el porvenir no apareciera mucho más seguro a la población joven de nuestra época. Hasta hace poco, las perspectivas de la vejez eran angustiosas para la mayoría de la población. No lo son tanto hoy, según los países, para las personas llegadas a la ancianidad.²⁵ Antes, este temor movía a los que podían hacerlo, a colocar su dinero al tanto por ciento. Hoy, el dinero se gasta, siempre en las naciones cuyo movimiento económico elimina o atenúa el temor al porvenir. Las modificaciones del problema social son indudables.

Veamos incluso lo que significa exactamente la reducción de empresas pequeñas en la industria. En 1954, las de los Estados Unidos sumaban el 90 por ciento del total de las empresas nacionales. Esas “empresas pequeñas” contaban menos de 100 empleados. Las empresas medias, con menos de 500 empleados sumaban el 7 por ciento del mismo total; las empresas grandes, el 2 por ciento.²⁶ Por cierto, estas últimas suministran una producción infinitamente superior a la de los dos grupos precedentes, pero el problema estriba en saber si este estado de cosas lleva a la eliminación fatal de la pequeña empresa. Los hechos contestan negativamente, en parte porque en este problema, como en todo, nada es unilateral. Así, en 1960, la General Motors daba, en los Estados Unidos, trabajo a 60.000 pequeñas empresas.

En el Congreso internacional de las Clases medias que tuvo lugar en Madrid, a fines de octubre de 1966, el señor Berdeliú, director de la Caja central de Crédito, podía declarar que en los Estados Unidos, donde existen cinco millones de empresas pequeñas y medias, mientras desaparecen 350.000 empresas, nacen 400.000. Y es que los solos mecanismos económicos y las solas razones económicas no bastan para apreciar debidamente el conjunto de los hechos económicos del organismo social. Pero ni por intuición Marx podía suponer estas complejas realidades.

Actualmente, en Francia, la industria automóvil (y 56 por ciento de los asalariados posee un coche) donde dominan Citroen, Renault y Peugeot, da trabajo a 43.000 empresas de índole diversa.

En Alemania del Oeste, también gran nación industrial, las empresas pequeñas, *con menos de 200 asalariados*, -serían empresas grandes en España- sumaban, en 1964, el 92.21 por ciento del total; las medianas, que ocupaban de 200 a 999 asalariados, el 6.52 por ciento, las grandes, con más de 1.000 asalariados, 1.27 por ciento.

²⁵ Desde luego esta evolución es más o menos rápida, más o menos importante según los recursos económicos de cada país, según el espíritu público y el ritmo impreso.

²⁶ No tenemos datos sobre el 1% restante.

Lo que puede deducirse, en regla general, es que existe una tendencia a la concentración económica, que el Mercado Común estimulará, pero no, ni con mucho, a la absorción generalizada de las pequeñas empresas por las grandes. Y que a menudo lo que hoy se llama, por ejemplo, empresas medianas, eran empresas grandes en tiempo de Marx.

Señalemos, por fin, la evolución que se está operando en las mismas grandes empresas, y que James Burnham ha expuesto en su libro *La era de los organizadores*, o de los “managers”, si empleamos el término norteamericano. Hemos llegado a una época en que mandan cada vez menos los capitalistas, o los accionistas. Los que determinan la política económica, las iniciativas y el modo de llevarlas a cabo, son en forma creciente los técnicos que tienen en sus manos la responsabilidad de las empresas y de sus actividades. A donde llevará este hecho sociológico nuevo, mucho habría que escribir para dar una opinión fundada. El caso es que asistimos a una especie de “descapitalización” del capitalismo, a algo así como los “maires du palais” que se introducen en la plaza como auxiliares, y poco a poco se adueñan de la dirección y de la plaza misma. No estamos al final de esta evolución, que indudablemente pone una vez más, en tela de juicio los pronósticos del marxismo sobre el capitalismo.

Estos pronósticos han fallado por dos razones fundamentales: el aumento prodigioso de la producción, y el aumento no menos prodigioso del consumo, consecuencia, en parte, del crecimiento de las necesidades estimuladas por el mismo volumen de la producción disponible, pero también consecuencia de las características humanas que también determinan la economía.

Dejando aparte la variedad y la elasticidad de los factores psicológicos que ningún economista serio ignora, el menor sentido común indicaba que el capitalismo no aumentaría indefinidamente el “out plus” de sus fábricas si no podía venderlo. Según la deducción marxista, el desnivel entre producción y consumo debía conducir a la multiplicación y la agravación constante de las crisis cíclicas que, cada seis, siete u ocho años provocarían el cierre de las fábricas, acarreando una desocupación extendida a millones de trabajadores, hasta que estallara la última crisis, la definitiva, que llevaría a la transformación social. Reconozcamos que nosotros también lo creíamos, pero repitamos que no pretendíamos haber creado una escuela económica con doctrinas y teorías infalibles, de las cuales se desprendía toda una estrategia histórica no menos infalible de transformación social.

Y la terrible crisis de 1929-33 probó que esta estrategia era tan utópica como los medios de realización del socialismo imaginados por Saint-Simon, Luis Blanc o Fourier. A pesar de catorce millones de desocupados y un atroz estado de miseria, el proletariado norteamericano no tuvo la menor veleidad de expropiar al capitalismo, y Roosevelt supo, con la política de la N. I. R. A., iniciativas del Estado y la movilización de la opinión y la actividad pública, evitar la catástrofe. El camino fue así indicado a los otros gobiernos. Desde el fin de la segunda guerra mundial, no se ha producido ninguna crisis en el sentido tradicional de la palabra. Es probable que tampoco se produzcan otras en adelante, por lo menos en las naciones capitalistas, pues en todas el Estado controla los medios de evitarlas, sea regulando la producción por el juego de las finanzas, elevando o rebajando la tasa de descuento, a fin de disminuir la prestación de dinero por los bancos, y frenar la expansión industrial, sea orientando la producción por medio de consejos, sea planificándola, por lo menos parcialmente, sea, en fin, elevando o rebajando los derechos aduaneros.

Sobre todo, el concepto comercial ha, en gran parte, cambiado. Con la multiplicación de las naciones productoras, ni el mercado internacional, ni las colonias pueden asegurar la venta de los productos nacionales, y fuerza es contar, ante todo, y en forma creciente, con los consumidores del propio país, poniendo al alcance del conjunto de la población los frutos de la agricultura y de la industria. Hemos llegado a una situación tal, que los jefes de empresa han de vender lo que sus talleres o fábricas producen a los propios obreros y campesinos o cerrar sus

puertas. Pero para que éstos puedan comprar, hay que aumentar su poder de compra, lo cual modifica, por las prácticas nuevas que esta situación engendra, el espíritu de las relaciones entre clases, y contribuye a atenuar las luchas sociales.

Cuando, en Francia, como consecuencia de las huelgas formidables que tuvieron lugar en junio de 1936, se concedió a los asalariados quince días de vacaciones pagadas, los rentistas, tenderos, pequeños burgueses se indignaron, en nombre de la jerarquía cuyas delimitaciones tradicionales eran así violadas. Hoy, los tenderos, los pequeños burgueses y los rentistas -casi arruinados por las desvalorizaciones monetarias- no piensan en indignarse, y se encuentran en los mismos campos de vacaciones con los asalariados. Es verdad que éstos ya no son tan proletarios como antes...

Es en los Estados Unidos de América donde el capitalismo industrial ha alcanzado las mayores proporciones. Y es en esta misma nación donde el espíritu de clase existe menos. Con frecuencia no se distingue, ni por su vestir, ni por su comportamiento, ni por sus modales, al obrero del patrono, y éste no se siente herido en su amor propio si un asalariado por él empleado tiene un automóvil más hermoso que el suyo. Esta democratización de la riqueza, y del bienestar, ha llegado a ser una condición de existencia del capitalismo, lo quiera éste o no lo quiera. Conocido es el pequeño diálogo que tuvo lugar, en el año 1961, entre Walter Reuther, leader de los trabajadores del automóvil, y un administrador de la empresa Ford que le hacía visitar, en Detroit, un taller automatizado funcionando sin intervención directa de la mano de obra:

– Ya ve, dijo el administrador, dentro de poco no temeremos sus huelgas, pues podemos pasar sin trabajadores.

– Muy bien, contestó Walter Reuther, pero ¿quién comprara los automóviles?

Otros aspectos de la evolución del capitalismo han aparecido, que Marx no pudo prever, y que tampoco le hizo siquiera sospechar el análisis dialéctico: la aparición y la multiplicación de afinidad de actividades nuevas, útiles semi útiles o parasitarias. Hasta hace unos decenios existían en la vida económica de las naciones, dos sectores absolutamente dominantes: primero, el agrícola, que remonta a la existencia humana misma; segundo, el industrial, muchísimo más reciente. En las naciones más o menos modernas, el sector agrícola ocupada, con mucho, el mayor número de personas. Sus importancia y su antigüedad, hicieron que se le considerara como el sector primaria; vino después el sector secundario, o industrial; las restantes actividades eran, económicamente, tan poco importantes que el sector terciario apenas contaba. Hoy, el sector terciario ha cobrado tanta importancia que, en ciertas naciones, llega a ser el que más componentes cuanta, y absorbe casi todos los trabajadores del campo y de la ciudad, que la evolución de las técnicas y de los modos de producción ha eliminado o va eliminando.

Este sector engloba los servicios públicos (enseñanza, higiene, transportes, etc.), el comercio, los servicios domésticos, toda la burocracia de las empresas del Estado, de los municipios, de los organismos oficiales, el clero, las profesiones liberales. El desarrollo de la riqueza y la multiplicación de las necesidades han dado lugar a la aparición de toda clase de actividades propias de una sociedad más evolucionada. Añadamos el aumento de las funciones del Estado, entre las cuales la organización militar. Y mientras en este sector los efectivos crecen con pasmos velocidad, disminuyen con igual pasmosa velocidad en el primario, o progresan lentamente cuando no retroceden también en el secundario.

Así, en el Canadá, el sector terciario que, en 1901, abarcaba el 27.24 por ciento del total de personas activas, cualquiera que fuera su actividad, abarcaba el 45.7 por ciento en el año 1951. En los Estados Unidos, año 1900, el porcentaje del sector terciario alcanzaba el 26 del total;

cincuenta años después había exactamente doblado. El movimiento es general. Otros aspectos de la evolución social: en 1958, el sector secundario (industrial) contaba 1.428.000 jefes de empresas (cifras que desde luego no incluyen a los accionistas), y el sector terciario 3.938.000. En Francia, en el mismo año, se contaba 934.000 en el sector secundario, y 1.570.000 en el terciario. En Alemania, las cifras respectivas eran de 1.100.000 y 1.360.000; en el Reino Unido, 321.000 y 950.000; en Bélgica, 240.000 y 403.000.

Desde luego, aunque con cifras absolutas dispares, la evolución de la mano de obra asalariada sigue una misma tendencia. En 1959, los Estados Unidos contaban unos 9.000.000 de personas trabajando en la Agricultura, 26.300.000 en el sector secundario, 31.700.000 en el terciario.

Según las estadísticas más recientes que han llegado hasta nosotros, el porcentaje de trabajadores empleados en el sector, terciario en las naciones europeas (excepto España de la que no tenemos información) era, sobre el total general, y para el año 1962, de 38.5 en Alemania, de 45.9 en Bélgica, de 40.8 en Francia, de 31.5 en Italia, de 41.4 en Luxemburgo, de 46.9 en los Países Bajos, de 48 en el Reino Unido, de 41 en Suecia, de 28.3 en Rusia. En los Estados Unidos alcanzaba el 57.1 por ciento.²⁷ Tiempo llegará en que las cifras del tercer sector desborden las cifras conjuntas del primario y del secundario.

Por otra parte, se opera un desplazamiento en el seno de las propias categorías sociales. Así, agobiados por los impuestos, muchos artesanos y pequeños comerciantes prefieren beneficiarse de las diferentes formas de ayuda social que el Estado ha extendido a las clases asalariadas; también, es cierto, el desarrollo de las grandes empresas y de las técnicas hace más difíciles la existencia de parte de esas empresas, como ocurre especialmente en la agricultura donde los gastos de explotación son cada vez más elevados, requiriendo una organización técnica y medios económicos que implican vastas explotaciones agrícolas. Pero no se deduce de estos hechos un empobrecimiento social. Se opera un traslado de la mano de obra, asalariada o pequeño patronal, a las industrias, o a los servicios públicos por una parte, y otro traslado, al interior del sector secundario, que en general ha ido creciendo, de la categoría operaria manual a la categoría técnica. Proporcionalmente, el número de ingenieros, directores, y diversas variedades jerárquicas ha ido y sigue aumentando. Así, en Suecia, de 1930 a 1954, en un conjunto de empresas especialmente estudiadas, el número de obreros pasó de 1.900.000 a 1.700.000, mientras el de los empleados y técnicos pasaba de 426.000 a 835.000. Y en Francia, en un mismo lapso de tiempo, el número de miembros de las profesiones liberales aumentó de 40 por ciento, mientras el de los campesinos, pequeños propietarios y asalariados disminuía de 25 por ciento.

Todo lo cual compensa la disminución de los propietarios rurales, y dueños de pequeñas empresas, industriales y comerciales. El caso es que no se puede deducir, de la evolución de ciertas cifras, un empobrecimiento, una pauperización como Marx lo había previsto. Hay, lo repetimos, traslados, desplazamientos de categorías sociales, pero no disminución del bienestar. Por otra parte, la disminución de pequeños empresarios va compensada en parte por el aumento de los accionistas, que muchas veces son incluso trabajadores con sueldos privilegiados.

²⁷ Se puede observar que Italia, nación pobre, tiene un porcentaje relativamente elevado. Y Grecia, más pobre aún, cuenta con el 40 por ciento de personas llamadas activas en el tercer sector. En este caso, no se trata de un excedente de mano de obra por adelantos técnicos de los dos sectores esencialmente productores, sino de insuficiencia de trabajo por falta de materias primas y energía, insuficiencia que hace buscar una salida al ejército de desocupados frutos de esta carencia. Varias naciones de América del centro y del sur ofrecen las mismas constataciones. La existencia de un sector terciario importante puede pues tener causas absolutamente opuestas. De cualquier modo, la catástrofe social revolucionaria se evita.

Pero otro factor ha intervenido y sigue interviniendo en las modificaciones de las estructuras sociales. Es la intervención del Estado contra el capitalismo privado. Quien estudia seriamente la historia sabe que, lejos de ser únicamente el amparador o el protector de la clase económicamente privilegiada, el Estado ha explotado a esta clase cuando ha tenido interés en hacerlo, y que, a veces, ha procedido, violentamente o no, rápida o paulatinamente, a la redistribución de la riqueza social. Las dimensiones de este trabajo no nos permiten extendernos debidamente para enumerar todos los casos históricos que desde la antigüedad han llegado hasta nosotros, y nos ceñiremos al actual, de Inglaterra, tomado como ejemplo significativo.

Las encuestas y los estudios documentados y especializados prueban que el banquero o el industrial que en 1900 poseía una renta de 25.000 libras esterlinas ganaba 340 veces más que un minero. En 1952, ganaba *sólo* nueve veces más. Un juez que, siempre en 1900, ganaba setenta veces más que un minero, ganaba cinco veces más en 1952. Esta proporción se reducía a 3.5 o 4.5 tratándose de un mariscal o un subsecretario de Estado, a 2.5 para el conjunto de los abogados, de los arquitectos, de los médicos. El propio Disraeli, *leader del partido conservador* y teórico del imperialismo inglés, escribía hacia 1860: “Un abismo infranqueable separaba al rico del pobre, los privilegiados y el pueblo constituían dos naciones gobernadas por leyes diferentes... con profunda incapacidad de recíproca comprensión”...

En 1885, según José Chamberlain, también figura eminente del partido conservador, un millar de propietarios poseían la tercera parte de las tierras. Y Chamberlain añadía: “la clase laboriosa es más desheredada que a fines del siglo XV”. Según Taine, hacia 1845 había en Inglaterra un millón de criados sobre una población total de dieciséis millones de habitantes. En vísperas de la primera guerra mundial, el setenta por ciento de la riqueza nacional estaba en manos de 1.3 por ciento de la población, y el gran sabio Huxley, conservador también, podía escribir: “las condiciones de existencia de los salvajes de Nueva Guinea son más decentes que las de ciertos barrios de West-End²⁸”.

Hoy, la situación ha cambiado según lo resumen las cifras mencionadas sobre la diferencia de los ingresos entre las clases sociales. Había empezado a cambiar ya mucho antes, según lo atestigua el hecho de que, durante la crisis de 1929-32, muchos obreros desocupados ingleses iban a vivir a Francia con la indemnización que cobraban, provocando la envidia y la hostilidad estúpidas de los trabajadores franceses. Pues las reformas sociales empezaron hacia 1910, y fueron obra del Estado, y de los sindicatos obreros. Desde luego, los laboristas las acentuaron, llegándose bajo el gobierno donde Stafford Cripps era ministro de hacienda, a exigir de los contribuyentes más ricos impuestos cuyo monto pasaba en ciertos casos el total de los beneficios cobrados, de modo que, como decían, no sin razón, los comentaristas, economistas liberales o no liberales, el Estado mordía no sólo en los beneficios, sino en los mismos capitales individuales constituidos.²⁹

Quien lee con asiduidad las publicaciones financieras o de expresión capitalista, constata que los mismos hechos se producen, aunque en grados distintos en las otras naciones. En todas ellas, el monto de lo que el Estado cobra representa ocho, diez y más veces los beneficios

²⁸ Barrio popular de Londres.

²⁹ Esta “operación de nivelación” había empezado antes del acceso de los laboristas al poder, como consecuencia de la evolución expresada por los líderes conservadores cuyas palabras acabamos de reproducir. Así es como los derechos eran de 8% en 1894, y alcanzaría el 40% en 1919, 50% en 1930. Los laboristas no hicieron sino elevarlos más después. En cuanto a las reformas de Stafford Cripps, llegaban a hacer pagar 8.068 libras de impuestos para una renta de 8.000 libras. Puede decirse que esto era obra de los laboristas, socialistas a su modo, siendo por lo tanto una manifestación de la lucha de clases. Pero los gobiernos conservadores, que como en el caso de Inglaterra toman también la iniciativa, suelen mantener los aumentos de impuestos contra los ricos y los capitalistas, pues en ese momento es el Estado que actúa por cuenta propia, dissociado del capitalismo privado.

obtenidos y distribuidos por las empresas. Es cierto que parte de este dinero, está redistribuido bajo forma de ayuda social que cobra caracteres diversos: ayuda a las familias numerosas, jubilaciones -¡tan insuficientes en general!- para los ancianos, para las viudas, etc. Este auxilio social, que se ha practicado en los regímenes fascistas como en los liberales y demócratas, (bajo la dictadura de un Perón alcanzó proporciones extremas, pues los demagogos necesitan dar satisfacciones a las masas, lo que ocurría ya en Atenas), es un hecho general, que atenúa la virulencia de los conflictos sociales y nada tiene que ver con el socialismo. Que, en todo caso, desmiente una vez más las profecías de Marx.

Antes de terminar sobre estas materias, refutemos de antemano las objeciones que la casuística marxista suele formular en lo que se refiere a la proporción de las pequeñas empresas con relación a las grandes. Aún siendo mucho menos numerosas, se nos dirá, las grandes empresas dominan a las pequeñas por su mayor poderío económico y financiero. Independientemente de que la verdad es a menudo otra, como lo demuestra el hecho de que, por su capacidad de contracción, en los períodos de crisis, la pequeña empresa se replegaba sobre sí misma y resistía mejor que la grande a los embates adversos, este modo de razonar escamotea el problema esencial que está en discusión. Y es que 1º) el número de las pequeñas empresas industriales no ha disminuido, sino aumentado, y 2º) sobre todo, sus condiciones de vida hacen aferrarse a su situación, a sus poseedores que, a pesar de la rivalidad de las grandes empresas son, en general, realmente privilegiados, y viven mucho mejor de lo que vivieron sus padres o sus abuelos. Por lo tanto, el advenimiento del socialismo no puede ser favorecido por los cambios de los medios de producción y sus consecuencias “dialécticas”.

LA INTERPRETACIÓN DEL ESTADO

Antes de Marx, parte del socialismo veía en el Estado, tal como actuaba entonces, un servidor del capitalismo. Pero no teorizaba filosóficamente sobre sus orígenes lejanos, ni pretendía aportar una interpretación científica definitiva de su nacimiento, su desarrollo y su futura desaparición. “La desigualdad de las condiciones resultando de la ANARQUÍA económica, siendo considerada como una indicación, una ley de la Providencia, el gobierno no puede menos de secundar a la providencia” -escribía irónicamente Proudhon, que añadía: “Por lo cual, no satisfecho con amparar al privilegio, le ayuda pero nada le da. Acuérdenle el tiempo necesario, y el gobierno hará, con el nombre de nobleza, burguesía o lo que fuera, una institución. Existe pues un pacto entre el Capital y el Poder para poner a contribución únicamente al trabajador”.

Proudhon afirmaba, en otras partes, que el Estado mismo creaba el privilegio individual, lo cual dilatava los términos del problema. Por otra parte, ciertos socialistas preveían la desaparición del Estado en el porvenir: la fórmula de Saint Simon: “reemplazar al gobierno de los hombres por la administración de las cosas” es un programa que más tarde debían adoptar teóricamente los propios marxistas, y al que Proudhon se sumó con su célebre fórmula: “El taller sustituirá al gobierno”.

El mismo marxismo es, lo hemos visto antes, y en el orden teórico, esencialmente antiestatal. Pero ha creído necesario justificar “dialécticamente” su actitud. Engels, sobre todo, lo ha hecho en su libro ya mencionado: *Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*. He aquí un párrafo-síntesis que resume su pensamiento en cuanto a esta última institución:

“El Estado no es, pues, un poder impuesto desde fuera de la sociedad; tampoco es “la realidad de la idea moral”, “la imagen y la realización de la razón” según pretende Hegel. No es el producto de la sociedad llegada a cierto grado de desarrollo; es el reconocimiento, por la sociedad, de que está presa en una contradicción insoluble por haberse dividido en antagonismos irreconciliables que no le es posible resolver. Pero, para que las clases antagónicas, cuyos intereses económicos son opuestos, no se destruyan, con la sociedad, en luchas estériles, llegó a ser necesario que un poder, aparentemente colocado por encima de la sociedad, esté encargado de amortiguar el conflicto, manteniéndole en los límites del “orden”: este poder, fruto de la sociedad, pero que quiere colocarse por encima de ella y se desprende de ella cada vez más, es el Estado”.

Hemos visto ya que Marx consideraba al Estado como una “superestructura parasitaria de la sociedad”, sin haber, sin embargo, ahondado teóricamente el origen del mismo. Y en el fondo, la explicación engeliana entronca sobre la hipótesis del pacto imaginado por Rousseau, según el cual los hombres, llegados a cierto grado de madurez, habían resuelto renunciar a parte de su libertad individual para asegurar un orden indispensable a la vida común. La diferencia estriba en que el autor del *Contrato Social* no daba a la oposición de las clases la influencia predominante que le da Engels.

La doctrina engeliana constituye una explicación básica sobre el origen, y *la necesidad histórica* del Estado en el desarrollo de la humanidad, (recordemos a Hegel: “todo lo que existe es lógico, y necesario”). Es fruto de la existencia de clases antagónicas, ellas mismas hijas del clan y de la “gens” primitiva en la cual, nos dice Engels, haciendo de ella una descripción idílica que recuerda el *Discurso de la Edad de Oro*, de Cervantes, todo era común entre los hombres. El Estado aparece pues como un instrumento de estabilidad indispensable, y su existencia va ligada a esta situación dual. Y así como no existió en el período de la humanidad en que reinaba una universal igualdad económica, tampoco habrá de existir en el período futuro en que esta igualdad habrá sido restablecida con la desaparición de la explotación del hombre por el hombre, y de las clases privilegiadas y depauperadas hoy inevitablemente enfrentadas. Lo cual lleva al amigo de Marx a concluir:

“El Estado no existe desde el fondo de la eternidad. Sociedades hubo que no lo necesitaron, que no tenían la menor noción del Estado ni de los poderes del Estado. En un momento dado de la evolución económica, necesariamente ligada a la evolución de la sociedad en clases, esta escisión hizo necesario el Estado. Ahora vamos rápidamente a un grado de desarrollo de la producción en que la existencia de las clases no sólo ha dejado de ser necesaria, sino que se convierte en un obstáculo positivo para la producción. Las clases desaparecerán tan fatalmente como han surgido. Inevitablemente el Estado caerá con ellas. La sociedad que reorganizará la producción sobre las bases de una asociación libre e igualitaria de los productores llevará toda la máquina del Estado allí donde en adelante le convendrá estar: en el museo de las antiguallas, cerca de la rueda y del hacha de bronce”.

Nuevamente el razonamiento recuerda a Hegel, y a la interpretación dialéctica de la historia y de los fenómenos sociales. El proceso dialéctico es “lo que se desarrolla por su propio desarrollo interno”. El desarrollo interno, el proceso natural ha creado la sociedad de clases, y su consecuencia, el Estado, y hará desaparecer la sociedad de clases y el Estado. Pero habrá que ayudar a la desaparición de este último por medio de la revolución, lo cual, en el fondo, introduce un factor suplementario del cual se nos podrá decir, es cierto, que es una de las consecuencias de la situación creada. Mientras tanto, el proceso de dialéctica verbal se desarrolla con halagüeñas perspectivas en los vaticinios del *Anti-Duhring*, que parecen más de un profeta que de un sociólogo:

“Tan pronto hayan sido suprimidos al mismo tiempo que la dominación de clase y la lucha por la existencia individual hija de la antigua ANARQUÍA de la producción las colisiones y los excesos

que de ella derivaban, no queda nada por reprimir y la fuerza especial de represión, el Estado, deja de ser necesaria. El primer acto con el cual el Estado se afirma realmente como representante de la sociedad entera -la toma de posesión de los medios de producción en nombre de la sociedad-, es al mismo tiempo el último acto característico del Estado. La intervención del poder de Estado en las relaciones sociales se vuelve superflua en un dominio tras otro, y se amortigua por sí misma. Al gobierno de las personas se sustituye la administración de las cosas, y la dirección del proceso de la producción. El Estado no es abolido: muere por sí solo".

De modo que, para Engels, lo mismo que para Marx y los marxistas, el hecho de que el Estado tome "posesión de los medios de producción en nombre de la sociedad", es una razón para que renuncie voluntariamente a la existencia... la dialéctica bien aplicada nos llevaría a conclusiones contrarias. Pues el Estado no es una entidad abstracta: está compuesto por hombres de carne y hueso, situados al margen de lo que podríamos llamar los elementos biológicos que componen la sociedad, pero pone bajo su tutela a estos elementos, con la economía misma. La cabeza directora del Estado es el gobierno, y tan pronto se constituye un Estado y un gobierno es para dirigir, gobernar a la sociedad y *vivir de ella*. La sola verdad -nada original- enunciada por Marx y Engels, es que el Estado "quiere colocarse por encima" de la sociedad, que "se desprende de ella cada vez más" (Engels), y que constituye "una superestructura parasitaria" de la sociedad (Marx). Por lo demás, ambos creían perfectamente que el Estado seguiría existiendo después de la derrota de la clase económicamente dominante y se haría cargo de la dirección económica de la sociedad, puesto que el *Manifiesto Comunista* preconizaban las medidas revolucionarias siguientes:

- "1. Expropiación de la propiedad territorial y aplicación de la renta territorial a los gastos del Estado;
- "2. Impuesto gravoso progresivo;
- "3. Abolición de la herencia;
- "4. Confiscación de todos los bienes de los emigrados y enemigos del régimen nuevo;
- "5. Centralización de crédito en manos del Estado por medio de un Banco nacional, cuyo capital pertenecerá al Estado, y que poseerá el monopolio exclusivo de ese crédito;
- "6. Centralización en manos del Estado de todos los medios de transporte;
- "7. Multiplicación de las manufacturas nacionales y de los instrumentos de producción, cultivo de todas las tierras no utilizadas y mejoras en el cultivo de las tierras utilizadas según un plan de conjunto;
- "8. Trabajo obligatorio para todos, organización de ejércitos industriales particularmente de la agricultura;
- "9. Armonización del trabajo agrícola y del trabajo industrial: medidas para hacer desaparecer las diferencias entre las ciudades y el campo;
- "10. Educación pública y gratuita de todos los niños. Abolición del trabajo de los niños en las fábricas, tal como se practica hoy. Armonización de la educación con la producción, etc."

Como se ve, todas, o casi todas estas medidas, o reformas, ya preconizadas por Saint Simon, Pierre Leroux, Luis Blanc, y otros socialistas debían ser aplicadas por el Estado marxista. Pero esas medidas previstas -por ejemplo la organización de ejércitos industriales, la centralización

de los medios de transporte, etc.-, son o serían aplicadas por funcionarios; al aplicarlas se dirige, o gobierna a las personas, a los hombres. Es un sofisma, digno de los misterios de la dialéctica, afirmar que quien dispone de los medios de producción, quien tiene el poder de “organizar manufacturas nacionales y los medios de producción” no dispone de los productores, de los ciudadanos; que el Estado que ejerce el monopolio del crédito, no domina la economía, y por tanto a la población en su vida física. El sofisma se agrava cuando se trata de hombres que precisamente, han dado a “los modos de producción” una importancia primordial en las relaciones humanas. Y mal se ve cómo los hombres que han de componer el Estado, que se vuelven así los directores de la sociedad, han de perder automáticamente su autoridad al mismo tiempo que se acrecienta su poder, ni, lo repetimos, cómo el Estado dueño de toda la riqueza social, ha de desaparecer.

Estos proyectos, alrededor de los cuales se construyó, como debía ocurrir fatalmente, un plan teórico adecuado, con la formación o deformación psicológica de los que debían realizarlo, aparece más inquietamente cuando se lee, en el segundo capítulo del *Manifiesto Comunista*, párrafos como el siguiente:

“Prácticamente, los comunistas son pues la fracción más combativa de los partidos obreros de todos los países, la fracción que arrastra a todas las demás; teóricamente, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de una clara interpretación de las condiciones, de la marcha y de los fines generales del movimiento proletario”.

Que cada partido revolucionario esté convencido de estar, más que los otros en lo cierto en cuanto a la visión de las cosas y al modo de remediarlas, es natural. Pero cuando estas afirmaciones se formulan con tanta suficiencia que coloca a quien las hace por encima de todos los otros, asoma la justificación de una futura dictadura única, o unilateral. Y el peligro es mayor cuando los hombres que se elevan así por encima de los otros disponen del enorme instrumento de dominación y opresión constituido por el Estado que tienen entre manos. Que llamen a este Estado proletario, o revolucionario, nada cambia a la opresión en sí, opresión teóricamente justificada por una ilusión mesiánica desmedida.

Bien es cierto que la justificación primordial de la constitución del Estado llamado proletario, justificación que Lenin ha expuesto en su libro *El Estado y la Revolución*, estriba en la necesidad para el proletariado de eliminar, al producirse y realizarse la revolución, a la clase hasta entonces económicamente dominante, es decir, a la clase burguesa (industrial y agraria) y capitalista. Pero quien no está mentalmente inhibido por sofismas partidistas comprende que es imposible instaurar ese Estado sin el triunfo previo del proletariado, y que si el proletariado ha triunfado, es que ha derrotado a las fuerzas defensoras del capitalismo, y por ende al capitalismo que seguramente en el estadio alcanzado, no quedaría en posesión de sus bienes. En consecuencia no se ve por qué instaurar una dictadura y un Estado para eliminar a lo que ya está eliminando. Nos hallamos ante un enigma que, en fin de cuentas, la revolución rusa ha aclarado definitivamente: Lenin ha aplicado las grandes líneas del programa expuesto en el *Manifiesto Comunista*. En cuanto a las fuerzas de represión constituidas por el nuevo Estado, han servido sobre todo para combatir a los revolucionarios no comunistas, no bolcheviques; y a asegurar el dominio absoluto de los que hicieron juegos de palabras sobre estos problemas.³⁰

³⁰ En su libro *Terrorismo y Comunismo*, publicado en 1920, Trotski escribía: “Hemos aplastado a los mencheviques y a los socialistas revolucionarios, y están aniquilados. Este es nuestro criterio”. Pero, en primer lugar, los socialistas revolucionarios de que se trataba eran los de la izquierda, tan revolucionarios como los bolcheviques. Y en segundo lugar, Trotski no se limitó a “aplantar y aniquilar” a estas dos formaciones: lo mismo hizo con el movimiento anarquista, con los revolucionarios ucranianos, tan anticapitalistas como él, y con los marineros de Cronstadt, que habían asegurado el triunfo suyo y de Lenin, contra el gobierno de Kerenski. Es decir, contra todo lo que no aceptaba pasivamente la dictadura de los comunistas marxistas violentamente usurpadores de la dirección de la revolución. Su

Creemos útil ahondar un poco más -y no tanto como quisiéramos-, el problema del origen del Estado y de su papel en la historia. Por limitados que parezcan los elementos enumerados, nos permitirán comprender mejor cuán pobre es la visión histórica de la doctrina que según sus autores encierra el alfa y omega de todos los problemas humanos.

Para nosotros, esencialmente el Estado nace de la autoridad ejercida por el hombre sobre el hombre. Y esta autoridad, o este predominio, que revisten formas diversas, no se limitan siquiera a nuestra especie, y no se explican inicialmente, por razones económicas unilaterales, pues los estudios realizados y que se siguen realizando sobre psicología y comportamiento de los animales revelan cada vez más que la práctica jerárquica se halla en numerosas colectividades de mamíferos, aves e incluso peces. Entre los hombres, la autoridad puede ser beneficiosa cuando reviste un carácter moral, técnico (dirección de la caza, de la pesca, del trabajo agrícola, cargos de responsabilidad asumidos por los más aptos) y es ejercida con el consenso general -caso del alcalde libremente elegido-. Puede ser, y es dañina cuando se impone a la colectividad para beneficio propio, o primordial de quien la ejerce. Si se limita a este personaje, nos hallamos ante una forma de autoridad opresora. Lo cual no significa que sea de poca importancia: los etnógrafos que han estudiado, hasta estos últimos años, la vida de los clanes africanos aún existentes, nos muestran al jefe ejerciendo poderes absolutos, mandando a todos, y en todo, con derecho de vida y muerte sobre los miembros de la colectividad, jefe en la guerra y jefe religioso, poseyendo tantas mujeres como le placía, disponiendo a su antojo de los recursos económicos en principio comunes, y pudiendo ejercer su maldición contra quien a él se oponía, lo cual provocaba la muerte del individuo por aislamiento total. No hay aquí clases sociales, luchas entre poseedores y desposeídos, pero hay autoridad gubernamental absoluta, y obediencia no menos absoluta. Un paso más, y si el clan cobra importancia, sea por el aumento natural de su población, sea por conquista, el mismo jefe, tendrá un personal encargado de la policía o la administración, incipiente o servidores empleados con atribuciones de autoridad. Otro paso, y tendremos al reyezuelo, tan frecuente en el África negra, con él, un Estado naciente, que alcanzará amplias dimensiones al crearse reinados o imperios por medio de la guerra. La historia de África, incluso del África del norte, o sea árabe, por nuestra multitud de casos. Y ya desde el Estado pequeño habrán aparecido los ministros, el aparato represivo, no a consecuencia de los perfeccionamientos técnicos de trabajo, de cambios en los modos de producción, sino de la existencia de una autoridad política institucionalizada, dueña de la vida material por el recurso de la fuerza. De ella parte la fragmentación y la distribución de la propiedad colectiva. Hechos semejantes, o parecidos se constatan, en diversos grados, en las tribus indias de la América central.

No es pues necesario remontar a la "gens" que Engels analizaba a su modo, de acuerdo con las obras de Morgan y Bachofen, interpretando estos hechos con los lentes deformadores a través de un criterio apriorístico, supuestamente científico, pueden pretender dar una explicación unilateral, válida para todos los casos y todas las situaciones de un hecho de envergadura como la aparición de la autoridad política, del gobierno, y del Estado. Los procesos son diversos. En las colectividades primitivas un mismo estado de propiedad, un mismo grado de evolución o estancamiento económico, idénticas técnicas de agricultura, pesca, caza o construcción, coexisten con organizaciones políticas distintas: jefes absolutos, costumbres casi libertarias, autoridad difusa del consejo de ancianos, intervención o no intervención de la mujer, influencia decisiva de los guerreros.

El reciente surgimiento, y resurgimiento según los casos, de las naciones africanas después de la proclamación de su independencia, nos aporta un testimonio que todos podemos comprobar y que es mucho menos discutible que las cogitaciones de Engels, o Pablo Lafargue sobre la

asesinato posterior no fue sino la aplicación, al interior del partido, de los procedimientos que había aplicado contra los revolucionarios que actuaban exteriormente al mismo partido.

estructura de las sociedades humanas hace diez, quince o veinte mil años. Los colonizadores se han ido. Estaban compuestos, en su mayoría, y aparte el personal de administración pública perteneciente a las naciones dominadoras, por propietarios pequeños, medianos o grandes que se habían adueñado de parte de la tierra de los territorios ocupados. Se agregaban industriales generalmente más pequeños que grandes. Pero, debido a su partida, el primer hecho que se registró fue una avalancha extraordinaria de los habitantes oriundos de cada país hacia los cargos públicos. Los funcionarios europeos habían retornado a sus países de origen, pero el Estado, los Estados africanos negros o árabes se constituían con pasmosa rapidez, los funcionarios auténticamente africanos se multiplicaban como por arte de magia. La economía se paralizaba, los talleres, las empresas industriales se cerraban, o dejaban de producir, pero los ministerios se constituían, la policía se reforzaba, la nueva burocracia florecía. ¿Para mantener el orden entre las clases sociales?, ¿para frenar el ardor de los patronos en lucha contra los obreros o viceversa? No: sólo existía una verdadera clase: la de los pequeños campesinos que no habían abandonado la tierra. Lo demás, si no estaba en manos del Estado naciente so pretexto de expropiación de los colonizadores, constituía fragmentos menores de la población. En cambio, aparecía una clase nueva, la más numerosa, influyente y poderosa, que hoy explota a los campesinos, a los verdaderos productores que han quedado y seguido en su puesto: la del Estado, que multiplica los impuestos directos e indirectos, e impone su autoridad.

En un libro escrito después de una larga estancia -que no fue la primera- en África, René Dumont, agrónomo renombrado y sociólogo, socialista de izquierda, anticolonialista de toda su vida, nos muestra la realidad estatal en estas naciones recién formadas. “La *industria* principal, de los países de ultramar, escribe, es actualmente la administración”. La administración pública, se entiende. Y acumulando datos y cifras nos muestra cómo en el Dahomey los sueldos de la burocracia absorben sesenta por ciento del presupuesto. Para los quince países que formaban antes las colonias francesas, se contaba, en 1962, 150 ministros, varios centenares de miembros diversos del conjunto de los gabinetes, millares de parlamentarios. La producción económica había bajado verticalmente, mientras la producción política había subido también verticalmente. El Gabón, con 450.000 habitantes, contaba 65 diputados: ¡uno por cada 7.000 habitantes! En todas partes, el sueldo de los funcionarios era, y es, infinitamente superior a la renta de los labriegos, y todo labriego, o hijo de labriego que sabía leer y escribir iba a las ciudades para ser funcionario. Y se comprende: *En mes y medio, un diputado gana tanto como un campesino en toda su vida.*

Tal es el cuadro ofrecido con mayor o menor intensidad por las nuevas naciones africanas. El Estado se ha constituido antes de que se organizara la economía; en todas partes, los “enchufados” se han interfecundado. Y si tomamos la historia realmente conocida de las naciones de construcción relativamente reciente, asistimos a los mismos hechos. Toda la América indo-española ha seguido un proceso comparable. Es en ella el elemento político-militar que ha determinado la estructura económica fundamental. La gran propiedad agraria, el latifundio que durante siglos ha dado, y da todavía, en gran parte, a esas naciones su estructura feudal, arranca históricamente no de las exigencias de las técnicas económicas de la época en que se han constituido, sino del derecho brutal de la conquista militar. Y la estructuración del Estado, que ha seguido, ha intervenido a su vez, muchas veces en conexión con este primer hecho.

En fin, retornemos a la Edad Media, a esa larga noche de la Europa occidental, tan llena de enseñanzas. Si se quiere utilizar el procedimiento abstracto del razonamiento dialéctico aplicado a los hechos concretos, se demostrará, pues es cuestión de fe y de arte de discurrir, que la falta de estructuración política orgánica que caracteriza la mayor parte de ese período fue consecuencia de la falta de estructuración económica, correspondiente, particularmente de la dispersión de la propiedad, y de lo rudimentario de los medios técnicos empleados especialmente en la agricultura, forma dominante de la economía. Pero la influencia opuesta, es

decir la de los hechos políticos sobre la vida económica es igualmente, como lo sostenemos siempre, uno de los grandes factores, y en este caso, es un factor predominante.

Antes de producirse la invasión de los bárbaros, el Imperio romano, había organizado una superestructura de Estado cuyas ramificaciones se extendían por todo el Occidente, aunque entonces la economía no estaba ni coordinada, ni centralizada entre sus diferentes partes: Iberia, África del Norte, la Galia, y los hoy Países Bajos, Inglaterra, parte de Germania. Bien existían relaciones económicas con los intercambios correspondientes, de materias primas y productos acabados, pero el grado de trabazón en este dominio no podía, ni con mucho, compararse con el existente en el orden político. Se sabe, que las rutas romanas, que surcaban a Europa y son aún en muchos casos existentes, no tuvieron por objeto el transporte de mercaderías, sino ante todo de tropas encargadas de extender o mantener el dominio férreo de la Roma imperial.

Pero, favorecida por el derrumbamiento interno, se produce la invasión de los bárbaros en gran parte movidos por la necesidad material aguzada a medida que las mesetas asiáticas se esterilizan, y aumenta numéricamente la población de las naciones del este. Godos, visigodos, austrogodos, lombardos, vándalos, francos, germanos de todas familias étnicas, destruyen el imperio, despedazan y desmenuzan la organización política por él creada. El caos general se extiende, pues la civilización es fruto de la estabilidad y de los contactos humanos permanentes. Se producen distintos intentos de articulación. ¿Consecuencias de la evolución de los factores económicos? No: consecuencias de la voluntad de predominio de los jefes natos, de los grandes guerreros, de los hombres que, en el seno de su propia tribu, de su propio grupo étnico se han impuesto ya, sea por pertenecer a una familia poderosa cuya riqueza ha sido más el fruto del despojo que del propio trabajo, sea por tener la ambición de imperar, el don psicológico de la dominación. Clodoveo, Atila, Odoacro, Teodorico, Alboino, Alarico, Atila después, son jefes de naciones migrantes, de tribus confederadas, invasoras voluntarias o ahuyentadas por otras tribus, familias o confederaciones. Unas pasan y van a desaparecer, - caso de los vándalos-, otras fundan gobiernos, Estados, como hicieron los francos o los visigodos. Los reyes van surgiendo degollándose mutuamente, creando monarquías incipientes que se afianzan o no, luchando entre sí como tanto hicieron los caudillos árabes, lo que facilitó así la Reconquista en España. La Iglesia, que coronó emperador de Occidente a Carlomagno, después de haber hecho a Clodoveo rey de Francia, y que incitará a Guillermo el Conquistador a adueñarse de Inglaterra para asentar, mediante esta conquista, su predominio religioso, apoya o combate a unos u otros, según sus intereses.

Se derrumba con la muerte de Carlomagno, que le había constituido guerreando sin cesar durante cuarenta años (¡o milagros de los “cambios de modos de producción”!) el imperio de Occidente, mientras sigue adelante el imperio bizantino, pero a pesar de tanto maremágnum en el occidente, las ciudades que por ejemplo encontró César al invadir las Galias siguen existiendo, muchas veces administradas por los obispos, que disputan su posesión a los jefes guerreros establecidos, o a sus descendientes. En ellas, los habitantes trabajan, y en los campos, los pobladores sacan el sustento de la tierra. Y si averiguamos un poco más vemos que los fundadores del feudalismo fueron entonces los jefes de hombres de armas, extranjeros y nacionales que aprovecharon el desorden general nacido de las invasiones, caudillos y bandoleros mayores que se instalaron por la fuerza e impusieron su dominio a los habitantes indefensos de los lugares por ellos escogidos. Así nació el régimen feudal de la propiedad, la estructura económica feudal, el vasallaje con el supuesto “libre contrato” entre el vasallo y su señor encomiado por ciertos historiadores. Después, con el transcurso de los siglos, parte de la descendencia de los antiguos jefes de bandoleros, soldados y conquistadores se afinaron algo y crearon lo que debía llamarse la aristocracia, es decir, en realidad, una casta guerrera-propietaria.

Simultáneamente, en las postrimerías de Roma, los funcionarios del Estado, especialmente bajo el dominio de Teodosio, habían aprovechado su posición, como más tarde la aprovecharán los de Carlomagno, para adueñarse también de la riqueza inmobiliaria, de la tierra. Así nació el “modo de producción medieval” invocado por la “ciencia” marxista para explicar la no articulación política que predominó entonces en Europa occidental.

Así nació también el Estado, vasta máquina de dominación y explotación creada por aventureros organizadores en ese largo período. Grimmelhausen, que escribió su libro *Simplicismo* a principios del siglo diecisiete, resume la experiencia de su época poniendo en boca de uno de sus personajes estas palabras, que valen mucho más, para la investigación de la verdad histórica, que las sabias afirmaciones de Marx sobre la “división del trabajo”, o de Engels sobre la necesidad del equilibrio social entre las clases:

“Mi bien Simplicio, te aseguro que el banditismo es, en nuestra época, el oficio más noble que existe en el mundo. Dime, por favor, ¿qué reinos, qué principados no fueron fundados mediante un asalto armado? ¿En qué lugar del mundo se reprocha a un rey o a un príncipe el gozar de los ingresos de sus provincias que sus antepasados han, generalmente, conquistado y reunido por la violencia?... Eres aun el Simplicio que no has estudiado a Maquiavelo. En cuanto a mí, si pudiera fundar una monarquía con los mismos procedimientos, bien quisiera saber ¿quién se atrevería a criticarme?”

La monarquía visigótica, con su Estado, es decir sus reyes, sus ministros y ministerios, sus instituciones de dominio locales y regionales, sus cuerpos administrativos nacionales no fue consecuencia de la estructura de la propiedad, ni de cambios en los modos de producción, sino creación de los conquistadores, vencedores para asentar su dominio y asegurar la explotación material de las poblaciones sojuzgadas. En la nación que iba a ser Francia, el Estado nacional fue fundado por Clodoveo, “bandit sans foi ni loi” como escribía el historiador Funck-Brentano, que asesinó o hizo asesinar a sus rivales, y con una horda de guerreros francos residentes en el Norte del país derrotó a los romanos, los alemanes, los borgoñeses, los visigodos, aumentando sus fuerzas y el territorio conquistado con cada victoria; así los vencedores apoyados por la Iglesia, se adueñaron de las riquezas de los propietarios romanos, o galoromanos, y organizaron el primer Estado que rigió y dominó a la nación. Una vez más, no fue la evolución de la economía la que determinó la aparición del Estado franco, o francés; éste siguió su propio rumbo, obedeció a su propia ley. Y esta ley inicial es la del jefe militar y sus guerreros que se impone a sus rivales, subordina por la fuerza de las armas a los otros jefes, avasalla a las poblaciones, organiza, con sus soldados disciplinados, obedientes y cómplices, la explotación de los naturales, con la rapiña, los impuestos, la apropiación total o parcial de la tierra en beneficio propio; y cuando se trata de hombres inteligentes, que tienen un sentido de organización, aparece la creación paulatina de instituciones que aseguran, al mismo tiempo que el dominio de sus creadores la explotación administrativa mediante instituciones más o menos permanentes primero, estables después, y de las cuales van a brotar iniciativas de nuevas conquistas, nueva explotación, nueva rapiña organizada. ¿Deseo de mantener el orden perturbado por las luchas de clases? ¡Pamplinas! Voluntad de conquista, dominación y riqueza. Tal es el rumbo general.

La acción militar, el hecho, el hombre político son los verdaderos creadores del Estado no sólo en España y en Francia, sino igualmente en Flandes y en Alemania, en Rusia y en los países del norte europeo, y más tarde en la Italia moderna. La producción, la industria, la riqueza fruto del trabajo están en manos de la burguesía, de la burguesía de las ciudades se entiende. Y esta burguesía quiere su independencia, la independencia de la ciudad con relación al señor feudal y al rey que tiende a crear una organización político-administrativa, centralizada, abarcando toda la nación, y con la cual le será posible hacer la ley a la burguesía que posee la riqueza, imponerle impuestos, y despojarla cuando lo necesite, sea desvalorizando la moneda, sea con medidas compulsivas diversas.

Estos hechos, con las necesarias modificaciones constantes de lugar y de tiempo se registran en todos los países de larga historia que se han constituido políticamente sin ese mínimo de madurez que acusan, por el grado de desarrollo de sus pobladores, los Estados Unidos de Norte América y en menor grado el Canadá.

Que, aún constituido en condiciones menos tumultuosas que las de Europa, o del Asia, el Estado tienda, por su naturaleza propia, a tener vida propia, a ser un órgano independiente en la sociedad, para vivir de ella y a sus expensas, nos lo dice el propio Engels en la Introducción por él escrita en marzo de 1891, para la reedición del ensayo ya mencionado de Carlos Marx, *La Guerra Civil en Francia*. En este escrito, el compañero de Marx declara tan enemigo del Estado, tan partidario de la organización comunal federalista que sólo, y una vez más, los misterios de la táctica dialéctica pueden explicarlo. En un denso análisis de las fuerzas y del mundo político de los Estados Unidos, el introductor escribe:

“En un principio, la sociedad había creado, mediante la simple visión del trabajo, sus propios órganos para atender a los intereses comunes.³¹ Pero, con el tiempo, estos órganos cuya cúspide era el poder del Estado, se habían transformado, al servir sus propios intereses particulares, de servidores, en amos de la sociedad. Esto puede constatarse, por ejemplo, no sólo en la monarquía hereditaria, sino igualmente en la República democrática. Precisamente, en ninguna parte constituyen los “políticos” un clan más aislado y más poderoso que en América del Norte. En ese país, cada uno de los dos grandes partidos que se turnan en el poder esta dirigido por gentes que hacen de la política un negocio, especulan sobre los escaños parlamentarios en la Asamblea legislativa de la Unión como sobre los de los Estados, o viven sobre la agitación de su partido, siendo recompensados con empleos públicos. Harto sabemos cómo los norteamericanos procuran, desde hace treinta años, sacudir este yugo insoportable y cómo, a pesar de todo, se enlodan cada vez más en ese pantano corruptor. Es precisamente en los Estados Unidos donde mejor podemos ver cómo el poder del Estado consigue independizarse de la sociedad de la que, al origen sólo debía ser instrumento.³² En ese país no existe ni dinastía, ni nobleza, ni ejército permanente (dejando aparte el puñado de soldados encargados de vigilar a los indios), ni burocracia con puesto fijo y segura jubilación. Sin embargo, tenemos dos grandes cuadrillas de políticos especuladores que se turnan para tomar posesión del poder del Estado y lo explotan con los procedimientos más corrompidos y los fines más desvergonzados; y la nación es impotente frente a estos dos grandes trusts de politiqueros que están supuestamente a su servicio, pero que en realidad la dominan y saquean”.

Estamos lejos de las enseñanzas teóricas fundamentales de lo que se llama el marxismo. Lejos de lo que nos dicen incluso los marxistas sabihondos que miran irónica o compasivamente a quienes tratan el problema del Estado sin dejarse influenciar por las opiniones, las ideas, las doctrinas de unos y otros. Lo grave es que Engels, que en ciertos momentos incluso parece llegar a conclusiones an-arquistas, haya mantenido las normas tácticas parlamentarias y estatales que conocemos. Pero el marxismo, ni sus fundadores, no cuentan las contradicciones.

Esto nos conduce al hecho bolchevique, hijo directo del marxismo, como lo es el hecho reformista.

Lenin representaba, en el seno de la social-democracia rusa, la tendencia izquierdista. La lectura de sus escritos prueba que ante todo estaba centrado sobre el cambio violento de la sociedad rusa. Llegó a tener, en el segundo congreso del partido una mayoría de dos votos

³¹ Observemos que no se trata de impedir los roces de la lucha de clases, o sus consecuencias. Al decir que “la sociedad” había creado sus órganos *para atender a los intereses comunes*. Engels elimina la lucha de clases que, según él, y según Marx, es el motor de la historia.

³² Una vez más, esta afirmación recuerda al *Contrato social* de Rousseau. Los que han constituido un Estado para servir a la sociedad han sido raras excepciones en la historia.

asegurados por el número superior de delegados, acudidos gracias a los recursos pecuniarios de que disponía merced a las “ex”, o sea las expropiaciones de bancos en los cuales Stalin se había especializado. Ya tenemos en esta inmoralidad, tanto mayor cuanto era empleada contra los propios compañeros de partido, un anticipo de lo que habían de ser los procedimientos gubernamentales del futuro dictador.

Esta apeló también a la institución de los “revolucionarios profesionales”, dirigidos contra el zarismo, pero al mismo tiempo contra los socialistas, demócratas o no. Su triunfo y el triunfo de sus conceptos o de su política importaban ante todo. Y si se nos dice que, en el fondo, era guiado por buenas intenciones, responderemos que también Torquemada era guiado por buenas intenciones, y así muchos dictadores, tiranos e inquisidores. Las intenciones no bastan. Existen ciertos principios morales elaborados en el curso y en la política de la historia, cuyo rechazo provoca catástrofes definitivas.

El caso es que, habiendo estallado la revolución rusa, Lenin se impone al Comité central del partido bolchevique, o de la fracción mayoritaria social-demócrata, y, gracias a sus dotes de estrategia político, gracias a su habilidad, a los hombres de valor que le siguen, a otros revolucionarios -socialistas revolucionarios de izquierda, anarquistas demasiado apresurados por hacer la revolución social, tal como lo concebían- gracias aun a parte de los trabajadores de Petrogrado y de Moscú, y a los heroicos marinos de Kronstadt a los cuales Trotski exterminó como Thiers había exterminado a los “communards” de París, gracias, en fin, a sus promesas democráticas, hasta antiestatales (Léase *El Estado y la Revolución*) logró provocar el derrumbamiento del gobierno de Kerensky, cerrando después la Asamblea Constituyente compuesta por una mayoría socialista de diversas tendencias, Lenin pudo, decimos, constituir un gobierno bolchevique, primero, el Estado comunista después.

Sus panegiristas tienen razón. Sin Lenin, la revolución rusa habría tomado un rumbo muy diferente. Pero este hecho, de consecuencias formidables ¿no está en contradicción absoluta con los principios dialéctico-comunistas marxistas, o lo que comúnmente se entiende por ellos? ¿No prueba que el Estado no es forzosamente una consecuencia de los cambios en los medios de producción, del desarrollo industrial, o del nivel de la agricultura, de la lucha entre los poseedores y desposeídos? La toma del poder por los bolcheviques fue obra de una minoría atrevida, audaz, que no sólo atacaba a las clases sociales hasta entonces dominadoras, sino a las otras fracciones revolucionarias, y destruyó por infiltración astuta, por la fuerza, por el terror, los soviets, instrumentos democráticos de administración pública constituidos por el pueblo en todo el país. Pues los soviets siguieron existiendo nominalmente, pero, como las cooperativas, como los sindicatos obreros, fueron muy pronto convertidos en instrumentos de dominación del partido bolchevique, es decir de Lenin.

Ya antes de la revolución rusa, cuando las polémicas internas enfrentaban a los distintos líderes revolucionarios. Trotski escribía a propósito de Lenin: “El armazón del partido se sustituye al partido mismo: el Comité central se sustituye al armazón, y finalmente el dictador se sustituye al Comité central”. Así fue en efecto. Después vino Stalin, continuador extremo de Lenin, que nada innovó en cuanto al comportamiento observado hacia los revolucionarios no comunistas bolcheviques, a no ser el asesinato de los propios compañeros de partido, con la culminación de los procesos de Moscú.

¿Hasta qué punto resultan estas contradicciones de la inestabilidad teórica consecuencia de la dialéctica? ¿Hasta qué punto es la dialéctica instrumento del cinismo político para justificar las actitudes más opuestas, los juegos estratégicos más diversos, las actitudes más disonantes? Ni es fácil determinarlo, ni tenemos lugar para entregarnos a semejante análisis. Pero citaremos un ejemplo que precisamente demuestra, al mismo tiempo, cómo la interpretación genuinamente marxista del Estado o es error burdo, o pretexto para futuros despotismos.

Cuando, en el período del gobierno de Kerensky, Lenin fue obligado a vivir recóndito para no ser detenido, el futuro dictador, creador del peor totalitarismo que hasta entonces se había conocido en la historia, escribió su libro *El Estado y la Revolución*. En este libro, aparece fundamentalmente como enemigo del Estado, e insiste mucho sobre su natural autodestrucción, expresión tomada de Engels. “El Estado no es absoluto, fenece por anemia”, escribía este último. Y Lenin desarrolla esta tesis, en los párrafos siguientes que extractamos entre otros, igualmente característicos:

“Se puede y se debe, desde ahora, del día a la mañana, empezar por sustituir a la “jerarquía” de los funcionarios de Estado por simples funciones de “vigilancia y teneduría de libros”, funciones que desde hoy son perfectamente correspondientes al nivel de desarrollo de los ciudadanos en general, y perfectamente practicables, por el salario de un obrero”.

“Somos nosotros mismos, los obreros³³ que, afianzados en nuestra experiencia obrera, al instituir una disciplina rigurosa, una disciplina de hierro mantenida por los obreros armados, dueños del poder, organizaremos la gran producción³⁴ tomando por punto de partida lo que ha sido creado ya por el capitalismo. Reduciremos a los funcionarios del Estado al papel de simples agentes ejecutores de nuestras directivas, de “vigilantes y tenedores de libros” encargados de la responsabilidad, revocables y retribuidos modestamente (y desde luego conservaremos a los especialistas de todas clases, y de todo rango). Tal es nuestra tarea proletaria, la forma en que se puede y debe empezar a realizar la revolución proletaria. Fundadas sobre la gran producción, estas medidas conducirán de por sí a la “natural extinción” gradual de toda burocracia, al establecimiento gradual de un orden donde las funciones cada vez más simplificadas de control y contabilidad serán cumplidas por todos, alternativamente, hasta llegar a ser una rutina y por fin su desaparición en tanto que funciones *especiales* de una categoría especial de individuos”.

Dejemos a un lado la increíble sandez que consiste en creer que *todos* los obreros sin excepción podrían llegar a ser administradores de empresas, y de órganos de producción ya tan complejos como existían en la Rusia de aquella época, órganos que Lenin no ignoraba puesto que hablaba de la “gran producción” existente (ver el Apéndice *La Mentira sobre la Economía rusa*). Nos interesa sólo, por ahora, la desaparición del Estado entrevista por Lenin. Es indudable que tal como planteaba las cosas, este Estado desaparecía ya casi por completo desde el primer momento, y no el Estado proletario que Lenin no preconizaba, sino el heredero del zarismo.

Pero, cuatro años después, en el décimo Congreso de marzo de 1921, del partido comunista, el mismo Lenin contestaba, airado, a Alejandra Kolontai, leader de la Oposición obrera en el seno del partido, y que había pedido la convocación de un congreso de los productores, y de sus sindicatos:

“¡Congreso de productores! ¿Qué significa esto? Me cuesta encontrar las palabras para calificar esta ineptia. Pregunto: ¿acaso se pitorrean?... ¿Es posible tomar en serio a esa gente?... La producción es necesaria siempre, la democracia no. La democracia de la producción engendra una sarta de ideas absolutamente falsas.

³³ Lenin fue siempre un puro intelectual, no un obrero, y quien es o ha sido obrero sabe cuan imposible es esta sustitución.

³⁴ Lenin no podía sino referirse a las grandes empresas industriales *existentes*.

“El dominio de la clase obrera está en la Constitución, en el régimen de propiedad, en el hecho que somos nosotros³⁵ que ponemos las cosas en marcha, pero la administración es otra cosa, es cuestión de saber, de habilidad.

“Tercer argumento: la calificación. ¿Creen que se puede administrar sin calificación, sin conocimientos serios, sin ciencia administrativa? Sería ridículo... La dirección mixta es inadmisibile por el hecho que tenemos poca gente con experiencia. ¿Qué significan estas proposiciones? ¿Sabría cada obrero administrar el Estado? Las gentes experimentadas saben que es una fábula. ¿Pueden los obreros sindicados asegurar la dirección? Todos los que han pasado de los treinta años y poseen alguna experiencia práctica de la construcción del socialismo, se reirán a carcajadas”.

Ha cambiado el lenguaje. Hay Estado, y no lo dirigen ni dirigirán los obreros. Desde luego, no faltan justificaciones aparentes para explicar esta radical evolución. Basta construir frases y argumentos que parecen tanto más valederos cuanto quienes les esgrimen están encaramados en el poder absoluto y todos los demás condenados al silencio. Pero las condiciones económico-sociales no eran peores en 1921 que las de 1917. El Estado y su burocracia ejercían despóticamente el poder bajo la dirección de Lenin que no admitía siquiera *el principio* de la dirección ejercida por los trabajadores. Contradicciones teóricas, y también maquiavelismo, que no fueron propios solamente de Lenin. Remontan más lejos. Veámoslo más a fondo.

CONTRADICCIONES Y MAQUIAVELISMO

Marx y Engels pasan por haber sido los fundadores de la Primera Internacional. En realidad, ésta, después de varios intentos que tuvieron lugar en el continente europeo -y en uno de los cuales el propio Marx participó-, fue fundada, en Londres, por trabajadores franceses e ingleses, a los cuales los dos hombres se sumaron después. El caso es que, históricamente, y para muchos los dos hombres aparecen como la encarnación del internacionalismo. Sin embargo, en su actividad práctica, Marx aparece, se convierte en partidario nacionalista, en hombre de pasión contra ésta o aquella nación, esta o aquel pueblo según las circunstancias; y sus planes políticos, sus posiciones sus actividades desmienten por completo la internacionalidad.

La contradicción es constante y pertinaz cuando se trata de los eslavos. Así, en su artículo publicado con el título *La Reacción*, en el *New York Herald Tribune*, (abril de 1852), Marx ataca ferozmente a las ramas eslavas sometidas al dominio de Prusia y Austria, y proclama “la tendencia histórica al mismo tiempo que la capacidad física e intelectual de la nación alemana para someter, absorber y asimilar a sus antiguos vecinos orientales; que esta tendencia absorbente de los alemanes había sido siempre y constituía aún uno de los medios más poderosos de propagar la civilización de la Europa occidental en el este del continente; que esta tendencia sólo se detendría cuando el proceso de germanización habría alcanzado los confines de las naciones grandes, compactas, y cerradas, como los húngaros, y hasta cierto punto los polacos, y que por consiguiente era la suerte natural ineludible de estas naciones moribundas dejar producirse este proceso de disolución y absorción por vecinos más poderosos que ellas”.

³⁵ Juego de palabras. “Nosotros” significaba los miembros del partido comunista, no el conjunto de los trabajadores rusos.

Y preguntamos rotundamente: “¿Qué diferencia esencial existe entre esta afirmación de Marx y esta otra de Hitler, hecha en un discurso pronunciado ante los generales de su Gran cuartel general el 12 de diciembre de 1944: “Es incontestable que en Europa central, la nación alemana tenía, en cuanto a su valer, adquirido el derecho de pretender asumir la dirección del continente europeo”. Empero Marx agrava su posición pangermanista al tratar, en el artículo mencionado, de “la sublevación eslava tras la cual se disimulaba la aspiración a la independencia de todas esas pequeñas naciones”. Pues esas naciones se habían sublevado en 1848, año de lucha por la libertad no sólo nacional, sino humana. Pero el odio hacia los eslavos alcanza proporciones asombrosas cuando, considerando el porvenir, y la indocilidad de los “fanáticos eslavos” reacios a la dominación prusiana, Marx llega a esta prefiguración de la actitud hitleriana:

“En el caso de que procuraran una vez más, y con pretextos de esta clase, ir con las fuerzas contrarrevolucionarias, el deber de Alemania está trazado: ninguna nación en estado de revolución podría tolerar un foco contrarrevolucionario en el mismo corazón de su país”.

El pretexto de “contrarrevolución” es clásico en las acusaciones marxistas contra sus adversarios, por revolucionarios que sean. A él acudieron Lenin y Trotski, contra los socialistas revolucionarios y los anarquistas, lo mismo que Stalin contra el mismo Trotski y otros líderes bolcheviques. Pero antes lo habían esgrimido Marx y Engels, y lo esgrimirán en otras ocasiones.

Hallamos razonamientos de esta índole en otro artículo publicado el 30 de diciembre del mismo año, y citado por el historiador marxista Franz Mehring cuya honradez merece ser saludada, artículo en cual Marx y Engels, respondiendo al *Llamamiento a los Eslavos* lanzado por Bakunin contra el zarismo, se erguían airadamente contra la defensa de las pequeñas naciones, y al mismo tiempo contra el revolucionarismo ruso: “En todo el sudeste europeo, son los alemanes, sino los húngaros, los que han, históricamente, creado los valores de la civilización. Pese a lo que afirma Herder, los eslavos de Austria pertenecen a esta clase de pequeñas naciones de las que Hegel ha constatado que el desarrollo de la historia les aplasta sin piedad. ¿Qué se habría ganado a que el Texas o la California hubieran estado en manos de los perezosos mexicanos? “... A las frases sentimentales que se nos ofrece aquí en nombre de las naciones contrarrevolucionarias de Europa, contestamos: “El odio a los rusos ha sido y sigue siendo la primera pasión revolucionaria de los alemanes, y después de la revolución se ha agregado el de los croatas y de los checos”. Juntos, con los polacos y los magiars salvaremos a la revolución mediante un terrorismo decidido hacia los pueblos eslavos. Sabemos ahora donde se hallan los enemigos de la revolución: en Rusia y en los países eslavos de Austria. Ninguna frase, ninguna afirmación en cuanto al porvenir democrático de estos países nos impedirán considerar a nuestros enemigos como a tales... ¡Lucha despiadada, combate a muerte contra los traidores a la revolución, exterminio, terrorismo despiadado -no en interés de Alemania, sino de la Revolución!”

El último miembro de frase no puede destruir el espíritu nacionalista y racista que estalla en esta proclamación. Y por si acaso no fuera suficiente, aparece de nuevo la creencia en la necesidad de la dirección alemana en el destino de Europa en una carta que Marx escribía a Engels, el 20 de julio de 1870, después de haber estallado la guerra franco-alemana: “Los franceses necesitan una paliza. Si los prusianos son victoriosos, la centralización del poder de Estado será favorecida por la centralización de las clases obreras alemanas. En consecuencia, el predominio alemán realizará un centro de gravedad del movimiento obrero del oeste europeo de Francia y Alemania. Y basta comparar el movimiento desde 1866 hasta hoy para ver que la clase obrera alemana es, tanto en teoría como en organización, superior a la francesa. Este predominio sobre Francia y sobre la escena del mundo implicaría igualmente el triunfo de nuestra teoría sobre la de Proudhon”.

Frente a estas declaraciones, y a otras de la misma índole que podrá hallar quien lea debidamente, ¿qué piensan los panegiristas y los comentaristas encomiásticos del internacionalismo de Marx y Engels, y del famoso llamamiento: “¡Proletarios de todos los países, únanse!”?

Estos hechos, y otros muchos, prueban que las contradicciones de Marx iban muy lejos. Y fueron mucho más numerosas de lo que se sabe comúnmente. Y puesto que el pensamiento y la actividad práctica de Marx siguen siendo la brújula o la estrella polar del marxismo para sus continuadores, nos parece útil señalar también lo que fue el comportamiento del supuesto “gran internacionalista”, durante la guerra turco-rusa de 1877-78. En Inglaterra, donde Marx residía, la opinión estaba dividida. Los liberales, en Gladstone a la cabeza, deseaban la victoria de Rusia. Los conservadores, la de Turquía, y Marx con ellos. Una vez más, el pretexto es revolucionario, pero el juego es tal que causa inmensa sorpresa, cuando no náuseas. He aquí lo que Marx mismo escribe, el 27 de septiembre, de 1877, a su amigo Sorge:

“Aquí, Maltman Barry es mi factotum. Por su intermediario he dirigido, durante meses, incógnito, un bombardeo intenso contra el rusófilo Gladstone en la prensa “fashionable” de Londres, así como en la prensa provincial inglesa, escocesa e irlandesa; he desenmascarado su intriga (Mogelei) con el agente ruso Novikof, con la embajada ruso en Londres, etc.; también por su intermediario he pesado sobre parlamentarios ingleses de la Cámara de los Comunes y de la Cámara de los Lores que echarían el grito en el cielo si supieran que es el *doctor del terror rojo* (Red-Terror Doctor) como me llaman, que ha sido su inspirador en esta crisis de Oriente. Esta crisis constituye una nueva etapa en la historia europea. Rusia estaba desde hace tiempo en vísperas de una explosión cuyos elementos están todos reunidos. Los valientes turcos habrán adelantado la explosión de varios años con los golpes que han asestado no sólo al ejército ruso, y a las finanzas rusas, sino a la misma dinastía que manda al ejército, con las augustas personas del zar, del príncipe heredero y de seis Romanof más”.

Marx esperaba que la derrota de Rusia haría caer la dinastía de los Romanof, pero no vemos por qué había de ser preferible el triunfo turco. Turquía siendo en la época una nación de presa, que dominaba a todas las pequeñas naciones que la rodeaban en Asia y en los Balcanes, e imponía un yugo por lo menos tan abominable como el que Rusia imponía a Polonia, Estonia, y otras pequeñas naciones. Una vez más preguntamos en qué quedaba el “¡Proletarios de todos los países únanse!”

Y subrayamos que el don de profecía de los dos padres del llamado socialismo “científico” basado en la “única” interpretación valedera de la historia, en el infalible método dialéctico, fracasó por completo en lo que a Rusia se refiere; pues aun sin bolchevismo, la revolución rusa de 1917 fue una revolución a la vez política y social, que transformaba no sólo el sistema de gobierno, sino el de la propiedad individual y colectiva de la agricultura y de la estructura industrial. Recordamos al respecto que la gran mayoría de los miembros de la Asamblea constituyente eran socialistas de diversas tendencias, -demócratas y revolucionarios- que no habían tenido aun tiempo de corromperse en el parlamentarismo como había ocurrido en las otras naciones europeas.

Las profecías de Marx y Engels quedan también, sometidas a otra prueba negativa cuando se ocupan en el *Manifiesto Comunista* del inmediato porvenir de Alemania:

“Los comunistas observan atentamente Alemania porque Alemania está en vísperas de una revolución burguesa y cumplirá esta revolución en condiciones de progreso superiores a las existentes en Europa en general, y con un proletariado mucho más desarrollado que en la Inglaterra del siglo XVII y en la Francia del siglo XVIII; por tanto, la revolución burguesa alemana no será sino el prelude de la revolución proletaria”.

Hace ya 118 años que estas palabras fueron escritas. Esperamos aún la revolución proletaria alemana, y que Alemania muestre a los otros pueblos el camino del socialismo... Mientras tanto, hemos tenido el hitlerismo.

Sobre todo, vemos aparecer aquí un factor nuevo en el socialismo europeo: la creencia en la necesidad de que una nación poderosa, superior a las otras por su desarrollo económico, su cultura, la calidad de su proletariado, y de su partido marxista tome la cabeza de la revolución y guíe obligatoriamente a las otras naciones. Los hechos no se han producido como Marx y Engels lo habían previsto; fue Rusia, supuestamente destinada a una barbarie eterna, que hizo esa revolución y se anticipó a Alemania; pero los jefes y doctrinarios revolucionarios han mantenido y aplicado la doctrina de la nación-guía, jefe y dominadora sobre las otras naciones a fin de imponer el socialismo. Las naciones satélites sojuzgadas por la fuerza de las armas son la aplicación de la visión marxista de la revolución. A este respecto, Stalin fue un verdadero marxista.

Pero incluso, en los devaneos de la dialéctica política y táctica, estas opiniones despreciativas, tajantes, definitivas sobre Rusia y el pueblo ruso no fueron mantenidas hasta el fin por Marx y Engels. En todos sus escritos, los dos hombres han considerado a los campesinos como elementos socialmente reaccionarios, a consecuencia del predominio de la pequeña propiedad agraria y del atraso de las técnicas empleadas. De ahí que, en las medidas revolucionarias preconizadas en *El Manifiesto Comunista* figure la creación de “ejércitos industriales” dedicados a la agricultura, y aun cuando, más tarde, los autores se mostraran más comprensivos hacia los hombres del agro, jamás les creyeron capaces de hacer de por sí obra revolucionaria. Siempre vieron en los trabajadores industriales a la única fuerza capaz de implantar el socialismo.

Por esta razón, Marx escribía en sus Notas sobre el libro de Bakunin *El Estado y la Anarquía*: “Una revolución social radical está ligada a determinadas condiciones de desarrollo histórico. Por tanto sólo es posible donde, a consecuencia de la producción capitalista, el proletariado industrial ocupa por lo menos una posición importante en la masa del pueblo. Y para que exista una probabilidad de victoria, es preciso que sea por lo menos capaz de hacer inmediatamente para los campesinos tanto -“mutatis mutandis”- como hizo la burguesía francesa para los campesinos franceses en su revolución del siglo XVIII”.³⁶

Fecha de estas líneas: año 1874. Pero he aquí que siete años después Vera Zasulich, revolucionaria rusa que había pasado al marxismo después de haber sido socialista populista, escribe a Marx para preguntarle (a fin de poder contestar adecuadamente a sus antiguos compañeros de partido preocupados por el problema agrario) cuál es su actitud, o la posición del marxismo frente al problema del “mir” ruso, que tiene cierto carácter de colectivismo, y que los populistas creen necesario emplear para hacer la revolución social. Los marxistas rusos, precisa Vera Zasulich, sostienen que el “mir”, forma social y técnicamente anticuada, debe desaparecer, frente a la organización industrializada considerada como una de las premisas o de las condiciones de la socialización”.

Posición netamente ortodoxa. Empero, la dialéctica se ha invertido, y Marx responde a Vera Zasulich con una carta escrita y vuelta a escribir tres veces para medir cada una de las palabras empleadas. Desautorizando a sus discípulos rusos, Marx se vuelve antimarxista.

“Los marxistas rusos de los que Ud. me habla, me son totalmente desconocidos. Los rusos con los cuales estoy en contacto profesan, por lo que sé, opiniones diametralmente opuestas”.

³⁶ Observemos que la burguesía francesa se adueñó de las tierras de los señores desposeídos, pero nada hizo para “los campesinos”, por lo menos los campesinos pobres.

Y, haciendo suyas las ideas de los esclavófilos revolucionarios, o socialistas populistas como Herzen, Ogareff, Chernycheski, que están doctrinalmente en los antípodas y rechazan la obligatoriedad de las provincias industrialistas, Marx afirma ahora que la comuna rural rusa, el *mir*, constituye un “elemento de superioridad con relación a los países que se hallan todavía bajo el yugo del capitalismo”. Casi proclama que hay contra ella “un complot”, que se quiere asestarle “un golpe fatal”, y que, “para salvarla una revolución rusa es necesaria”, pues “el orden nuevo, será un renacimiento, bajo una forma más perfecta, de la sociedad de tipo arcaico”. E inmediatamente completa su pensamiento agregando, “no es necesario que Rusia pase por el largo período incubador del desarrollo del maquinismo”, ni por las “horcas caudinas del capitalismo”.

Marx consideraba que esa carta no debía ser publicada (a pesar de las precauciones tomadas para redactarla, lo cual supone un pensamiento bien madurado). Pero, el año siguiente, es decir en 1882, él y Engels abordan el mismo tema en el prefacio especialmente escrito para la nueva edición ruso del *Manifiesto Comunista* traducido por la misma Vera Zasulich -el primer traductor había sido Bakunin-. Y ya aparece una declaración que no se presta a la menor duda:

“Se trata de saber si la comunidad campesina rusa, forma muy descompuesta de la propiedad primitiva del suelo, pasará directamente a una forma comunista superior de la propiedad agraria, o si debe seguir el mismo proceso de disolución que ha sufrido a lo largo del desarrollo histórico el occidente.

“La única respuesta que puede hacerse hoy a esta pregunta es la siguiente: si la revolución rusa pone en marcha una revolución obrera en occidente, y si ambas se completan, la propiedad común actual de Rusia podrá servir de punto de partida a una evolución comunista”.

He aquí pues, 1º). Que la nación rusa, que el pueblo ruso considerado como el más atrasado, el más bestial, el más reaccionario, contra el cual la guerra de exterminio aparecía necesaria, pueden ahora dar la señal de partida de la revolución en Europa, y arrastrar al occidente hacia el comunismo; y, 2º). Que ninguna de las condiciones de la revolución proclamadas hasta entonces como imprescindibles al combatir a Proudhon y a todos los demás socialistas, es ahora necesaria. La ciencia marxista sufre de mutaciones fulminantes y desconcertantes.

Afirmemos, sin embargo, en primer lugar, que no se registra con seguridad en el “desarrollo histórico de Occidente” un período lejano en que la propiedad agraria haya revestido un carácter comunista comprobado. Por cierto se han encontrado restos suficientes de vida común en las cavernas habitadas por nuestros lejanos antepasados, bajo forma de esqueletos, huesos de animales, pedernales, herramientas, armas, o cráneos de enemigos, que prueban la existencia en grupos, en comunidades. De ahí a la organización comunal o clanica generalizada de la agricultura, hay mucho trecho. Y lo decimos con pesar puesto que nosotros mismos somos partidarios de las prácticas de apoyo mutuo y solidaridad integral que supone el verdadero comunismo.

Pero incluso, la hipótesis de Marx y Engels sobre el *mir* ruso está destruida por el fundador del partido socialista marxista ruso, que fue el más renombrado, hasta la aparición de Lenin: Jorge Plejanof, al que, como hemos dicho ya, se considera como “el padre del marxismo ruso”. Plejanof, que había sido “populista” anteriormente, conservo a trechos cierta independencia de pensamiento que le hizo estudiar el origen del “mir”, reputado continuación de la comunidad primitiva, y sus estudios históricos le llevaron a la conclusión de que esta institución había sido obra de los gobernantes rusos que de esta modo encadenaban al campesino a la aldea cuya tierra debía cultivar, lo cual aseguraba, al mismo tiempo, la producción agraria, el reclutamiento de los soldados y el pago de los impuestos, la colectividad siendo solidariamente responsable de todas estas obligaciones individuales. El “mir” aparece pues como un instrumento de sujeción en manos del poder central. Y, dice Plejanof, el mismo hecho se encuentra en la

historia de India, Egipto y China. (El caso es que hallamos rasgos semejantes en la historia del imperio romano, sobre todo de la Roma decadente). Según el teórico marxista, el sistema alcanzó su mayor perfección en tiempos de Pedro el Grande. Merced al *mir*, es decir a las comunidades aldeanas avasalladas y con las responsabilidades que hemos visto, el zar gigantesco aseguró los elementos necesarios a sus empresas entre las cuales figuró la semi occidentalización de Rusia.

¿A qué obedece este cambio doctrinal extraordinario de Marx y Engels? ¿A un cambio profundo de su pensamiento o a una habilidad política? No podemos contestar con seguridad. Pero, por sorprendente que sea, la segunda hipótesis es perfectamente plausible. Después de 1870, Marx había estado en contacto con grandes revolucionarios rusos venidos al Occidente, entre los cuales Lavrof y Lopatin, detrás de los cuales figuraban otros, numerosos, que no habían aprendido el socialismo en Marx, sino sobre todo en Herzen y en Chernichevski -sin olvidar a Bakunin-. Y podemos suponer que, para atraer a esos revolucionarios, numerosos y de valía, él y Engels eran capaces de hacer concesiones teóricas aparentes y fundamentales para facilitar la constitución de una fuerza política marxista. Esta afirmación puede parecer calumniosa, pero la apología de los principios federalistas y antiestatales de la Comuna de París prueba que nada les costaban tales juegos dialécticos.

Ya hemos visto como en su ensayo sobre la Comuna, Marx cantó con el genio literario que le era propio, loas en honor de los revolucionarios parisienses, e hizo la apología de los principios aplicados, que eran los preconizados por Proudhon y Bakunin. Después de una fugaz preponderancia de los blanquistas, fueron proudhonianos y bakuninistas los hombres que dieron a la Comuna su orientación social.³⁷ La adhesión al modo de organizar la vida pública, la rotunda condena del Estado (que en ese caso era el Estado revolucionario) sorprendieron a los socialistas no marxistas. Pero ¿qué pensaba realmente Carlos Marx? En este caso también es preciso acudir a su correspondencia para saberlo realmente.

Hacia los obreros parisienses, Marx profesó, durante años el mayor desprecio, o el mayor odio -porque no eran marxistas-. A propósito del primer Congreso de la Primera Internacional, que tuvo lugar en Ginebra, en 1866, y donde se delinearon tres tendencias: la proudhoniana, la blanquista y la marxista, Marx, rencoroso como siempre que no conseguía hacer aceptar su tutela directa o indirecta, escribía a su amigo Kugelmann, en una carta que sólo fue publicada en 1904:

“No he podido ir, y tampoco he querido. Siempre me he tenido entre bastidores, y no me ocupo del asunto una vez que está en camino”. A renglón seguido, porque los delegados parisienses, que ejercieron gran influencia, eran proudhonianos. Marx les califica de “obreros de lujo, que forman parte de la vieja basura”. “Ignorantes, vanidosos, parlanchines, hinchados de énfasis, han estado a punto de hacer fracasar todo, pues acudieron al congreso en número desproporcionado con el total de sus representados. En la reseña, les daré palmetazos, por debajo mano”. Pero, cinco años más tarde, enaltecía lírica y épicamente, con intención de

³⁷ La explotación de la Comuna de París por Carlos Marx le fue muy útil para atraer a su doctrina y al movimiento que se esforzaba por constituir, a los socialistas europeos de la época. Sabido es que Lenin besó toda su argumentación histórica sobre el Estado, su limitación y desaparición, en ese acontecimiento. Pero conviene, en primer lugar, señalar que sobre noventa miembros del Consejo de la Comuna, que le dio su impulso revolucionario, se contaba, de acuerdo al historiador sindicalista revolucionario Dommanget, y en la segunda etapa donde la orientación revolucionaria fue más acentuada: unos 15 blanquistas (partidarios de Augusto Blanqui); unos veinte miembros de la Primera Internacional, casi todos de tendencia bakuninista. El grueso de los otros delegados eran proudhonianos. Había también unos quince burgueses republicanos, liberales y franc-masones. ¿Y los marxistas?, preguntarán. Había *uno*, llamado Frankel. Otro historiador, Jean Maitron, considera que eran dos. Admitámoslo. Pero esto prueba cuan poco había penetrado el marxismo en el socialismo francés hasta esa fecha. Sin embargo, la mayoría de los marxistas actuales identifican la Comuna con el marxismo.

atraérselos, a esos obreros que según él, predicaban, en 1866, “el régimen burgués más vulgar acomodado a la salsa proudhoniana”.

Pero, se nos dirá, pudo haber cambiado de ideas ante los hechos. “Pudo”, es cierto, pero registremos, en primer lugar, ese odio ciego que siempre caracterizó el comportamiento de Marx hacia los socialistas y los revolucionarios que no aceptaban sus ideas. Y en segundo lugar retengamos bien lo que, el 9 de noviembre de 1871 él escribía a su amigo Sorge, residente en Nueva York, contra esos “héroes” que “habían subido al asalto del cielo”: “He aquí mi recompensa por haber perdido casi cinco meses de trabajando para los refugiados, y por haber salvado su honor con la publicación de *Address on the Civil War*”.

¿Por qué esas palabras increíbles? Porque los refugiados de la Comuna, revolucionarios y socialistas, rechazaban al marxismo o lo desconocían. Y los esfuerzos de Marx para atraerlos eran, hasta entonces, infructuosos. Entonces estallaban la ira y el desprecio del maestro.

Ante estos hechos, ¿no tenemos derecho a pensar que no sólo el canto a los “communards”, sino también la apología de los principios aplicados por la Comuna -que eran esencialmente proudhonianos y libertarios- tenían sobre todo por objeto explotar un acontecimiento que enardecía a todos los socialistas y revolucionarios de Europa? ¿No tenemos derecho a decir que su objeto era atraer a su molino a los refugiados que, en pocos meses, se habían transformado en “héroes que subían al asalto del cielo” en individuos tan poco recomendables que Marx había tenido que “salvar su honor”?

Nunca repetiremos bastante que estas actuaciones tortuosas, donde la pasión desencadenada, la ambición, el odio hacia los otros revolucionarios dominaban, forman también parte del marxismo, no teórico, sino histórico. Pues el pensamiento de Marx contenía ya en esencia mucha inhumanidad, pero no tanto como la actuación práctica de los hombres que de él se reclamaron, como la “praxis”³⁸ que Marx suscitó y a la que volvieron los bolcheviques, desechando, cuando les convenía para asegurar su triunfo político, los conceptos teóricos, olvidando la dialéctica histórica y la concentración del capital.

Hemos demostrado anteriormente que Proudhon se anticipó a todos los supuestos “descubrimientos” que constituyen la falsa originalidad de Marx. Antes de elaborar su doctrina propia, éste, que se había orientado hacia el socialismo gracias a la lectura de los socialistas franceses e ingleses, conocía y apreciaba debidamente al pensador francés. Lo prueba este elogio escrito en el prefacio de *La Santa Familia*, el libro publicado en 1844:

“Todas las teorías de la economía política tienen como base la propiedad privada. Esta premisa, que es fundamental, constituye para esta ciencia un hecho inquebrantable al que no estudia ya, y sobre el cual, como los confiesa cándidamente Say, sólo vuelve accidentalmente. Empero, Proudhon somete la base de la Economía política, la propiedad privada, a un examen crítico que, por primera vez, es enérgico, decisivo, y al mismo tiempo científico.

“Esto constituye el gran paso científico, dado por él adelante, un progreso que ha revolucionado la economía política y que es el única capaz de dar nacimiento a una real ciencia de la Economía política. El libro de M. Proudhon, *¿qué es la propiedad?*, tiene la misma importancia

³⁸ Hasta la revolución rusa y el triunfo del bolchevismo, el marxismo aparecía, doctrinalmente, como una interpretación en gran parte mecánica de la historia; la misma que hemos expuesto hasta ahora, y que definía la dialéctica. Pero cuando los comunistas hubieron triunfado, las enseñanzas de los secuaces de Lenin cambiaron por completo de carácter. La “praxis”, palabra sabia que significa “práctica”, “actuación”, ocupó, entre los adeptos y en boca de los profesores, el lugar que hasta entonces había ocupado la dialéctica. Y la dialéctica se transformó en instrumento de la praxis, una justificación teórica. El marxismo se volvía una filosofía de acción, perdiendo todo carácter de pensamiento filosófico.

para la Economía política que el escrito de Sieyès *¿Qué es el tercer Estado?* para la política moderna”.

Y más lejos, Marx añadía:

“Proudhon escribe partiendo de un interés real, histórico, el de las masas... No sólo escribe en el interés de los proletarios, pero él mismo es un proletario, un obrero. Su obra es el manifiesto científico del proletariado francés”.

No se podía ser más elogioso. Empero dos años después, Marx, que procuraba atraer en una agrupación a la que, seguramente, y de acuerdo a su modo de ser acostumbrado, habría querido utilizar para sus fines propios, escribió a Proudhon proponiéndole formar parte de ese núcleo de economistas. Desconfiado, no sin razón, Proudhon rechazó el ofrecimiento en una larga carta que no podemos reproducir pero cuyas consideraciones generales son siempre valederas, y de la cual extractamos estas líneas, proféticas por lo que el pensamiento de Marx recelaba de posibilidades negativas entonces subyacentes:³⁹

“Averigüemos juntos, si Ud. quiere, las leyes de la sociedad, en qué forma se constituyen estas leyes; discutamos útil y lealmente; demos al mundo el ejemplo de una tolerancia sabia y previsor, pero no nos hagamos, por el hecho de estar al frente del movimiento, los jefes de una nueva intolerancia, no seamos los apóstoles de una nueva religión, incluso si fuera la religión de la lógica, la religión de la razón”.

Hasta esa carta, escrita el 17 de mayo de 1846, -reténgase la fecha- Proudhon había seguido siendo para Marx el brillante economista y teórico del socialismo que tanto había elogiado. Pero, *un año después*, Marx publicaba su libro *Miseria de la Filosofía* en que replicaba a *Contradicciones económicas*, o *Filosofía de la Miseria*, que Proudhon acababa de dar a la publicidad. Los elogios se han vuelto burlas y vituperios. Desde el prefacio, Marx ataca:

“El señor Proudhon tiene la desgracia de ser singularmente ignorado en Europa. En Francia, goza del derecho de ser un mal economista, porque pasa por ser un buen filósofo alemán; en Alemania, goza del derecho de ser un mal filósofo porque se le considera como uno de los distinguidos economistas franceses. En cuanto a nosotros, en calidad de alemán y economista, hemos querido protestar contra este doble error”.

En un año, Proudhon había perdido todas sus cualidades. Y desde luego, la dialéctica rabiosa con qué Marx atacó “habría destruido las cosas mejor sentadas” como dice un comentarista, pero a pesar del tiempo transcurrido, a pesar del uso tal vez excesivo del método dialéctico aplicado, en un intento de asimilación del hegelianismo, al estudio de los hechos económicos, leemos todavía ese libro con provecho, y hallamos en él parte de las cosas que habrán de figurar en *El Capital*...

Marx fue siempre tan implacable, cuando no tan odioso. En el período en que residía en París, residía también, refugiado como él, el gran escritor ruso Alejandro Herzen, que tanto en la capital francesa como después en Londres, donde publicó, con el poeta Ogareff, la célebre revista *Koloskol (La Campana)* llevaba la lucha contra el régimen zarista.⁴⁰ Hemos dicho que Herzen, lo mismo que Ogareff, formaba parte de la escuela socialista populista, específicamente rusa, que nada tenía que ver con el marxismo. Esto bastó para que Marx

³⁹ En su carta, Marx aprovechaba la ocasión para calumniar al socialista alemán Grim, refugiado como él en París, e invitar a Proudhon a romper toda relación con él. Proudhon le contestó dándole, en términos mesurados, una lección de humanidad que no debió ser del gusto de su futuro adversario.

⁴⁰ En el momento en que escribimos estas líneas -mayo de 1965-, el gobierno de Moscú está haciendo gestiones para repartir los despojos de estos dos revolucionarios, que tanto fueron calumniados por Marx y sus amigos.

hiciera contra los dos, directamente y por personas interpuestas (pocas veces daba la cara en esta clase de maniobras, y muchas de sus iniciativas han sido conducidas al publicarse, años después, su correspondencia), una campaña infame. Al mismo tiempo que la revista del gran exiliado penetraba en todas las esferas rusas, y atacaba al régimen hasta en la misma corte de San Petersburgo, Marx afirmaba en una *Circular confidencial* enviada al doctor Kugelmann que “Herzen, aunque siendo personalmente rico, se hacía pagar 25.000 francos por año para hacer su propaganda en favor del partido paneslavista y pseudo-socialista en Rusia”.

Otro blanco de su odio fue Fernando Lassalle, fundador del movimiento socialista alemán en el año de 1863, es decir antes de que se hubiera dado a conocer el primer marxista tudesco dentro de las fronteras del futuro imperio. Salido de las filas de la gran burguesía, Lassalle había también llegado a afirmar la necesidad de fundar el “socialismo científico”, y escrito un célebre folleto que fue traducido a todos los idiomas: *La ley de bronce del salario*. Gran orador, escritor y sociólogo de inmensa cultura, Lassalle fundó la organización socialista llamada Der Allgemeine Deutsche Arbeiterverein de la que fue nombrado presidente. Muchas de las teorías o tesis sostenidas en *El Capital* de hallan en su obra escrita. Los discípulos de Marx nos dirán que Lassalle ha copiado a su maestro, desgraciadamente, el primer volumen de *El Capital* apareció en 1867, y Lassalle había muerto, en un duelo estúpido, en 1864...

Pero, para organizar un partido socialista marxista importante, Marx debía atraer a las huestes lassallianas, fuerza ya constituida, y lo primero que le pareció necesario fue desacreditar a su predecesor que, aunque muerto, conservaba entre los trabajadores de tendencia revolucionaria un enorme prestigio. Según el modo habitual de Marx, la campaña fue llevada a cabo por sus complacientes lugartenientes que acusaron a Lassalle de haber sido agente de Bismarck, y formularon los mismos ataques contra Schweitzer, sucesor de Lassalle al frente de la organización socialista. Al mismo tiempo, los marxistas hacían campaña para la unificación del movimiento socialista (tácticas hoy empleadas por los comunistas). Ya habían creado su partido que no se desarrollaba con facilidad. Así, en mayo de 1875, tuvo lugar en Gotha el congreso de unificación. Los delegados lassallianos representaban 15.000 adherentes, los marxistas 9.121 (conociendo, como conocemos ahora sus tretas, pensamos que habría sido necesario verificarlo). Después, vinieron las eliminaciones de los militares lassallianos, y los marxistas predominaron: ¡las tácticas de siempre! A este propósito, Otto Rühle, también historiador alemán del marxismo escribía: “El modo intolerante con que se purgó las filas comunistas y se provocó la escisión en ellas no resultó de una necesidad que no se hubiera podido impedir, ni de la marcha de la economía. Su causa primera fue la necesidad de predominio personal exclusiva de Marx guiado por una confianza fanática en el poder conquistador de sus propias ideas”.

Llegamos ahora a la lucha llevada por Marx contra gran parte de la Primera Internacional. A este respecto, citaremos, desde el principio, al gran escritor y filósofo inglés Bertrán Russell, universalmente respetado por su objetividad, que resume el conflicto individual en su libro *Histoire des Idées sociales au XIX ème siècle*. Tratando del modo como Marx se conducía para con los revolucionarios y socialistas no marxistas, escribe:

“A este respecto, no se enmendó con el tiempo. Entre todos sus odios, su hostilidad contra Bakunin fue la más emponzoñada y desprovista de escrúpulos. Bakunin era un aristócrata ruso que había tomado parte en la revolución alemana de 1848, lo que le hizo condenar a muerte a Sajonia, en 1849; entregado a los austriacos que le condenaron también a muerte, fue remitido por ellos al zar Nicolás que le encerró en la fortaleza de Pedro y Pablo, y después le envió a Siberia de donde Bakunin, se evadió en 1861, llegando finalmente a Inglaterra después de haber atravesado Japón y América. Ya en 1848, Marx le acusó por escrito de ser un traidor, y aunque la acusación haya sido declarada infundada, la repitió siempre que pudo en los años siguientes. Cuando, después de doce años de cárcel y deportación Bakunin, reanudó sus

relaciones con sus antiguos compañeros revolucionarios, se vio tratado con recelo y descubrió que todo partía de Marx...

“Bakunin adhirió a la Internacional en 1868, y empezó a procurar convertirla a sus ideas. Marx y él se entregaron a una lucha feroz en la que Marx y sus amigos echaron por la borda toda clase de escrúpulos. Se repitió la acusación de espionaje, se afirmó que Bakunin había estafado 25.000 francos. En el Congreso de La Haya, en 1872, donde Marx disponía de la mayoría, se decidió expulsar a Bakunin porque “había recurrido a maniobras fraudulentas para adueñarse de la propiedad ajena”. Pero la victoria fue estéril; al año siguiente, la Internacional había dejado de existir”.

Nos parece necesario completar, aunque en forma limitada, esta reseña, recordando, por ser muy característica, otras de las maniobras en la cual se vio envuelta la gran escritora Jorge Sand, entonces en contacto con el mundo socialista que hervía en París. En la *Neue Rheinische Zeitung*, que aparecía en Colonia, y que Marx dirigía en ese período, apareció un suelto publicado sin firma, pero que parecía ser obra del “corresponsal” en París. En ese suelto se decía que Jorge Sand había enseñado a amigos suyos documentos que probaban que Bakunin actuaba, en París, como agente del gobierno zarista, y era responsable de la detención de refugiados polacos emigrados en Francia por su oposición al dominio ruso. Bakunin envió este número de la *Neue Rheinische* a Jorge Sand, pidiéndole explicaciones. La escritora francesa escribió a la dirección de la revista, desmintiendo esas aseveraciones, y exigiendo una rectificación. Marx se inclinó, pero, jesuiticamente declaraba que este incidente había dado a “Monsieur”, Bakunin la oportunidad de desmentir rumores que corrían sobre él. Lo cual no impidió que la misma acusación fuera repetida contra el gran emigrado ruso tanto en Londres como -años después-, en Alemania y siempre en la prensa marxista. Y cuando, a su regreso de Siberia, informado que la misma labor había sido continuada durante los doce años de calvario que acababa de sufrir -los agentes de Marx dijeron después que el zar había hecho, expresamente, evadir a Bakunin para que saboteara la Internacional, y que por lo demás Bakunin no había estado encarcelado- tanto Herzen como Mazzini, el gran luchador republicano italiano que toda Europa admiraba, o por lo menos respetaba, le contestaron que ellos también habían sido víctimas de acusaciones idénticas, venidas de las mismas personas...

Nos extenderemos sobre estos hechos, porque, como lo hemos dicho antes, y creemos necesario repetirlo incansablemente, forman parte del verdadero marxismo histórico, y explican en gran parte al bolchevismo, al totalitarismo estatal, y sus consecuencias terribles ante las cuales tantos comentaristas cierran voluntariamente los ojos. Repitámoslo también: el régimen implantado por Lenin, cien veces peor, y que mató mil veces más revolucionarios que el zarismo, fue hijo directo de este marxismo. Es fatal que así haya ocurrido, pues si todo hombre que no comparte las ideas, los principios, las modalidades tácticas del partido revolucionario en el poder es un traidor, un contrarrevolucionario, este policía, o lo que sea merece la muerte. Incluso los comunistas han forjado una casuística que le es propia: admiran, en casos difíciles, que un adversario, o un hombre reacio a su dominio es “subjetivamente” revolucionario, pero agregarán que es “objetivamente” un contrarrevolucionario (puesto que no se somete a la palabra de orden del partido). Y como tal contrarrevolucionario, lo matarán sin vacilar.⁴¹

⁴¹ Un ex miembro del partido comunista, israelita polaco, nos contaba recientemente que, en 1920, habiendo llegado al cuartel general del ejército rojo antes del asalto a las posiciones que defendían el acceso a la península de Crimea, llamó su atención un joven oficial que, en la discusión sobre las modalidades de ataque, se destacaba por su inteligencia, y su visible ímpetu. Comunicó a un oficial que se hallaba a su lado esta impresión excelente. “Sí, respondió el otro, pero desgraciadamente al terminar las operaciones habrá que fusilarlo”. -¿Y por qué?, preguntó el placo-. Porque es un anarquista. Y así fue. Terminadas las operaciones, hubo una ceremonia militar en la que se otorgó una condecoración al oficial anarquista -y después, se le fusiló-. Recordemos también lo que nos decía Lenin, a propósito de Volin, escritor y conferenciante anarquista, que se había, batido contra los ejércitos contrarrevolucionarios en Ucrania, y estaba encarcelado, cuando tuvo lugar nuestra entrevista con el nuevo amo de Rusia: “Volin es muy inteligente, es cierto; pero precisamente por esto es peligroso, y debemos combatirlo más”.

Esto también entronca con el espíritu y la forma de obrar de Marx. Las acusaciones infames que lanzó contra Bakunin, Herzen y otros eran peores que un asesinato material, y en caso de haber detenido el poder, ¿quién puede dudar de que no habría retrocedido ante el asesinato material?

Así ocurrió en Rusia tan pronto los bolcheviques estuvieran instalados en el poder. El ejemplo de la campaña hecha en la prensa bolchevique internacional contra los socialistas revolucionarios (los S. R., como se decía entonces), es altamente significativo. Este partido había llevado la campaña más ardiente, más heroica contra el zarismo. Era el que más mártires contaba. Los bolcheviques empezaron por una parte a perseguir físicamente a los socialistas revolucionarios, y por otra parte a calumniarlos internacionalmente acusándoles de ser agentes del zar, del capitalismo, de los aliados, etc. Y pronto, para quienes no estaban al corriente de los hechos, los S. R. parecieron como infames contrarrevolucionarios, dignos de la mayor execración. El propio autor de estas líneas compartió esta creencia y este sentimiento. Sólo su viaje a Rusia, en 1921, le permitió conocer la verdad. Añadamos que pronto no quedó ningún socialista revolucionario vivo o en libertad.

Pondremos punto final a esta larga enumeración, (que llenaría volúmenes), dando un último ejemplo de la relación entre el comportamiento de Marx y el de sus herederos más auténticos, los bolcheviques. En el Consejo de la Primera Internacional, que residía en Londres, y desde el cual Marx y Engels dirigían o procuraban dirigir, según los casos, las secciones nacionales constituidas, los dos hombres habían logrado adueñarse de la dirección. Aquí intervino también el genio táctico. ¿Quién podía reprochar a Marx representar a Rusia? ¿Quién podía reprochar a Engels representar a España y a Italia? Parecían, puesto que al mismo tiempo representaban a Alemania, cargarse de trabajo y responsabilidades y merecían el agradecimiento de todos. Pero en realidad esto les aseguraba una mayoría permanente de votos por secciones en el Consejo general. Y para asegurar más esta mayoría, los dos hombres implantaron el método de cooperación que habían aplicado en intentos anteriores, cuyas consecuencias no podían prever los otros miembros del Consejo, pero que les permitió hacer entrar en el organismo director y coordinador, a quienes quisieron. Así, la mayoría fue prontamente compuesta por hombres de nacionalidad alemana, aun cuando afirmara su antisemitismo, se servía de los hombres de su raza, explotando lo que quedaba en ellos de afinidad racial. Este doble hecho fue señalado repetidas veces por los miembros federalistas de la Primera Internacional, y por Bakunin, suministrando pruebas y enumerando nombres que no dejaban lugar a dudas. Marx, como se ve, no retrocedía ante ningún procedimiento para imponer su dominio.

En fin, conviene mencionar el paralelismo entre el mencionado Congreso de La Haya, de 1872, y los congresos de Bruselas y de Londres, en 1903. Idénticos procedimientos para asegurarse una mayoría a toda costa. Lenin tuvo, como lo hemos dicho, más votos (exactamente dos) que la tendencia llamada menchevique por haber utilizado procedimientos inmorales para asegurarse una mayoría. Idénticamente en el congreso de La Haya, de 1872, donde se expulsó a Bakunin, James Guillaume, las dos personalidades de mayor relieve de tendencia federalista, así como a la Federación del Jura, que ejercía la mayor influencia moral e ideológica, la mayoría fue asegurada mediante el fraude, con delegaciones falsas, con credenciales acordadas por el Consejo de Londres en el mismo lugar del congreso.⁴² Una vez más, las prácticas marxistas remontan a Marx. Y fue desde aquella fecha que empezó esta otra práctica

¿Qué calificativo dar a esta lógica, sino la de cinismo político que incluso los políticos burgueses no se habrían atrevido a invocar?

⁴² Otro hecho paralelo; en ese famoso consejo, Marx y los suyos se sirvieron de los votos de los blanquistas para derrotar a la tendencia federalista y antiparlamentaria su objeto, pusieron en minoría a los blanquistas que se dieron cuenta, un poco tarde, de la maniobra. Idénticamente los bolcheviques utilizaron, en Rusia, a los socialistas revolucionarios de izquierda para derrotar a Kerenski, después pusieron fuera de la ley y persiguieron a los socialistas revolucionarios que habían utilizado.

que los bolcheviques aplicaron siempre desde su aparición: destruir todo organismo, toda organización que consiguen dominar. Así fue destruida la Primera Internacional, cuya mayoría, por ser ficticia, debía rectificar el voto que se había conseguido por engaño.

Por eso, aun cuando salgan a contradecirnos sesudos y cándidos profesores, intelectuales atraídos por las tesis doctrinales del marxismo, o los que acusan a los bolcheviques de haber traicionado el verdadero pensamiento de Marx (por ejemplo de haber querido hacer la revolución social antes de que estén las cosas maduras con la previa industrialización, la concentración del capitalismo, etc.), les contestamos que les faltan dos cosas para opinar con acierto: el conocimiento completo del pensamiento de Marx y de las contradicciones del marxismo, y el de la verdadera obra histórica de Marx -y Engels, desde luego-.

EL INFIERNO TOTALITARIO

Es un hecho que el totalitarismo político moderno, es decir el dominio absoluto de un partido sobre una nación, con exclusión, no menos absoluta, de toda otra fuerza política o social, y de todo pensamiento que no sea el oficial, parte del triunfo bolchevique, en los años 1917-1920. Hasta entonces, en la misma Rusia zarista, existían partidos de oposición que luchaban en el parlamento, defendían sus ideas y criticaban, con ciertas restricciones durante los gobiernos reaccionarios, la política oficial, o el régimen social imperante. Al lado de los liberales, de los socialistas de derecha, los propios bolcheviques tenían en la Duma cinco parlamentarios, uno de los cuales era, por lo demás, y como se supo un poco tarde, miembro de la policía.

El fascismo viene después, y Mussolini, que había sido leader del partido socialista marxista, implantó a su modo el método de predominio estatal y político del partido único de gobierno. Se dice a menudo que el gran inspirador del Duce ha sido Jorge Sorel, que fue de todo un poco, porque sobre todo ponía en primer plano un pragmatismo desordenado y la violencia revolucionaria. Pero, en realidad, el ejemplo del Estado totalitario bolchevique inspiró al aventurero italiano que quería, a toda costa, ser una figura en la historia.

Con todo, las víctimas del fascismo italiano fueron relativamente poco numerosas, mientras, repitámoslo porque nunca se dirá bastante, se calcula que las de los bolcheviques llegaron aproximadamente a *treinta millones*. Treinta millones de muertos, se entiende.

Recientemente, el profesor Miguel Michailov, publicó en la revista yugoeslava *Delo*, varios artículos que escribió después de haber estado cierto tiempo en Rusia. En esos artículos afirmaba que los “campos de la muerte” hitlerianos de los que tanto se habla, y de los que no se hablará nunca bastante, no fueron los primeros en el mundo, ni siquiera en Europa, porque la U. R. S. S. había, en este terreno, precedido al Tercer Reich. Pues, decía el profesor (que fue perseguido por orden de Tito y condenado a nueve meses de cárcel) fue en el campo ruso llamado “Holmogor”, y situado cerca de Arkangelsk, donde se empezó a suprimir físicamente, y en gran escala, a los detenidos políticos. Añadía, entre otras cosas, que en Crimea fueron fusiladas 120.000 personas por no ser bolcheviques, aun cuando fueran revolucionarias. Por mi parte, yo había ya en 1921, denunciado la existencia de esos campos, llamados entonces “aisladores”, donde se encontraban ya millares y millares de detenidos políticos. El exterminio por los marxistas leninistas de los revolucionarios y socialistas no leninistas, ni trokystas, había empezado ya.

La policía de Estado, procedía ya a la detención en masa, a la deportación, al exterminio de los hombres y de las mujeres que no admitían su dictadura. Y millares, sino decenas de millares que se hallaban en los presidios de Siberia a la caída del zarismo, es decir en 1917, habían, cuatro años después, reintegrado los mismos presidios donde, salvo tal vez algunas excepciones, murieron todos.

En esa misma época, en el mismo seno del partido comunista, las fracciones opositoras se vieron prohibir, exponer y defender públicamente sus ideas, lo cual anunciaba las futuras persecuciones. Tal ocurría con la tendencia llamada “Oposición obrera” contra la cual Lenin había hecho votar, en el congreso de marzo 1921, una resolución comparando esta tendencia - que encabezaban, Alejandra Kollontai y Chlaphikoff- con los “pequeños burgueses y los anarquistas” -obsérvese la amalgama repelente- y declarando necesaria “una lucha inflexible y sistemática” contra estas “desviaciones”, que consistían en reclamar una participación directa de los sindicatos obreros en la construcción del socialismo...

Como se ve, lo que se reprochó después y se reprocha todavía ahora al stalinismo había nacido antes del ascenso al poder de Stalin. En 1924, el sistema de represión estaba establecido. Ya Lenin dominaba Rusia, junto con Trotski, Bujarin, Zinovieff, Kameneff, Dzerjinsky y otros. El peor totalitarismo había sido establecido. Las fuerzas policíacas de Dzerjinsky ejercían sobre toda la población, día y noche, un terror absoluto. Y nadie podía pedirles cuentas. En Crimea, hasta héroes de la lucha contra el general blanco Denikin fueron asesinados por la policía -la Tcheka- so pretexto de actuación contrarrevolucionaria.

Hoy, para justificarse o limpiarse de responsabilidades históricas, los comunistas, en su mayoría, se descargan sobre Stalin. Según ellos, éste fue un caso anormal en la vida del comunismo internacional, caso que nada tiene que ver con el ideal que pretenden defender, ni con sus verdaderas intenciones. Pero la verdad es que el stalinismo fue consecuencia de la doctrina táctica según la cual, siendo el partido comunista la vanguardia revolucionaria del proletariado, tenía el derecho, y el deber de *guiar* a este proletariado, pero guiarle obligatoria y dictatorialmente, debiendo la masa de trabajadores revolucionarios seguir instrucciones hechos órdenes, órdenes imperativas.

Reclámense los comunistas de Marx, de Lenin, de Stalin, de Trotski, de Mao Tsé Tung o de cualquier otro prohombre, la doctrina es la misma, el totalitarismo es el mismo. Sólo puede variar el grado de intensidad de represión contra los desobedientes que no se resignan pasivamente al asesinato de la libertad.

Se invocará para justificar este comportamiento todos los sabios pretextos teóricos posibles: falta de madurez del proletariado, insuficiencia de la industrialización, conjunción aparente de la oposición revolucionaria con la resistencia burguesa, apresuramiento excesivo en llegar a ciertas metas (reproche de Marx contra Bakunin y sus amigos) o excesiva lentitud para alcanzarlas. Tienen para dar apariencia de razón a su comportamiento totalitarista un arsenal de razones; recursos dialécticos inagotables, pero en el fondo el motivo dominante fue establecer, a cualquier precio, su predominio.

Ahora, refresquemos un poco la memoria de los adeptos y continuadores de Marx y del marxismo que siguen ofreciendo alianzas a unos y otros a fin de explotar sus fuerzas para adueñarse de la nación donde actúan -España en el caso que nos ocupa-, y con el firme propósito de hacer sufrir a los cándidos que se dejarán seducir, la suerte de Lenin y Trotski hicieron sufrir a los socialistas revolucionarios y a los anarquistas de Rusia. Precisemos mejor la realidad política y social que llegó a dominar en este último país, y que es, lo repetimos, la lógica consecuencia de la inmoralidad, del cinismo político que Marx introdujo en el socialismo.

Con este fin, apelaremos a testimonios directos, siendo el primero el de un hombre que fue, durante la guerra de España, el héroe número uno del partido comunista español: Valentín González, apodado El Campesino.

En su libro del que sólo tenemos la edición francesa, aparecido con el título de *La Vida y la Muerte en la U. R. S. S.*, el hombre que fue instrumento ciego de los agentes stalinianos que dirigían el partido comunista español, narra su desengaño al ver, una vez llegado a Moscú donde recibió los más altos honores, que existían categorías sociales y clases en el trato dado a los mismos españoles refugiados. Estas injusticias, de que era beneficiario, le repugnaron, y a pesar de ser enviado a la Academia militar donde debía llegar a ser uno de los jefes del ejército ruso, se rebeló contra ellas y entró en conflicto con las autoridades que, además, queriendo rusificarlo totalmente, pretendían imponerle renunciar a su nombre y a su identidad española.

Esta actitud le costó un calvario que sólo una extraordinaria resistencia física, una suerte excepcional por los apoyos que encontró y las coincidencias que se presentaron le permitieron salir vivo del monstruoso infierno bolchevico-comunista. Pero tuvo, antes, que pasar por espantosas torturas, innumerables campos de trabajo forzado que no han tenido iguales en el mundo, campos establecidos en el Gran Norte siberiano donde el termómetro baja a treinta, cuarenta y cincuenta grados bajo cero. La narración que del régimen reinante hace El Campesino, y como veremos, hacen otros, quedará en los siglos venideros como la estampilla de las mayores monstruosidades que jamás hayan conocido los siglos.

No podemos reproducir, por falta de espacio, todas las cifras referentes al número total de deportados, hombres, mujeres y chicos de catorce años que murieron después de un martirio cerca del cual el de Cristo aparece como un cuento de niños. Citemos, sin embargo, las más importantes, de acuerdo con los datos recogidos por El Campesino.

En distintas zonas de la inmensa Siberia, tres millones de deportados trabajaban en la extracción de petróleo, níquel, carbón, hierro, en las industrias químicas, la construcción de carreteras, en fundiciones, en fábricas de conservas, por fin en los koljoses y las industrias de la madera.

Se contaba 1.500.000 deportados en la Nueva Zembla, islas del océano glacial ártico las más espantosas de Rusia por el clima terrible que en ellas reina. Sólo se podía mantener el contacto con la tierra unos meses: el mar helado lo impedía el resto del año. Medio millón de deportados en la isla de Sajalín, 1.300.000 en Asia central, en la zona de Kazakstan donde se halla la zona de Jarakanda, tumba de millares de antifranquistas españoles que habían buscado refugio en la Rusia soviética.

Doscientos trece mil deportados en la región de Tadjik; y 75.000 deportados en el Turkestan; 57.000 en Georgia, 30.000 en Ucrania, 55.000 en Crimea, 52.000 en el Azerbaidjan, 22.500 en Armenia, 64.000 en el Ubekestan, 32.000 en la República de Kirguizia. La región de Kursk contaba 39.000 deportados, la de Stalinogorsk, 265.000, la de Tula 37.000 la de Riazan 68.000, la de Koloma, 28.000, la de Smolensk, 62.000, la de Vitebsk, 55.000, la de Rostov, 46.000, la de Astrakán, 38.000; la de Stalingrad, 62.000; la de Kamichin, 29.000, la de Saratov, 512.000.⁴³ En Tambov, se contaba 212.000 deportados, en Penza, 62.000, en Voronej, 42.000. En la región de Moscú-Kalinin Yaroslav, Gorki, Kazan, Kirov y sus alrededores, se contaba más de 1.150.000 deportados. En la región de Arkangels (donde empezaron los exterminios durante el dominio de Lenin y Trotski) a lo largo del río Dina hasta su desembocadura, se contaba 1.700.000 deportados; en la región de Mourmansk, 80.000; en la República de Carelia,

⁴³ Se calcula, dice El Campesino, que en esa región murieron unos dos millones de deportados empleados en los trabajos de canalización de gas para Moscú.

1.150.000, en la región de Manchekorsk, 150.000. En la terrible región de Kolyma, sobre la cual varios ex presidiarios, todos políticos, han escrito libros alucinantes y que los geógrafos describen como una de las más inhóspitas de la terrible zona norte, se calculaba que entre los años 1939 y 1947 habían perecido dos millones de personas.

Sólo hemos citado las cifras más elevadas. Quedan otras muchas que, sumadas, alcanzan otros millones. Pero subrayemos que las concentraciones más importantes (sobre millones de kilómetros cuadrados, si tenemos en cuenta que Rusia ocupa la sexta parte de la superficie terrestre del globo) han sido formadas en las regiones árticas. Tal el caso de Vorkuta, vastísimo territorio englobando varias ciudades construidas por los deportados, donde la atrocidad alcanzó su grado más elevado. En esa inmensa región, el total de deportados -los vivos reemplazaban continuamente a los muertos- alcanzó a *seis millones*. En fin, siempre según datos recogidos en numerosísimos campamentos. El Campesino llega a la conclusión de que había, a la muerte de Stalin, *diecinueve millones* de rusos y cuatro millones de extranjeros (iranios, afganes, mongoles, chinos, japoneses, alemanes, etc.) deportados. Parte de ellos entre los cuales figuraban italianos y alsacianos franceses, eran prisioneros de guerra.

Se podrá discutir sobre dos o tres millones más o menos, pero el caso es que, como hemos dicho anteriormente, en la época más terrible del zarismo, el número de condenados políticos y deportados políticos se elevaba a 72.000 (véase el testimonio de Pedro Kropotkin en su escrito *El Terror en Rusia*). ¡Y en qué condiciones vivieron y murieron esos millones de mártires! Todos los testimonios coinciden: cada kilómetro de ferrocarril construido en el norte de Siberia, cada mina abierta, han costado vidas innumerables. Los campos “de trabajo” estaban cercados con alambres de púas, electrificadas; en derredor, los perros-lobos feroces especialmente amaestrados, vigilaban a hombres y mujeres, impidiendo todo intento de huida, desgarrando a dentelladas a todo desgraciado que se alejaba de los límites asignados; en los miradores, los soldados-guardianes acechaban, dispuestos a disparar fusiles y ametralladoras contra todo conato de sublevación o resistencia (en un solo intento de los campos de Vorkuta hubo cuatrocientos muertos, y no sabemos cuantos heridos). La comida, compuesta de coles y pan negro, era tan pobre que la muerte por insuficiencia alimenticia y exceso de trabajo formaba parte de la rutina diaria. Piojos, chinches, mosquitos a millones devoraban a los prisioneros. En las visitas médicas donde hombres y mujeres se presentaban obligatoriamente desnudos, un criterio dominaba: el prisionero o la prisionera a los que se encontrara un poco de carne al palparles las nalgas eran enviados de nuevo al trabajo, hasta la visita siguiente. El hombre o la mujer a los que se encontraba sólo la piel y los huesos, iban al hospital especial de los agonizantes...

En su libro, tan terrible como el del Campesino, Elanor Lipper, militante socialista alemana, refugiada en Rusia al triunfar Hitler, y que se encontró en los presidios comunistas, sin más razón que suministrar mano de obra gratuita a fin de favorecer el desarrollo económico del país cantado por tantos admiradores ciegos o desalmados, del régimen llamado proletario y socialista, da detalles que coinciden con los del Campesino, y de tantos otros testigos. En cierto momento, Elanor Lipper pudo ejercer de enfermera. He aquí algunas de sus observaciones:

“La mortalidad de nuestra sección, era de doce a quince defunciones al mes por cincuenta camas, cifras que confirmé en otros hospitales donde tuve ocasión de trabajar. Era un poco más elevada en la sección de cirugía, y realmente menor en las secciones de mujeres.⁴⁴ Sin embargo, los hospitales importantes sólo contaban la mitad del total de las defunciones. La otra mitad se repartía en los campos, las enfermerías de campamentos y los campamentos de inválidos.

⁴⁴ Elanor Lipper ha observado que las mujeres son más resistentes que los hombres.

“Estos últimos se señalaban por su elevada mortalidad. Las enfermedades crónicas e incurables provocaban el traslado a un campamento de inválidos donde se dormía a tres sobre tablas de madera superpuestas y de donde, todas las mañanas, se extraían varios cadáveres en cada barraca... Los prisioneros más delicados provenían de Asia central; eran los uzbecks, los torkmenes, los tadjiks, los chechenes, etc., que, trasladados de los calores tropicales reinantes en su país a las regiones más frías del extremo norte, morían de moscas. Toda su vitalidad decaía tan pronto se hallaban en estas regiones de frío glacial”.

Entre otras anécdotas significativas, la autora cuenta cómo, habiendo, acuciada por el hambre, robado *cuatro* patatas -que no pudo consumir- fue enviada a un grupo de castigo, con delincuentes comunes que generalmente, en los campamentos, hacían la ley, de acuerdo con las autoridades, haciendo respetar brutalmente el reglamento cuando los deportados políticos no podían resistir. Eleanor Lipper debía andar mañana y noche, kilómetros de camino a pie, con el terrible frío reinante; el trabajo consistía en arrancar matorrales espinosos, hierbas de los pantanos; los mosquitos, que se encuentran siempre en esta clase de narraciones, devoraban, en los períodos de deshielo, a los pobres castigados, mientras los soldados-polizontes y los perros-lobos les guardaban con recelo...

“Noches alucinantes suceden a jornadas infernales, días llenos de mosquitos, noches llenas de chinches... Por la noche una ha quitado sus zapatos llenos de agua, y al día siguiente les vuelve a poner, así mojados; pero, ¡qué importa! en seguida estarán de nuevo con agua y se nos hincharán los pies”.

La mujer que permaneció once años en esos presidios hace descripciones horribles sobre las visitas médicas y el terrible estado de las prisioneras a las que se ha afeitado los cabellos y el pubis vuelto horriblemente saliente con la delgadez espantosa, sobre los cuerpos que ya no tienen forma humana, y cuyos senos no son sino pieles colgantes, lamentables, inimaginables.

Esto no sucedía en los presidios franquistas, ni en los presidios zaristas, sino en la “patria del proletariado” en la Unión soviética, en el país del socialismo que se nos ha pintado durante tanto tiempo como el paraíso comunista. Y durante todo el reinado de Stalin, los cantores del régimen han ensalzado su excelsitud...

En cuanto al nivel de vida, Jesús Hernández, prohombre del partido comunista español, ministro de instrucción pública durante la guerra a la vez civil e internacional, que se desarrolló en España, y que fue encargado de provocar el derribo del gobierno Largo Caballero, reproduce en su libro *La Gran Traición* las palabras que pronunció, en el barco que le llevaba a Rusia con numerosos refugiados comunistas, hombres, mujeres, y niños a los cuales creyó necesario desengañar antes del embarco en Leningrado:⁴⁵

“Todos han imaginado la Unión Soviética a través de las lindas imágenes de la revista *La U. R. S. S. en construcción*, y van a sufrir desilusiones amargas. La vida en la U. R. S. S., no son sólo las bellas campesinas de trenzas largas y vestidos multicolores bailando al son de las balalaikas con cosacos bien apuestos, ni los suntuosos palacios transformados en clínicas, o las fincas convertidas en casas de descanso, o las “casas cunas”. Todo esto existe sólo hoy en la U. R. S. S., a título de modelo, de promesa para el futuro. Lo que van a ver será muy distinto. La vida en la U. R. S. S. es muy dura, y queda muy poco tiempo para distracciones. Habrá que trabajar mucho, más que en España, si quieren comer bastante. El triunfo del socialismo requiere un esfuerzo intenso de los trabajadores para organizar industrialmente al país.

“A veces falta lo más indispensable: el pan, la leche, los huevos, el azúcar, la manteca. Todo está sometido a un severo racionamiento. Verán en las ciudades a mucha gente pobre,

⁴⁵ Traducimos estos textos de la edición francesa.

pobremente vestida. En las aldeas, la mayor parte va vestida de andrajos. Hay una diferencia enorme entre la vida de un trabajador español y la de un trabajador soviético. La mayoría de ustedes están acostumbrados a un piso de dos o tres piezas; en la U. R. S. S. la familia que puede disponer de cuatro metros cuadrados puede considerarse privilegiada. En este espacio reducido viven padres, niños, abuelos. Los jóvenes de ambos sexos, solteros, viven casi siempre en habitaciones colectivas. Muchos no se casan porque habrían de quedar separados. Esto se debe a la afluencia de millones de campesinos a las ciudades industriales. El ritmo de la construcción no ha podido seguir las necesidades.⁴⁶

“Un poco en todas partes, verán “colas”. Tan acostumbradas están las gentes a esperar seis u ocho horas para comprar algo que no necesitan realmente, que acaban por ponerse en las colas sin saber lo que van a comprar, porque esperan encontrar, al fin, una de las innumerables cosas que les faltan.

“En los tranvías y los autobuses se amontonarán con 300 personas en un espacio que sólo debe contar 50. Cuando hayan de tomar el tren, habrán de esperarlo durante días en medio de gentes resignadas.

“En todas partes se encuentran “bezprisorniis”, o sea niños abandonados que vagabundean a través del país. Es una llaga heredada de los años de guerra.⁴⁷ Son jóvenes bandidos que llegan a todos los grados de la criminalidad. Para ellos, el gobierno ha establecido la pena de muerte a partir de los doce años...”

Desde luego, la “gran traición” era, ante todo, la de Jesús Hernández que conocía esas cosas hacía mucho tiempo, y había contribuido a que parte de los trabajadores españoles creyeran en la realidad de la patria feliz del proletariado. Tanto más que sabía perfectamente que existía en la U. R. S. S. las diferencias de salario que menciona después, y una injusticia social que, decía su mujer, se resumía con estas palabras: “¡En suma, en este “país delicioso” los ricos son más ricos y los pobres son más pobres que en cualquier otro!”

Jesús Hernández, que consiguió salir por milagro de ese paraíso (pero que no conoció el infierno de los campos del norte o del Asia central) se extiende después sobre las luchas intestinas, los choques, las confrontaciones desalentadoras que se produjeron entre los miembros del Estado mayor español por una parte, entre éstos y los del Estado mayor político ruso por otra. Y después expone el inenarrable calvario de los refugiados políticos españoles, el hambre sufrido, su miseria atroz, con las mujeres vestidas de andrajos, sin una gota de leche en sus pechos para alimentar a sus hijitos hechos esqueletos. Citémosle:

“Colgado de la viga, por medio de cuerdas, un cajón de cómoda servía de cuna al niño.

“La madre levantó la ropa que cubría al cuerpecito. Se habría dicho un esqueleto; una piel seca y arrugada sobre los huesos; nada de músculos. Montoliu me miraba, su mujer lloraba; yo no podía articular palabra.

“¡El país del socialismo!, exclamó el compañero que nos había acompañado. ¿Por qué se hace retratar Stalin con la pequeña Tatiana, y no con este niño? ¿Cómo se atreve a hacerse llamar

⁴⁶ Observemos que en todas las naciones la emigración campesina es, en nuestros días, un hecho generalizado, pero no por esto los habitantes de las ciudades que tenían un piso de tres a cuatro habitaciones dejan, o dejaron de tenerlo. La situación, (que ya existía en 1931), descrita por Jesús Hernández, proviene pues, ante todo, de una desorganización general y de una miseria indiscutible.

⁴⁷ Jesús Hernández decía estas cosas en 1939. Los “bezprisorniis” habían sido una herencia de la *Primera Guerra Mundial* o de la guerra civil terminada en 1921; hacía 18 años. Por consiguiente, estos ejércitos de niños infelices no venían de la guerra, lo que constituiría una cierta excusa, sino del régimen en tiempo normal.

“protector de la infancia” cuando deja a nuestros hijos morirse de hambre? Montoliu se acercó a su mujer, y antes de que ella hubiera podido impedirlo, desnudó su pecho.

– ¡Mira, dijo, lo que mi mujer puede dar a su hijo!

“Pensé desfallecer: los senos de la desgraciada parecían dos enormes llagas sanguinolentas en medio de las cuales las puntas blanquecinas parecían segregarse pus. Desvié la mirada. Mis oídos zumbaban. A través de las lágrimas que corrían, abundantes, en el rostro de Montoliu, el combatiente sin miedo, me parecía ver la máscara trágica de todos nuestros compañeros torturados en el país de Stalin, donde habían venido a ayudar a “construir el socialismo”.

Y después, Jesús Hernández narra cómo tantos niños españoles (que no eran sino ínfima minoría en medio de los millones de niños rusos cuya suerte no era mejor) murieron de miseria y hambre, cómo los adolescentes españoles se constituyeron en bandas de “bizprisorniis”, que sembraron el terror hasta el Ural y la Siberia central, cómo, en Sarmacanda (y otras ciudades, sin duda alguna) “las muchachas españolas de más de quince años se prostituyeron para alegría de los oficiales y de los altos funcionarios del partido y de la Administración”. “Lo cierto, dice al final, es que más de dos mil niños que quitaron España en 1936-37 han muerto en el paraíso soviético”.

¿Qué ha sido de los tres mil restantes? ¿Cuántos murieron después que estas líneas fueran escritas? ¡Y cuando se piensa que los padres los dejaron partir para protegerlos contra la crueldad de la guerra civil española!

Una vez más insistiremos en que estos horrores son una consecuencia directa de la doctrina política de Marx y del marxismo. Decirnos ahora que sólo Stalin es responsable de la existencia del régimen que causó tales horrores es escamotear el problema de fondo. Pues Stalin y su predominio monstruoso, y la opresión igualmente monstruosa, y esa esterilización de la vida económica no habrían sido posibles si la estructura político-administrativa de Rusia no lo hubiera permitido. En todos los regímenes, en todos los partidos, en todas las formaciones políticas y sociales existen tendencias más o menos autoritarias, más o menos dictatoriales, más o menos desviadoras. Pero allí donde la libertad de discusión, y expresión del pensamiento, donde existe, aun cuando sólo fuera cierto grado de democracia en el sentido real de la democracia, existe también la posibilidad de impedir que las ínfulas de un dictador puedan producirse o extenderse como ha ocurrido en Rusia.

Y es Marx y el marxismo los que han conducido a la horrenda situación rusa. El stalinismo es hijo directo, más bien, continuación ampliada de la práctica bolchevique. El exterminio de los opositores, la eliminación de toda organización económica y cultural independiente, la anulación de los sindicatos obreros como tales, y de los soviets, “consejos comunales” reducidos, como los sindicatos, a ser únicamente instrumentos de dominio del gobierno, como lo quiso el propio Lenin, todo esto viene de Marx y el marxismo. Conviene repetirlo incansablemente, porque los marxistas, leninistas, trotskistas, etc., que pretendían haberse alejado del stalinismo nos proponen, esencialmente, volver a las mismas prácticas centralizadoras y dictatoriales, a la dominación de la sociedad por su partido (cualquiera que sea su denominación secundaria), a la sumisión de los sindicatos obreros, de las cooperativas, a su dictadura que llamarán democracia, reputando contrarrevolucionarios a los que no acepten sus órdenes. Detrás de esto, ya sabemos lo que habrá de venir.

Marx, Engels y sus amigos mostraron el camino que fue después seguido por Lenin, Trotski, Stalin, y los propios gobernantes rusos actuales cuyo régimen, desde el punto de vista de la libertad de pensamiento, de expresión del pensamiento, de organización de oposición, libre iniciativa en materia económica y social no se diferencia del régimen franquista o de cualquier otro régimen dictatorial. Sólo puede afirmar lo contrario los que esperan beneficiarse del cambio

a favor de su partido. Ellos ganarían algo, pero la masa popular se encontraría bajo una misma opresión, y una desigualdad que sólo habría cambiado en cuanto a sus modalidades. En lugar de ser explotados por el capitalismo, los patronos, los propietarios de bienes sociales y los latifundistas, lo seríamos por los funcionarios altos, bajos o medianos, por los técnicos bien enchufados, los burócratas de toda laya, todo el inmenso ejército de chupópteros del Estado. Por la “nueva clase” como la llama Djilas, el prohombre arrepentido del partido comunista yugoeslavo al que Tito hizo condenar a numerosos años de cárcel.

Y no se nos diga que somos calumniadores, lo cual es astucia de los maestros de la calumnia. Reflexiónese más bien sobre lo que sigue: El último *Anuario Estadístico* soviético (año 1965) contiene un capítulo especial titulado “*Composición de la Inteligencia soviética*” -lo cual ya indica que se trata de una “clase, o “casta”, situada fuera y por encima de la masa popular que, por lo visto, no tiene inteligencia. Y en la página 672 de este Anuario, se indica que de 1926 a 1956, el número de jefes de empresa, directores de servicios técnicos y otros, de miembros del personal dirigente y personal especializado de la agricultura, de las secciones de estadísticas y contables había pasado de 1.285.000 a 7.347.000. Hoy, difícil es que el número sea inferior a 9.000.000 de personas⁴⁸ y detrás de cada una hay, por término medio, una familia de cuatro personas. Total aproximativo de los miembros de este mundo superior: 45.000.000 de privilegiados, o sea 21 por ciento de la población.

Tenemos razones para pensar que en 1926 las cifras eran más elevadas, pues ya, en Moscú, en año 1921, Kameneff pronunció un discurso declarando que durante el zarismo había en todo Rusia 250.000 empleados de Estado (lo cual, en verdad, nos parece poco) y que en el momento en que hablaba se contaban 240.000 en la sola ciudad de Moscú. Es pues probable que, teniendo en cuenta la estatización general en Rusia, las cifras de 1926 fueran superiores. A no ser que no cuente a los simples empleados y burócratas de la “inteligencia”... (Ver apéndice, *La desigualdad social en Rusia*).

Y preguntamos, ¿qué importa al pueblo ruso, que importaría a los trabajadores, al pueblo español, ser explotados por esta “inteligencia”, por todos los enchufados, explotadores privilegiados y aprovechados del Estado y del partido comunista ruso o español, en lugar de serlo por los patronos, por los detentadores individuales de la riqueza social? Siquiera, en este régimen de propiedad privada privilegiada, menos en los períodos de totalitarismo los trabajadores pueden organizarse en sindicatos reales, hacer huelgas, exigir aumentos de salarios y mejoras varias. Clase contra clase. Pero en un régimen de estatización integral, como lo persiguen los marxistas, no hay posibilidad de lucha, porque, como ocurre en Rusia, este régimen está amalgamado en un bloque único, que al mismo tiempo es poder de Estado, gobierno, partido político único dominante, policía, tribunales, ejército, cárceles y presidios, y contra este bloque formidable, que además establece y modifica la legislación a su antojo, los trabajadores estarían absolutamente desarmados.

Este totalitarismo que nos espera con el nombre de democracia, de democracia obrera, dictadura del proletariado, remonta a Marx. Pues una vez más debemos decir que el marxismo se presta a las interpretaciones más contradictorias, y si se puede hasta demostrar con textos

⁴⁸ Las cifras dadas en el XVIII congreso del partido comunista ruso, celebrado en marzo de 1938, eran 9.500.000 personas, componiendo la misma “inteligencia”. Si hubo realmente disminución, el hecho debe atribuirse sea a las pérdidas causadas por la guerra, sea a nuevas modificaciones sobre las categorías sociales clasificadas en la “inteligencia”. Pero el solo hecho de que exista esta clasificación revela hasta qué punto la U. R. S. S., se aleja del socialismo, que es ante todo igualdad económica y justicia social. Por otra parte, los especialistas han podido observar esta “inteligencia” en la cual los técnicos ocupan un lugar cada vez más importante, y revelan que forma un grupo social aparte en la población, con sus privilegios económicos, sus mayores comodidades materiales (auto, servidumbre, “datcha”, o sea casa de reposo en el campo, vacaciones en lugares privilegiados, y, para los hijos, ingreso en la universidad, que ha dejado de ser gratuita tan pronto la nueva clase estuvo constituida).

que Marx era anarquista, se puede igualmente demostrar que fue el peor dictador que, hasta Lenin, ha conocido el socialismo. Porque él fue quien estableció la doctrina del partido político dominando a todas las otras fuerzas sociales, incluyendo a los sindicatos obreros. El conflicto que se produjo en la Primera Internacional entre él, sus amigos, y la tendencia federalista de las secciones latinas -Italia, España, diversas federaciones locales francesas, Federación jurasiana- parte de esta voluntad de dominio del sector político sobre el sector económico-social. Si, valiéndose de delgados postizos provistos de credenciales falsas, triunfó en el Congreso de La Haya, -año 1872- y si decidió, poco después, disolver la Internacional por no poder dominarla, fue porque no podía admitir, aun cuando en ciertos de sus escritos profesara teorías a veces casi libertarias, que las organizaciones obreras fueran creadoras, o por lo menos co-creadoras de la sociedad nueva. Al mismo tiempo, o casi, introdujo la conquista parlamentaria del poder, que estaba en los antípodas socialistas de la monarquía o de la república burguesa pueden, según los países, reclamarse de él como se reclamaban Lenin y sus amigos.

De modo que en la polémica que contra él sostenía, Bakunin pudo enunciar matemáticamente, y con una precisión asombrosa, cuales habían de ser las etapas de la dictadura marxista revolucionaria: establecimiento de la censura sobre la prensa, primero, después supresión de esta prensa dejándose solamente aparecer la sometida al poder marxista; estatización y endoctrinamiento sistemático de la enseñanza primaria, secundaria y superior; supresión de todas las fuerzas revolucionarias en desacuerdo con el poder en vigor, creación y desarrollo de una policía de Estado contra la parte de la población, en desacuerdo con estas medidas; creación de una legislación represiva; creación y desarrollo del ejército, aun con pretexto de defensa exterior, pero sobre todo contra las fuerzas disconformes crecientes, etc. Seguimos paso a paso, estas previsiones de sentido común, expuestas con una claridad alucinante.

Y sin embargo, cuando leemos el libro que Lenin, escribió la víspera de la toma de poder en Rusia, vemos a éste repetir, después de Engels, que el fin del comunismo, o del socialismo, es la supresión del poder de Estado; lo vemos repetir, después de Engels, que “mientras existía el Estado no habrá libertad” (cosa que los comunistas de hoy se guardan muy mucho de repetir) y que “cuando exista la libertad será que habrá desaparecido el Estado”. Más aún, Lenin exponía su concepto de la creación de milicias democráticas en manos del pueblo, y de una dictadura llevada a cabo por *la masa popular* contra los capitalistas, sólo para expropiar a éstos últimos, y que habría de terminar al terminarse la expropiación.

El razonamiento es tan convincente que cierto número de anarquistas y de sindicalistas se dejaron seducir por él. Pero, ¿qué ocurrió tan pronto los bolcheviques se habían hecho fuertes en el poder? La persecución y el exterminio de todos los opositores a la dictadura del partido comunista. Cuando estuvimos en Rusia, sin ser comunista, pero con la esperanza de una colaboración revolucionaria sincera, aprendimos que en el orden teórico las cosas no eran tan sencillas, y lo eran menos aún desde el punto de vista práctico. Pues el “proletariado”, que debía ejercer su dictadura no era, como lo suponían y lo suponen aún los no iniciados en la jerga y los misterios de la dialéctica marxista, los que constituían la masa del pueblo, sino, únicamente los obreros industriales. Luego aprendimos que este proletariado no podía (ni debía) actuar en masa, por su cuenta propia, o por sus órganos propios como los sindicatos, sino por intermedio de su “vanguardia revolucionaria” que habría de conducirlo: el partido comunista. Inmediatamente después aprendimos que en el seno del partido comunista, el Comité central imponía su voluntad, según los acuerdos tomados en los congresos, pero interpretados autoritariamente por ese comité; después, de escalón en escalón, que en el seno del Comité central existía, como existe siempre, el “politbureau” que a la sazón se componía de cinco personas: Lenin, Trotski, Bujarin, Kameneff y Zinovieff. En fin, que en el seno del Politbureau quien mandaba, e imponía su voluntad implacable, era Lenin. En fin de cuentas, teníamos una autocracia disfrazada y un autócrata brutal que disponía incluso de la policía contra sus propios compañeros de comité, y estaba seguro, en los congresos del partido, de

obtener la mayoría por tener en manos el secretariado, y poder así dirigir los debates e imponer las resoluciones que él quería. Fue por lo demás durante el dominio de Lenin que Stalin llegó a ser secretario del partido comunista, de donde pudo tranquilamente organizar su victoria contra Trotski, menos hábil en esta clase de maniobras. Pero si Lenin había favorecido el acceso de Stalin a ese puesto, fue porque podía contar con él si en su “Testamento” puso en guardia contra el peligro representado por el autoritarismo staliniano comprendió un poco tarde, el peligro que representaba el astuto georgiano. Era demasiado tarde. Nadie podía desalojar al secretario amo del partido, y por tanto amo de Rusia.

¿Qué tiene que ver todo esto con la dictadura del proletariado, con la emancipación y la libertad del pueblo, con la democracia, e incluso con la “Constitución y el gobierno de los Soviets”? Absolutamente nada. Las promesas ultrademocráticas, las declaraciones de principios, las teorías aparentemente muy sabias del marxismo y de los marxistas desembocaron a la postre en un régimen que sólo, lo repetimos, puede ser comparado con el régimen hitleriano. Y volverían a desembocar, si cometiéramos el error de dejarnos engañar.

Terminemos este largo paréntesis con otro testimonio directo sobre el paraíso marxista ruso: el de Vicente Monclús Guallar, combatiente del antifranquismo, enviado a Rusia en 1937 por el mando militar republicano para aprender a pilotear aviones de guerra. Este hombre formaba parte de un grupo de sesenta alumnos aviadores. También llegó lleno de ilusiones, a la “patria del proletariado”, pero después de haberse dado cuenta de que no se quería enseñarles lo que se les había prometido, sino únicamente prepararles para ser agentes políticos y policíacos del partido comunista español, para infiltrarse en las organizaciones y los partidos antifascistas no comunistas a fin de socavarlos, se negó, con parte de sus compañeros, a prestarse a tales maniobras. Y después de incidencias muchas veces inverosímiles -pero lo verosímil era la verdad permanente en la U. R. S. S.- fue condenado a presidio con siete de sus compañeros, todos los cuales murieron de hambre, de frío, de torturas, de agotamiento, de extenuación. En su libro titulado *Dieciocho años en la U. R. S. S.*, nos cuenta su experiencia que recuerda la del Campesino, de Elanor Lipper, de tantos otros... Los campos de concentración de la zona ártica... Viajes dantescos a ochenta y seis personas por vagón, guardianes y soldados armados, perros-lobos... “Al que se movía, ¡fuego!” Transporte sobre un río apiñados en embarcaciones... “En cada bodega metían a 1.400 presos. Ni aire, ni luz, ni medios de hacer sus necesidades más que en el propio suelo. En los tres primeros días de navegación murieron cinco desgraciados, y al final del viaje los muertos llegaban a quince. Para alimentarnos, lo mismo que en el tren: pan negro, pescado salado, azúcar y un litro de agua. La sed, aquí, era más atormentadora al saber que navegábamos por un río”.

“Cinco días fuimos así, en aquella atmósfera irrespirable, con el aire infectado por las deyecciones de 1.400 hombres, la mayoría enfermos. Varios habían sido deportados en los tiempos del zarismo, y nos afirmaban que la policía era mucho más humana que la comunista al servicio de los millonarios modernos.

“Nos dieron la orden de detenernos. Nos informaron que estábamos no lejos de la zona ártica. Nos encontrábamos dentro de un bosque, y como siempre, rodeados de una infinidad de policías armados, y con perros. El frío se sentía ya bastante, pues estábamos en el mes de septiembre de 1940. La nieve cubría el terreno con una capa de unos veinte centímetros.

“Temprano por la mañana nos dieron la consabida ración de pan negro, pescado salado y azúcar. Inmediatamente emprendimos el camino a lo largo de una vía férrea en construcción. Casi nada quinientos metros encontrábamos grandes grupos de hombres esclavizados trabajando en el tendido de una vía férrea. Eran miles de condenados a trabajos forzados”.

“Entre nosotros hacíamos comentarios, preguntándonos de donde podían haber sacado tanto esclavo, sin darnos cuenta de que nosotros también lo éramos. Anduvimos durante el día unos

treinta kilómetros, porque la marcha era muy penosa a causa de la nieve y de los enfermos. ¿Cuántos trabajadores forzados habíamos visto? Seguramente pasaban de 50.000. No vimos barracas ni nada que pudiera servir para albergar a tanto hombre. ¿Dónde dormían? Nosotros lo hacíamos sobre la nieve, y seguramente ellos también.

“A los siete días de marcha de nuestra expedición, compuesta de 1.400 hombres -habían quedado por el camino, muertos o gravemente enfermos, más de trescientos- Navarro⁴⁹ no pudo seguir adelante, a pesar de su voluntad. ¡Qué pena tenía de dejarlo! A los quince días, el número de bajas ascendía a 450. Llevábamos un mes de viaje sin más alimento que el ya dicho, jamás con comida caliente, y esto en pleno invierno.

“La línea ferroviaria en construcción empleaba, según nos dijeron los propios esclavos, cerca de dos millones de desgraciados. Eran 1.430 kilómetros de vía férrea que van de Cotlas a Vorcuta⁵⁰ totalmente construida por esclavos de trabajo a través de bosques y estepas. Se trata de explotar en grande los bosques y el carbón que hay en la zona ártica. En el invierno se trabaja siempre con más de un metro de nieve, y en el verano, a pesar del intenso calor, hay que taparse por todo el cuerpo para librarse de las picaduras de los mosquitos que pululan por millones.

“A causa de falta de alimentación, a las obreras se les caen los dientes⁵¹ les salen úlceras en las piernas, la fiebre les consume. Hay que tener una naturaleza de hierro para subsistir. La mayoría no resistían y morían antes de los tres meses. Pero siempre eran sustituidos por la llegada continua de nuevos deportados. Rusia es inmensa y el material humano inagotable.

“De cuantos llegamos allí en 1940, al final de 1941 no quedábamos más que un diez por ciento”.

... “La jornada era de doce horas, hiciera el tiempo que hiciera, con lluvias y con nieve. Por techo, el firmamento, por colchón, la nieve. Para dormir, encendíamos un gran fuego, quitábamos la nieve y nos acostábamos en el suelo. Un preso, que se revelaba cada dos horas, cuidaba de que no se apagara. Ni abrigos, ni mantas. La temperatura bajaba muchas noches a los 55 grados bajo cero. Parece increíble la capacidad de resistencia del cuerpo humano.

“De esta manera se trabajaba y se trabaja todavía en las inconmensurables estepas del trabajo forzado de la U. R. S. S. Que lo sepan los panegiristas de Rusia: que lo sepan los fanáticos comunistas de todo el mundo; que lo sepan los intelectuales “compañeros de ruta” de los comunistas; que lo sepan los progresistas”.

Terminemos con los extractos que hemos hecho del libro de este obrero, que ha escrito su relato con la sencillez, e incluso el estilo desaliñado de un trabajador poco acostumbrado a manejar la pluma. Lo cual da más peso a su terrible testimonio. Y testimonios de esta clase existen en número increíble. Según declaró el mismo Krutchev a principios del año 1964, los magazines y las revistas literarias rusas habían recibido cerca de diez mil novelas y narraciones sobre los campos de concentración. Hasta ahora, de este total, que sin duda irá aumentando, sólo han aparecido tres escritos novelados, tal vez cuatro. Pero a pesar de la censura aparecerán más, en la misma Rusia, a no ser que se implante una nueva pesadilla staliniana: no se puede asegurar, en este régimen, donde basta la iniciativa del que tiene en manos las riendas del poder, que esto sea imposible.

⁴⁹ Uno de los siete compañeros de infortunio de Vicente Monclús Guallar.

⁵⁰ Monclús Guallar ortografía *Vorcuta*, otros *Vorkuta*. Lo cual no cambia nada a ese infierno.

⁵¹ Se advierte que se trata del escorbuto, fruto de una alimentación desequilibrada y deficiente.

Todos estos horrores que alcanzan un grado de vesania peor que el mismo hitlerismo, porque Hitler sólo hizo exterminar a enemigos suyos, porque, también, no se llegó, en la Alemania hitleriana, a fusilar legalmente a los niños de catorce años, son el resultado del totalitarismo doctrinal y estatal del marxismo totalitario puesto en aplicación. Bien sabemos que existen partidos marxistas, especialmente social-demócratas que no han llegado ni llegarán a tales extremos. La razón principal estriba en que, a medida que transcurrió el tiempo, se apartaron del marxismo doctrinario e incorporaron a sus principios un humanismo que les modificó. Jaurés, que tanta influencia ejerció en el socialismo occidental, se inspiró ampliamente de Proudhon y de los socialistas que precedieron a Marx, lo que han demostrado especialistas de la historia de la sociología.

La interpretación unilateral de la historia como movimiento dialéctico y resultado de las modificaciones de los modos de producción ha apartado todos los valores sin los cuales todos los procedimientos se justifican, incluso los más incalificables.

Ante tantos horrores -las palabras “monstruosidad” y “horror” vuelven siempre bajo nuestra pluma-, dos preguntas se imponen: ¿cómo ha podido un régimen cometer tantos crímenes y permanecer en pie, y continuar? ¿Cómo, sino por la dictadura más absoluta y más perfectamente organizada que se haya visto jamás? En cualquier otro país, bajo cualquier Estado, gobierno. Monárquico o republicano, liberal, tradicional o conservador, las revelaciones hechas al morir Stalin,⁵² habrían provocado la reacción general de la opinión pública y el régimen en vigor habría sido barrido. En Rusia, como lo han repetido numerosos especialistas, escritores y periodistas, no hay una familia que no cuente con un muerto, cuando no dos, en los campos de concentración y trabajo (porque no sólo se exterminaba a los deportados, se les aniquilaba haciéndoles producir hasta el agotamiento físico en la forma que hemos visto, y según el espíritu del economismo histórico elevado a la altura del principio supremo). La llamada socialización bajo forma de organización de los koljoes costó *ocho millones* de existencias -otros dicen nueve millones- con el traslado de los campesinos de Ucrania y otras regiones a vastos sectores de Siberia, donde murieron como se ha visto y poblaciones enteras de las regiones fronterizas del Irán y de Turquía, igualmente deportadas a las mismas regiones en vísperas de la segunda guerra mundial, que tuvo lugar por haber firmado Stalin e Hitler un pacto de alianza. Lo cual explica que tantas unidades cosacas, circasianas, y otras oriundas de la zona sud-oriental se hayan sublevado contra el propio ejército rojo, uniéndose a las fuerzas nazis que habían pasado al ataque. Después, como lo declaraba también Krutchev en el vigésimo congreso, poblaciones enteras fueron trasladadas a las inmensas regiones desoladas de la Rusia asiática, donde murieron casi todos los hombres, las mujeres y los niños.

El régimen sigue en pie. La dictadura le protege.

La segunda pregunta que se impone a nuestra mente, es la siguiente: ¿cómo pueden, los militantes comunistas que durante el régimen staliniano han apoyado, justificado, vanagloriado este régimen, y la grandeza deificada de Stalin, igualmente deificado, cómo pueden soportar, sonrojarse ante su propia conciencia, el peso de su responsabilidad moral? Pues fueron cómplices, colaboradores abiertos de ese inmenso crimen, de tantas monstruosidades que el mismo Krutchev acabó por denunciar, que la prensa comunista rusa, que los congresos del

⁵² La *Pravda*, órgano oficial del partido comunista ruso revelaba, por la pluma de M. L. Chaumyan, que había sido delegado al XVII congreso del partido celebrado en 1934, que sobre 1966 delegados 1.108 fueron ejecutados (o asesinados) por orden de Stalin; sobre 139 miembros y suplementes del Comité central del partido, fueron muertos 98, o sea 70 por ciento del total. El propio Krutchev, que en ese XVII congreso había hecho elogios ditirámicos de Stalin, dio esas estadísticas en el vigésimo congreso del partido, después de la muerte del dictador. Bien sabemos que los trotskistas, leninistas, bordighistas y demás bolcheviques lo explican todo con la actuación del georgiano. Pero ¿no es el sistema centralista propio del partido comunista el que ha hecho posible tan terrible concentración del poder? ¿No es el propio Lenin, apoyado por Trotski, quien había impuesto esta centralización?

partido comunista mismos han reconocido. Si se nos contesta que pueden soportar esta situación sin inmutarse en su conciencia porque, precisamente, no tienen conciencia, ¿cómo negarlo? He aquí hombres que, durante más de treinta años, han admitido o justificado los horrores del régimen staliniano -después de haber justificado, los del régimen leninista-. Y ahora, a pesar de las revelaciones aplastantes, de una verdad que rebasa cuanto pueda imaginarse, estos hombres pueden seguir tan tranquilos, y pretender repetir en España lo que se ha hecho en Rusia, y en los países satélites. Pueden seguir impertérritos, pasando de Stalin a Krutchev, de Krutchev a sus sucesores, y pronto sin duda pasarán a los sucesores de los sucesores. Volverán a aplaudir un nuevo régimen, staliniano si se instaura otro, y parte de ellos aplauden ya al de Mao Tsé-Tung.

Sin embargo, es cierto que casi todos, eran, al entrar en el partido comunista, de España o de otros países, tan llenos de buenas intenciones como nosotros mismos en nuestros respectivos partidos o movimientos. Pero la deformación psicológica, ha sido implantación cultivada, extendida, por los sabios maestros del totalitarismo marxista. Es siempre posible provocar la explosión del fanatismo en muchos hombres, e invocar los pretextos mejores para mover a cumplir los peores hechos. El diablo se disfraza de santo. Y muchas veces, con la creencia de servir a la humanidad, los hombres así amaestrados le hacen sufrir las mayores atrocidades.

Así ha ocurrido con el bolchevismo. Conocido es el proverbio francés: “l'enfer est pavé de bonnes intentions” (el camino del infierno está hecho de nobles propósitos). Desgraciadamente, con nobles propósitos o por fanatismo ciego o cerril, esos hombres siguen tejiendo las mallas de la red en que pretenden pretender los incautos, y dispuestos a emplear contra quienes se niegan a dejarse seducir los procedimientos más infames para lograr la victoria. El bolchevismo, o comunismo marxista apela como ha apelado su fundador, a tanta hipocresía, tanta doblez, tantas tretas, tantas artimañas que es falta grave, contra la humanidad, prestarse a su triunfo.

Para los comunistas, todo lo que sirve sus propósitos es bueno; todo lo que les contrarresta es malo. Nos explicamos así que, en la Alemania del Este, tantísimos nazis hayan ocupado elevados cargos después de la derrota de Hitler; que un von Paulus el general nazi que mandaba las fuerzas alemanas en Stalingrad, haya sido encargado de organizar, por lo menos en parte, el ejército de la Alemania del Este después de haberse puesto de acuerdo con los gobernantes moscovitas; o que un Trotski haya aceptado la colaboración del general zarista Brussilov, y de otros militares para organizar el ejército rojo, cuando estos hombres seguían siendo antibolcheviques rabiosos, pero comulgaban en la preparación de lo que, con bolchevismo o sin él, había llegado a ser la Gran Rusia dominadora de parte del mundo.

Para un comunista consecuente con las normas del partido, lo que cuenta ante todo es el fin: los medios no importan. La inmoralidad de los procedimientos se justifica en nombre de la moralidad del objeto seguido. En este sentido, nada innovan en la historia, y han tenido ilustres predecesores para quienes, como es sabido, “el fin justifica los medios” (entiéndase *todos los medios*). Pero era una conquista del siglo diecinueve haber llegado a un criterio moral que no permitía la mentira, la alevosía, la calumnia contra el adversario. Cuando ésta era empleada, la indignación de todos, amigos o adversarios, surgía espontáneamente en defensa de la víctima del ataque. Tan pronto apareció en la historia, el bolchevismo echó por la borda estos “prejuicios burgueses”. En tales prácticas, su ilustre maestro fue Carlos Marx.

El llamado comunismo moderno ha tomado al marxismo lo peor que podía encontrarse. Así, los que ofrecen con palabras melosas y acentos fraternales, a unos y otros, alianzas circunstanciales o no, ejerciendo, si les parece oportuno, un chantaje moral contra quienes se dirigen, proponiendo la reconciliación, el frente único, dejando de momento a un lado su lenguaje acostumbrado para mejor engañar, están siempre animados por el mismo eterno desprecio hacia los valores morales. Y aunque no se pueda, en España, por no prestarse los factores geográficos y climáticos, llegar al mismo grado de horror, el país no tardaría en

volverse campo de concentración incluyendo la eliminación de los aliados a los cuales se habría, como siempre, reducido a la nada después de haber explotado sus fuerzas.

El partido comunista se disfrazaría en partido socialista revolucionario, socialista unificado (como ayer en Cataluña), socialista proletario, obrero, o lo que sea. Ejercería la dictadura en nombre de la libertad, aplastaría al pueblo en nombre del pueblo, esclavizaría en nombre de la democracia. Los comunistas serían regionalistas en Vizcaya, en Cataluña, en Galicia, en Valencia, centralistas en Madrid, sindicalistas en los sindicatos, cooperativistas en las cooperativas, ardientes patriotas españoles al mismo tiempo que pro rusos o pro chinos, y, como en Francia y otras naciones, harían bautizar y comulgar a sus hijos, y se casarían por la iglesia al mismo tiempo que combatirían la iglesia católica... Tienen en reserva todas las máscaras.

APÉNDICE

EL MANIFIESTO DE LA DEMOCRACIA

El Manifiesto de la Democracia, escrito por Víctor Considerant en 1843, y publicado en 1847, contenía ya todas las proposiciones fundamentales del *Manifiesto Comunista*. Renunciamos, por la falta de espacio, a cotejar, como hizo el sociólogo ruso Cherkessoff, ambos documentos. Quien ha leído el firmado por Marx y Engels, conoce sus tesis principales, y podrá decidir si Cherkessoff tenía razón o no al acusar a éstos de plagio. He aquí pues las partes más características del escrito de Considerant que los autores de *l'Encyclopédie socialiste* se guardan muy bien de mencionar al enumerar las obras de este teórico del socialismo:

“Las sociedades de la antigüedad tenían por principio y por derecho la fuerza, por política la guerra, y por objetivo la conquista, es decir la explotación del hombre por el hombre en la forma más completa, más inhumana y bárbara. La esclavitud constituía el hecho básico... la esclavitud y el espíritu de casta... tales eran los caracteres del orden social antiguo”.

“El orden feudal resulta de la conquista... El orden actual se ha desprendido del orden feudal gracias al desarrollo de la industria, de las ciencias y del trabajo”.

“Un fenómeno de mayor gravedad se manifiesta hoy... es el rápido y poderoso desarrollo de una nueva **Feudalidad**, de la feudalidad *industrial* y *financiera*, que se sustituye regularmente a la Aristocracia mediante el aniquilamiento o el empobrecimiento de las clases intermedias...”.

“La sociedad está dividida en clases: un pequeño número que todo lo posee, y el mayor número, despojado de todo”.

“En efecto, en cualquier rama que sea los grandes capitales, las grandes empresas hacen la ley a las pequeñas. El vapor, las máquinas, las grandes manufacturas han vencido fácilmente, dondequiera se han presentado, a los pequeños y medianos talleres. Ante su presencia, los antiguos oficios, los artesanos han desaparecido y han sido sustituidos por fábricas y proletarios”.

“¿Quién se adueña de todas las posiciones, de todas las líneas estratégicas, de todas las bases operacionales del comercio, y de la industria? ¿Quién lo invade todo, sino la alta especulación, los grandes bancos, y en todas las ramas, los grandes capitales?”

“¿No es evidente que ya no es el rey, ni los ministros, ni la nación que gobiernan, sino la feudalidad industrial y financiera?”

“El Dinero lo invade todo; el poder de los grandes capitales aumenta de continuo: atraen y absorben en todos los órdenes a los pequeños capitales, a las medianas fortunas. Es un fenómeno social que caracteriza la civilización moderna”.

“Una aristocracia nueva, cuyos títulos son los billetes de banco y las Acciones pesa cada vez más sobre la burguesía misma, y ya domina el gobierno”.

“Las grandes naciones industriales buscan esforzadamente mercados exteriores para sus productos”.

“Esta idea (del comunismo revolucionario) que la influencia de los desarrollos rápidos del Proletariado, del Pauperismo y de la nueva Feudalidad ha hecho nacer en el seno de una sociedad todavía impregnada del fluido revolucionario, se propala desde hace años entre las poblaciones obreras: ¡No más propiedad, no más propietarios, no más explotación del hombre por el hombre, no más herencias, la tierra para todos!”

“Las naciones más civilizadas se derrumban bajo el peso mortal de una producción excesiva; en su seno, legiones de trabajadores viven muriendo por no poder, debido a las condiciones de sus salarios, participar al consumo de esta producción exuberante”.

“De modo que la competencia entre los proletarios les obliga fatalmente a trabajar por salarios que se van así rebajando”.

“Al concentrarse en las familias aristocráticas, el multiplicar su poderío por el sistema de las grandes compañías accionistas, los grandes capitales son cada vez más preponderantes. En fin, el mismo desarrollo de esta preponderancia provocará necesariamente, tarde o temprano, una lucha revolucionaria en el terreno social...”.

“La feudalidad industrial se constituye... El proletariado es el vasallaje moderno. Tal situación no podrá desarrollarse sin provocar nuevas revoluciones, no ya políticas, sino sociales, dirigidas contra la propiedad misma”.

Hagamos observar, a propósito de este “contra la propiedad misma”, que en el caso de Considerant, como en el de Proudhon, la propiedad significaba el acaparamiento individual de la riqueza social, cualquiera que fuera su forma: tierra, fábricas, inmuebles o capital financiero. Y subrayemos que, incluso en sus errores (reducción continua de los salarios, y empobrecimiento continuo de los obreros), las ideas generales del *Manifiesto de la Democracia* son las mismas que figuran en el *Manifiesto Comunista*. Hasta tal punto que el eminente marxista italiano, Antonio Cabriola, se vio obligado a reconocerlo en los términos siguientes:

“Podemos decir que el *Manifiesto de la Democracia* contiene casi todas las ideas del futuro Manifiesto de Marx y Engels. El gobierno está definido como el órgano de la feudalidad capitalista. La cuestión colonial, hoy llamada imperialismo, está expuesta por Considerant como lo será más tarde por Marx y Engels, como una necesidad de nuevos mercados para el comercio. Hasta el ejemplo citado por Considerant, de la guerra de opio contra China. En presencia de todos estos elementos es difícil negar que el *Manifiesto de la Democracia* haya sido el verdadero padre del *Manifiesto Comunista*. Debemos reconocer honradamente que casi

todas las ideas esenciales de su teoría han sido elaboradas varios años antes del *Manifiesto Comunista*.

PECQUEUR Y VIDAL

Constantino Pecqueur, que fue una de las personalidades que participaron en los debates del palacio del Luxemburgo, de París, en el año 1848, había publicado, en 1842, un libro titulado *Nueva teoría de Economía social y política*. He aquí unas líneas que permitirán comprender el sentido general de esta obra:

“Lo que, ayer aún, se llamaba *economía política* ha muerto, completamente. Los ensayos realizados en la actualidad para resucitarla serán impotentes, como cuanto se intenta para dar vida a un cadáver; ciencia falsa, por lo demás, la que “deja hacer”, que empieza por abdicar poniéndose al remolque de los hechos en lugar de dominarlos para imponerles su ley, que se hace disolvente en lugar de ser orgánica; que describe en lugar de profetizar, que se limita a analizar e inventariar lo que es, mientras la verdadera ciencia ha de ser la síntesis de lo que debe ser”.

Se ha hecho observar que Pecqueur quiere, en estos conceptos, “subordinar los hechos a las ideas”, mientras Marx “subordina las ideas a los hechos”. ¿No hay aquí una oposición fundamental, que explica el carácter absolutamente amoral del marxismo, eliminando so pretexto de ideología la ética sin la cual toda idea se corrompe?

Por su parte, F. Vidal, amigo de Pecqueur, mantenía una posición parecida, pero no dejaba de estudiar de cerca los hechos en su libro *Del Reparto de las Riquezas o de la Justicia distributiva en Economía social* (año 1842):

“En la nueva fase en que ha entrado ahora la civilización, aparecen dos problemas inmensos que, por su importancia, dominan y hacen secundarios a todos los demás: los de la organización del trabajo y del reparto de las riquezas. Los economistas, como se les llama, se han ocupado poco de estos importantes problemas. Piensan que basta la competencia para estimular la producción, afirman que el reparto se opera de por sí, proclaman por ende que la ciencia debe limitarse a describir los hechos, a constatar ciertos fenómenos, y a dejar que las cosas se hagan. En efecto, han descrito el mecanismo de la producción y de la distribución en nuestras sociedades. Pero nunca se han preguntado si la producción estaba organizada en forma correcta, ni si los productos eran repartidos según normas de justicia. Han investigado en forma empírica; han descuidado por completo la parte racional y teórica de la economía.

“Por el contrario, los socialistas (y entendemos por tales los teóricos que quieren la organización del trabajo y la asociación de los trabajadores al subordinar los hechos a los principios), han procurado en primer lugar y racionalmente, definir el más alto concepto del orden y de la justicia, y después han estudiado los medios prácticos de realizar el ideal que habían concebido”.

LA DESIGUALDAD SOCIAL EN RUSIA

Para cerciorarnos mejor de la realidad de lo que nos proponen los marxistas leninistas, trotskistas, stalinistas, partidarios de Mao Tsé Tung o de Togliatti, de Kurtchev, de Brejnev, de

Koseguin o de quien sea, recordemos que los salarios o las retribuciones van, en la U. R. S. S. de menos de 200 rublos mensuales a 15.000 o 20.000. Aun cuando se redujeran estos últimos a la mitad, reléase las diferencias existentes entre los sueldos de los trabajadores mensuales ingleses y los de los altos funcionarios en la actualidad. En la “patria del proletariado” la forma de explotación es infinitamente más acentuada.

Pero, lo extraordinario, es que Marx mismo abrió el camino a la desigualdad económica: una contradicción más, y que convendría escribir en letras capitales, pues justifica los centenares de salarios varios que existen en el país del supuesto socialismo, y bajo el régimen y el Estado supuestamente comunistas. En efecto, en *El Capital*, después de haber, repetido lo que Ricardo y Proudhon escribieron, afirmando el principio comunista según el cual “una hora de trabajo equivale a otra hora de trabajo”, lo cual implica la igualdad absoluta, Marx escribía en *Crítica del programa de Gotha*:

“El derecho del productor es proporcional al trabajo por él suministrado; la igualdad consiste, aquí, en el empleo del trabajo como norma de medición.

“Pero un individuo es física o moralmente superior a otro; suministra pues más trabajo o puede trabajar más tiempo. Y para servir de norma de medición el trabajo debe corresponder a una duración o una intensidad precisas, sino dejaría de constituir una norma. Este derecho igualitario es un derecho desigual para un trabajo desigual. No reconoce ninguna diferencia de clase porque todo hombre es un trabajador al igual que los demás; pero reconoce tácitamente, la desigualdad de las aptitudes individuales, y por ende, de las capacidades productoras como privilegios naturales. Es pues, según su contenido, un derecho fundado sobre la desigualdad, como lo es todo derecho”.

Es verdad que Marx admite la igualdad real para un período lejano de superabundancia. ¿Y si ese período no llega nunca?

Por su parte, Engels, siguiendo las huellas de su compañero, escribía: “Lo que en verdad hay en la reivindicación proletaria de la igualdad, es la supresión de las clases. Toda reivindicación que va más allá, lleva fatalmente a lo absurdo”.

Pero, con estos razonamientos, en absoluto oposición con el comunismo, se justifica la desigualdad y se hacen nacer nuevas clases de privilegiados. Una vez dados estos pasos, Lenin, daba otro: “La negación de las necesidades y de la vida privada es una estupidez pequeño-burguesa, reaccionaria,⁵³ digna de alguna secta de ascetas, pero no de una sociedad organizada en forma marxista, porque no se puede exigir de los hombres que tengan las mismas necesidades y los mismos gustos, ni que, en su vida personal, adopten un nivel de vida único”. ¿Cómo sorprenderse de que, en Moscú, existiera ya en 1921, 34 categorías de salarios?

Estos razonamientos, que son absolutamente iguales al de los partidarios tradicionales de la sociedad de clases, abrían el paso a una sociedad de nuevas clases. Y Stalin debía reforzarlos aún con consideraciones como la que extractamos del discurso-programa pronunciado el 29 de junio de 1931:

“El aumento del rendimiento industrial sólo podrá ser obtenido mediante el establecimiento de una escala de retribución estrictamente aplicado a las diferencias entre el trabajo especializado y el no especializado, entre los hombres que han efectuado un aprendizaje y los novicios. Hay

⁵³ No se ve cómo ni cuándo los pequeños burgueses y reaccionarios hayan pedido jamás la nivelación de las necesidades y los gustos. Pero al asimilar los revolucionarios fieles a sus principios a esa clase social enemiga, Lenin justifica la represión contra éstos.

que determinar los salarios de acuerdo al valor del trabajo efectuado, no según las necesidades de los trabajadores”.

Esto lo ha dicho y lo ha aplicado Stalin, pero una vez más, constatamos que Marx había dado el primer paso.

Podemos afirmar que la desigualdad institucionalizada figura en las teorías marxistas, en contradicción con otras teorías igualmente marxistas. No diremos que la explicación está en el método dialéctico, que en este caso podría dar lugar al razonamiento ya expuesto de que cada cosa existente engendra su contrario, pues las enormes diferencias de salarios, o retribuciones no tienden sino a consolidar las clases privilegiadas recientemente nacidas. Sobre todo cuando, paralelamente, otros fenómenos se han producido y siguen produciéndose, y acentúan bajo otros aspectos, las desigualdades fundamentales, y el predominio de los beneficiarios de la injusticia. Una información enviada desde Moscú, mientras escribimos este trabajo confirma la amplitud y la gravedad del mal.

En un artículo publicado por la revista *Partiinaia jizn*, (“La Vida del Partido”) -del partido comunista se entiende, pues no, hay otro-, se indica que en el mismo, y por el año 1964, los obreros representaban 37.3 por ciento del total de los efectivos, y los campesinos -que constituyen 45 por ciento de los trabajadores y la mitad de la población rusa-, 16.5 por ciento. El total de estos efectivos alcanzado, es según la misma revista, de 11.758.169 personas. Tenemos por una parte, en cifras redondas, 6.349.000 obreros y campesinos, y 5.408.000 técnicos, burócratas, funcionarios de todas clases. Y como, naturalmente, esta última categoría forma parte de la “inteligentsia”, y tiene una instrucción, una cultura superior a la de los obreros y campesinos, como ocupa cargos en todas las esferas del Estado y del gobierno, se comprende que domina todo el funcionamiento del partido gobernante, que es prácticamente dueño de toda Rusia.

Por otra parte, según un estudio publicado por la *Literatouraiia Gazeta* del 14 de marzo de 1957, 45 por ciento de los trabajadores de la industria eran mujeres, lo mismo que 49 por ciento de los empleados de administración y 58 por ciento de los empleados en la distribución. En cuanto al trabajo del campo, las mujeres trabajan tanto como los hombres y todos los viajeros imparciales las describen construyendo o asfaltando las carreteras, cumpliendo tareas que no pueden ser más penosas. Sin embargo, y siempre según el artículo de la revista mencionada, las mujeres escritas no constituyen más del 20.2 por ciento de los efectivos del partido comunista. ¿Dónde va a parar el predominio de los factores económicos en la organización y la marcha de la sociedad?

LA MENTIRA SOBRE LA ECONOMÍA RUSA

Una de las razones que más han esgrimido, y esgrimen aún los defensores del régimen dictatorial imperante en la Rusia llamada comunista, es que la existencia de este régimen ha sido necesaria para modernizar la economía del país. Según han dicho y repetido los bolcheviques, según dicen y repiten aún sus defensores, Rusia era, en 1917, una nación enteramente bárbara, sin industria, con medios de transporte arcaicos, y cuya agricultura tenía todavía, en su conjunto, un carácter medieval. De modo que todo hubo de crearse, de salir de la nada después del triunfo de Lenin y sus amigos. “Hemos partido de cero en 1917”, ha repetido cien veces Krutchev después de Stalin, y el propio Lenin no perdió ocasión de hablar un lenguaje parecido. De modo que incluso entre los opositores, como Djilas, que como hemos dicho denunciaba “la nueva clase” aparecida en Yugoslavia, la dictadura comunista tuvo por lo menos el mérito de esta creación modernizadora de la economía soviética.

Pues bien: nos hallamos ante una de las innumerables falsedades de la propaganda totalitaria de Moscú. Quien se aboque a un estudio serio, imparcial y documentado, lo constatará en forma indiscutible. Pero es difícil, salvo para los especialistas, y que saben o pueden procurarse la documentación adecuada, comprobar los hechos. Aportemos pruebas y testimonios.

En su libro *La Russie moderne* publicado en París, año 1912, Gregorio Alexinski, que había sido diputado socialdemócrata en la Duma, (parlamento de la época zarista) decía, reproduciendo los datos oficiales del ministerio de Hacienda, que de 1861 a 1870 habían sido fundados en Rusia 1.285 establecimientos industriales; de 1871 a 1880, habían sido fundados 2.100; de 1881 a 1890, la cifra se elevaba a 3.036 establecimientos; y en el decenio siguiente, a 5.788.

Estas cifras no incluían las empresas del Estado, mineras y ferroviarias, ni los talleres ocupando menos de seis trabajadores. Con estas reservas, el total era, a fines del siglo pasado, de 14.500 empresas. Pero incluyendo todos los establecimientos industriales, pequeños y grandes, artesanales y estatales, el total arrojado por el censo económico hecho por el Estado bolchevique en 1920 reveló la existencia de 37.226 empresas. Estos datos se hallan en la obra magistral de Sergio N. Precopivcz, *Histoire économique de la Russie*.

En este total figuraban 65 altos hornos, la mitad de los cuales estaban en marcha en el momento de producirse la revolución. La producción siderúrgica siendo una “industria clave” que daba y sigue dando la pauta de la industria moderna, conviene señalar que, según los *Anuarios estadísticos internacionales*, cuyas indicaciones se basan en los datos oficiales de las épocas consideradas, en el año 1908 Rusia producía 3.009.000 toneladas de acero, (mientras Francia producía 2.412.000 y España 252.000). Cinco años más tarde, es decir en víspera de la primera guerra mundial, que acarreó la caída del zarismo y del capitalismo en Rusia, esta nación producía 4.274.000 toneladas de acero, Francia 4.687.000, España 242.000. En cuanto a la producción de hierro colado, según el *Annuaire statistique de l'Institut national de la Statistique*, del año 1952, el total había sido, siempre en 1912, de 4.207.000 toneladas para Francia, de 5.207.000 toneladas para Rusia, de 404.000 toneladas para España.

Desde luego estas cifras globales no bastan para apreciar debidamente toda la realidad. Los totales de producción deben referirse también a la importancia numérica de la población. En 1946, Francia contaba 40 millones de habitantes, Rusia, 140 millones, España 23. Dividiendo el total producido en cada país por el total de habitantes, Francia aventaja a Rusia en forma notable. Pero es indiscutible que se nos miente descaradamente al pretender que, en 1917, Rusia no había salido de la barbarie primitiva y necesitaba de una dictadura férrea para modernizarse.

Desde luego una producción siderúrgica tan importante debía tener por corolario una producción de maquinaria correspondiente. Y la tuvo tanto que las cifras dadas y los testimonios nos asombran. “El número de máquinas modernas pasó de 3.967 en el año 1876 a 14.639 en 1894, escribe Bertrand Gilles en su bien documentada *Histoire économique et sociale de la Russie*. El mismo autor nos informa que, de 1879 a 1894, el total de arados se había multiplicado por cinco; en cuanto a los tractores empleados en la agricultura, habían pasado de 1.351 en 1878 a 17.287 en 1904. Por su parte, Kropotkin señalaba en su libro *Campos, Fábricas y Talleres*, que de 1861 a 1881 el valor de la producción industrial rusa había pasado de 296.000 a 1.305.000.000 rublos, y se refería al informe del cónsul inglés de la ciudad de Krasno-Oufimsk, que escribía en el año 1894:

“Además de ocho a diez establecimientos industriales importantes, toda la región cuenta con pequeños talleres de construcción mecánica que construyen sobre todo máquinas e instrumentos agrícolas en sus propias fundiciones. La ciudad de Berdyansk puede actualmente alabarse de poseer la mayor empresa de construcción de máquinas trilladoras de Europa; es capaz de sacar tres mil al año.

Vemos por tanto por una parte que los pequeños talleres, estaban técnicamente muy adelantados, y por otra, que fábricas importantísimas -parte de ellas fundadas, es cierto, con fondos obtenidos por medio de empréstitos internacionales-, podían competir con otras de las naciones más industrializadas del Occidente europeo. Y argumentando siempre en su estudio sobre la descentralización industrial internacional, Kropotkin citaba un informe del vicecónsul inglés Green, publicado en *The Economist* del 9 de julio de 1894, donde el autor afirmaba que las trilladoras rusas “son sumamente robustas y hacen más trabajo que las trilladoras inglesas o norteamericanas”. En el distrito donde se hallaba Green, agrega Kropotkin, se había en 1893, vendido 20.000 trilladoras, 50.000 arados y otras máquinas.

Los comunistas afirmarán, unos por ignorancia, otros por mala fe, que estos testimonios, estos datos son inciertos. Apelaremos pues al testimonio del propio Lenin. Este, en su libro copioso y bien documentado, *El desarrollo del capitalismo en Rusia* subraya la importancia y la rapidez del desenvolvimiento económico ruso bajo la acción del capitalismo, siempre, desde luego, en la época zarista.

En las páginas que van de 236 a 243, Lenin muestra que, en los años 1894-95, existían 173 empresas importantes de maquinaria agrícola a lo cual debía agregarse la producción artesanal, sumamente importante, de modo que, en la provincia de Perm, donde se contaba cuatro empresas grandes que producían por un valor de 28.000 rublos, debían agregarse 94 empresas pequeñas que producían por valor de 50.000 rublos.

A fines del siglo pasado se contaba en Rusia 7.500.000 obreros-campesinos, o campesinos que, según las épocas del año, trabajaban en la industria o en el campo.

Según el *Mensajero de las Finanzas*, órgano oficial ruso de la época, nos dice Lenin, el total de arados producidos en Rusia fue de 14.500 en 1789, pero ya en 1894 ascendía a 75.000. El número de máquinas trilladoras producidas en el año 1870 había sido de 780 y de 27.000 en 1895. La sola fábrica de Berdiansk, ya mencionaba por el cónsul inglés citado por Kropotkin (y vemos que los testimonios se confirman) produjo, en ese año, 4.464 unidades. En la provincia de Stavropol, dice siempre Lenin, sacando ahora su información del *Sevenry Kourier*, el número de máquinas agrícolas se elevaba, en 1895, a 64.000. En 1884-86, en la provincia de Kheson, tres distritos sobre diez contaban 435 máquinas trilladoras de vapor, y nueve años más tarde, en toda la provincia, el número de las mismas alcanzaban 1.150.

Cifras idénticas para la región del Kuban. En 1875-78, el número de locomóviles era de 1.351 para toda Rusia, en 1904 era de 17.287. Y Lenin comenta: “Nos daremos cuenta de la revolución gigantesca que el capitalismo ha producido en nuestra agricultura”. En 1890-95, sigue diciendo el futuro dictador, se vendieron en la provincia de Poltava 12.600 arados, 500 tararas y trilladoras, 300 segadoras y 200 trilladoras de a caballo. Por otra parte, en el distrito de Tver donde sólo se contaban 290 arados en 1890, se contaban 5.581 arados seis años después.

Tantas máquinas estaban fabricadas en Rusia, y se puede apreciar más el desarrollo de otras industrias y fabricaciones si recordamos que las fábricas Putilov, que suministraban el armamento para todo el ejército ruso, eran, antes de 1914, tan importantes como las fábricas correspondientes de Krupp en Alemania, de la Skoda en Austria-Hungría, y de Schneider en Francia.

Pasemos al material ferroviario. La primera línea ferroviaria de Rusia fue construida en 1841. Tenía 27 kilómetros. Pero, en 1904, Rusia terminaba la construcción del ferrocarril transiberiano, terminada en nueve años. En 1901 contaba 52.457 kilómetros de vías, en 1917, a la caída del zarismo, 82.798 kilómetros. Y en 1898, nos dice Kropotkin en su mencionado libro. Rusia fabricaba todo su material ferroviario, incluyendo 300.000 toneladas de rieles al año,

mientras el profesor Kurpincheff afirmaba que, por su perfección, las locomotoras rusas podían perfectamente compararse con las que se fabricaban en Glasgow.

He aquí ahora, según Bertrand Gilles, cual era el material ferroviario ruso en los años que se enumeran a continuación:

<i>Años</i>	<i>Locomotoras</i>	<i>Vagones diversos</i>
1913	18.662	378.977
1914	20.071	539.549
1915	20.731	575.611
1916	16.837	463.419
1917	9.201	174.346

Si queremos hacer una primera comparación, diremos que en 1914, Francia contaba 14.273 locomotoras, 425.092 coches y vagones, y su red ferroviaria era, con mucho, inferior a la de Rusia. Insistiendo sobre la velocidad del desarrollo ferroviario ruso, Lenin comenta:

"La red ferroviaria rusa ha pasado de 3.119 kilómetros en 1865 a 29.063 kilómetros en 1890, o sea, se ha multiplicado nueve veces. Para un mismo desarrollo, Inglaterra necesitó más tiempo (4.082 kilómetros en 1845, y 26.819 kilómetros en 1875), o sea una multiplicación por seis; y Alemania necesitó menos tiempo (2.413 kilómetros en 1845, y 27.981 en 1875), o sea una multiplicación por doce".

En cuanto a la importancia del tráfico, y basándose en las cifras publicadas por V. Mikhailovski en su estudio titulado *El Desarrollo de la red ferroviaria rusa*, y en los datos contenidos en el *Anuario de Rusia*, año 1906, Lenin mostraba que el transporte de mercaderías había pasado de 7 millones de toneladas en 1868 a 177 millones en 1904. En el mismo período, el número de viajeros se había elevado de 10.400.000 a 123.600.000.

Datos complementarios, figuran en la obra de G. E. Akhminov *La Puissance dans l'Ombre*, que basándose en el libro de W. Obrasjov nos da las dos cifras fundamentales siguientes: en el año 1840, 26 kilómetros de ferrocarril; en el año 1914, 79.590, incluyendo 17.390 kilómetros construidos en el este de China. Y, añade Arkhminov, "conviene subrayar muy especialmente las realizaciones del gobierno zarista, por ejemplo la construcción del transiberiano que necesitó puentes de 1.400 a 2.300 metros de largo, y treinta y ocho túneles sumando 67 kilómetros.

En esta breve reseña de los aspectos más importantes de la industria rusa, no podemos omitir la producción textil. En 1877, se contaba en Rusia 2.500.000 husos; en Alemania, 4.700.000; en Francia, 5.000.000. En 1910, las cifras respectivas habían pasado a 8.200.000 en Rusia, mientras el número de telares pasaba de 11.000 en 1860 a 203.000 en 1913. El algodón desgranado sumaba 277.000 quintales en 1906, ¡y 2.113.000 en 1914! lo cual da, de paso una idea del desarrollo de la agricultura rusa. Tal desarrollo es prodigioso.

Nos falta completar esta síntesis con la evolución de la mano de obra y su significado. Distintos economistas se ocuparon de este aspecto de la industria rusa, y estudios varios, oficiales y no oficiales, coincidiendo todos en lo esencial, fueron realizados, y publicados. Tomaremos las estadísticas del profesor Tugan Baranovsky, marxista notorio, que, como Alexinski y Lenin, se esforzaba por seguir el desarrollo de la industria rusa, a fin de sentar las premisas del socialismo, tal como las define la doctrina marxista. Las cifras que siguen se refieren al período 1901-1913:

<i>Número de trabajadores trabajando en empresas de:</i>				<u>1901</u>	<u>1908</u>	<u>1913</u>
En empresas	con	menos	de 100	418.700	352.700	449.744
trabajadores...						

En empresas empleando de 100 a 300 trabajadores...	495.300	472.100	616.594
En empresas empleando de 500 a 1.000 trabajadores...	272.000	288.000	350.000
En empresas empleando más de 1.000 trabajadores...	525.000	655.000	902.000
	<hr/>	<hr/>	<hr/>
	1.711.000	1.767.800	2.318.338

El aumento más importante concierne la última categoría, la categoría de las empresas grandes, ocupando más de 1.000 asalariados, y que alcanza el 42 por ciento del total de los mismos. Ya en 1902, el académico Popogeff mostraba, en una obra publicada por la Academia de las Ciencias de Rusia, que 302 empresas capitalistas empleaban más de 1.000 obreros. Las empresas gigantes eran ya una realidad en la época de los zares, lo que provoca una concentración y hacía que el aumento de la mano de obra empleada no seguía el ritmo del aumento de la producción. Pues ya la técnica reemplazaba al hombre. Y no olvidemos que al total de los trabajadores expuesto más arriba debe agregarse los trabajadores de las fábricas y los talleres del Estado, de los ferrocarriles (que ocupaban de 700.000 a 800.000 obreros y empleados) los mineros, que extraían 34 millones de toneladas de carbón en 1913 -Francia, 27 millones- y los talleres que empleaban menos de seis obreros.

En realidad, durante el último período zarista, Rusia estaba en plena expansión, en expansión *explosiva* de su economía, y con razón escribía Gregorio Alexinski que el ritmo de su evolución económica era mucho más norteamericano que europeo.

Daremos, para terminar sobre este tema, algunas cifras sobre la producción agraria: 12.700.000 hectáreas y 54.500.000 quintales de trigo en 1890; 33.830.000 hectáreas y 225.200.000 quintales en 1914. *Centeno*: 100.000.000 quintales en 1890 y 226.900.000 quintales en 1915. *Avena*: 77.500.000 quintales en 1890, y 151.800.000 quintales en 1910. *Cebada*: 29.600.000 quintales en 1880 y 121.400.00 quintales en 1910. *Maíz*: 4.800.000 quintales en 1880, y 20.600.000 quintales en 1914. *Patatas*: 2.200.000 quintales en 1880 y 4.662.000 quintales en 1913. En cuanto al ganado, basta recordar que Krutchev demostró, cifras en mano, a la muerte de Stalin, en 1953, que la producción de carne era inferior por *habitante* en ese año a lo que era antes de la primera guerra mundial. Desde entonces este promedio "per capita" no ha aumentado, y cuando escribimos estas líneas, es decir a fines de agosto de 1965, el gobierno ruso está tratando la compra de ochenta, noventa o cien millones de quintales de trigo a las naciones capitalistas (Argentina, Francia, Canadá, Estados Unidos). Esta cantidad equivale a dos buenas cosechas de trigo en España, y su importancia es tal que el oro con que ha de ser pagada -pues Rusia no tiene productos industriales que mandar en cambio- ha empezado ya a perturbar el mercado del oro en el mundo.

Se nos dirá que se trata de un mal año de la agricultura rusa. En realidad los malos años siguen y se multiplican. Casi medio siglo de dictadura comunista no ha permitido siquiera asegurar un nivel de vida que sería considerado mediano en un país capitalista.

¿Qué ha ganado el pueblo ruso con el triunfo de los comunistas marxistas sobre los partidos socialistas y reformadores a los cuales ha destruido, despiadadamente, cosa que no había hecho el mismo zarismo?

POSTFACE

Aunque no podemos admitir, con Marx, que la lucha de clases haya sido el hecho predominante de la historia, mucho nos guardaremos de negar su importancia. La oposición entre los proletarios y los poseedores de las riquezas sociales fue registrada por numerosos historiadores y cronistas, y aun cuando sus manifestaciones no se produjeran con violencia permanente, no es posible ignorarla. En el Egipto antiguo, en Persia, en la China de principios de nuestra era y en los siglos que precedieron, en la Grecia de Pericles, en la Roma de las huestes de Mario y de los Gracos, durante la Edad Media en Inglaterra, Bohemia, Alemania, Francia, en las luchas que oponían al “popolo grasso” y al “popolo magro” de las ciudades del Renacimiento de Italia, en las sublevaciones de las comunas españolas, el contenido social, que late también durante las revoluciones políticas de Inglaterra, Estados Unidos, Francia y posteriormente de Rusia, ponen en evidencia no sólo los antagonismos de clases, sino la aspiración superior a mayor justicia.

Hoy, el problema social sigue planteado. Los partidos republicanos tradicionales, los partidos monárquicos incluso (véase el ejemplo de Inglaterra, Suecia, Noruega, Holanda, Dinamarca) no se atreven ya a sostener el derecho absoluto del poder político, y de las clases privilegiadas. El derecho a la propiedad ha dejado de ser intangible, porque se sobrepone a él, tanto en teoría como práctica, el derecho de la sociedad, es decir de todos los ciudadanos. Lo cual ha dado como consecuencia la facultad legal de los parlamentos de atentar a los privilegios seculares, y expropiar lo que se crea necesario por causa de utilidad pública. Así, en las naciones capitalistas se ha nacionalizado las minas, los ferrocarriles, la producción de energía, los transportes aéreos, los puertos o los astilleros, y grandes empresas industriales. Así, desde el fin de la primera guerra mundial se dio fin, en numerosos países europeos, a los latifundios para distribuir la tierra en forma de pequeña propiedad. El propio régimen franquista siguió el ejemplo dado por la Segunda República Española, tan tímida en esta clase de realizaciones, y que pagó con la vida su pusilanimidad.

La misma Iglesia católica, que durante tantos siglos estuvo siempre al lado de los ricos contra los pobres (ciertas excepciones del bajo clero no anulan esa actitud de conjunto) se ve constreñida, por el espíritu del siglo, a adoptar una actitud reformadora. No podemos delimitar en qué medida este cambio es fruto de un cálculo hábil, en qué medida responde a una evolución real, frente al descontento de las multitudes que no se satisfacen ya con la promesa del paraíso futuro. El caso es que muchos hombres que hasta hace poco prodigaban tales consuelos... espirituales comprenden que la caridad limosnada no basta, y debe dar paso a la justicia.

Más que nunca, la tabla de valores basada en la equivalencia de los derechos y los deberes está a la orden del día. Pero los hombres de buena voluntad, venimos de horizontes distintos, y en marcha, muchas veces sin saberlo, hacia fines convergentes, no deben olvidar las lecciones del pasado, que nos muestra tantas veces el fracaso de empresas sinceras y notables por los errores cometidos en las vías elegidas.

El viejo aforismo “El fin justifica los medios” debería, si tenemos en cuenta la interpretación más que discutible que se le ha dado, ser sustituido por estotro: “De los medios depende la consecuencia del fin buscado”. Para ser más preciso, debemos comprender que no se llega a la libertad por medio de la esclavitud, ni se emancipará a la humanidad, ni a los hombres que la componen -sino la humanidad es una abstracción- mediante el dominio absoluto, solapado o no, de un partido que oprime so pretexto de libertar e implanta la esclavitud en nombre de la democracia.

El respeto de la dignidad del hombre, que supone fatalmente el respeto de su libertad, exige en primer lugar el reconocimiento de las características superiores que le son propias. Si no partimos de la consideración debida a estos valores, intrínsecos del individuo, que son ante todo los del espíritu -con esta palabra entendemos las facultades creadoras de la inteligencia, del pensamiento, del razonamiento, de la imaginación, de la meditación y del ensueño, de la observación, la inducción y la deducción, todo sumado a la sensibilidad y a los valores morales- si no partimos de esta consideración, hacemos del ser humano una resultante exclusiva de hechos mecánico-biológicos, un instrumento pasivo del determinismo. Pero el hombre es, ante todo, un animal pensante. Y no nos cansaremos de recordar que su superación del hominiano y del prehomíniano y crea su humanidad en que toma conciencia de sí, de sus aptitudes propias que le distinguen de las otras especies vivientes, y se convierte en agente consciente y voluntario de su historia. La historia del hombre comienza con el hombre mismo, y sus valores psicológicos constituyen la divina chispa que le separa de la animalidad.

No es sorprendente que el marxismo desprecie los valores humanos, e incluso los sacrifique en su práctica histórica, ya que limitado a la corta visión de la economía nos los reconoce como los factores fundamentales y determinantes que crearon la civilización. Pero nosotros, que colocamos estos valores en el primer plan, para quienes, incluso, el progreso material, en todos sus aspectos, empezando por el de la producción de víveres es fruto de las facultades psicológicas del hombre, consideramos que no hay, ni puede haber progreso integral si no se les respeta con espíritu religioso -en el amplio sentido del vocablo. Por esto nuestra posición es a la vez humanista y libertaria, y rechaza no sólo el Estado marxista, sino el Estado en sí.

Si bien reconocemos, pues negarlo es desconocer la historia, que desde la coordinación del regadío a orillas del Nilo en tiempos de los faraones, hasta la organización de los servicios públicos actuales, esta institución ha desempeñado un papel útil, el balance general es infinitamente más negativo que positivo. Y no podía, y no puede ser de otro modo, pues en el desarrollo de las naciones el Estado aparece como una vasta empresa de dominación y de explotación en beneficio de sus organizadores. Una vez constituida, con la policía, la enorme burocracia, el armazón del ejército, los intereses creados de innumerables individuos que pululan en la enorme maquinaria que se dilata sin cesar, constituyen no sólo una “nueva clase” como lo ha denunciado Djilas, el prohombre comunista que, por haberse sincerado, envejece en las cárceles de Yugoslavia, sino una casta, con su espíritu de casta, sus privilegios de casta, su estilo de vida aparte, su constitución de neo-aristocracia que sólo una nueva revolución podría eliminar en Rusia, donde no hay partido de oposición, ni fuerzas autónomas organizadas ni posibilidad de ponerlas en pie. Por otra parte, el pueblo ruso, ya mentalmente domesticado, por todos los medios de educación, propaganda y embrutecimiento de que dispone totalitariamente el Estado, no puede vencer a las fuerzas armadas más poderosas de que jamás dispuso la tiranía en el país de los zares, rojos o negros.

Al mismo tiempo, el Estado es una causa permanente de luchas sangrientas e inmoralidades eternas. A lo largo de los siglos vemos multiplicarse las contiendas por el poder, las rivalidades internas y externas, las traiciones, la violación de los tratados, las rivalidades dinásticas, las invasiones de los territorios ajenos, los desquites y los exterminios. Vemos ciudades y regiones enteras arrasadas, naciones saqueadas, poblaciones diezmadas y sojuzgadas por los vencedores. Todo lo cual, en el orden interno, provoca una negación constante de la libertad y la humanidad. En España, la misma inquisición fue instrumento de dominio del Estado, más aun que la Iglesia que la había inventado.

Andando el tiempo, el Estado hubo de justificarse de un modo y otro. Pero su obra útil no compensa, ni con mucho, su obra nociva, y mejor hubiera sido que los pueblos supieran organizarse sin este inmenso y tan costoso aparato, destructor de las libertades comunales y arruinador de la economía como ocurrió en España con y después de Fernando e Isabel, en

Francia con Carlomagno,⁵⁴ Luis XI y Luis XIV, en la Roma antigua con las exacciones de los Césares. Además, en nuestros días, el Estado es, generalmente, por las luchas que las tragedias shakesperianas reflejan tan bien con relación a la Inglaterra de su época, con, también la rivalidad de las facciones, las fracciones y los partidos, un factor de inmoralidad y desmoralización de la vida pública.

La historia del socialismo parlamentario lo prueba. Lanzado a la conquista de los poderes públicos para implantar el socialismo, ha terminado por ser un partido político más, absorbido en las batallas electorales y las trapisondas del parlamentarismo, gobernando con las repúblicas burguesas, o con las monarquías, limitándose a reformas secundarias que le han hecho olvidar el objetivo principal del socialismo: la realización de una sociedad de hombres iguales en sus derechos, el advenimiento de un mundo fraternal compuesto por hombres fraternales.

En la filosofía social y la interpretación de la historia, se oponen dos conceptos: uno, basado en la autoridad política institucionalizada, y por consecuencia en el Estado, otro, basado en el humanismo, es decir en la obra directa de la humanidad, al margen o en contra del Estado. La época en que nos hallamos repite, con más rapidez y mayor peligro para el porvenir, los avatares y la amenaza de decadencia de las civilizaciones pasadas, con la extensión cada vez más acentuada del estatismo. Las contradicciones del liberalismo económico, sus insuficiencias ante el progreso técnico, ante el aumento de las necesidades y la organización de la vida material de las naciones, han provocado y provocan o justifican aparentemente la intervención del poder político-administrativo en muchas actividades que pertenecían al dominio del capitalismo privado. Marx había previsto estas contradicciones que, en virtud de la dialéctica histórica debían, según él inexorablemente, llevar a la implantación del socialismo en el que desaparecería no sólo la propiedad privada de los medios de producción, sino toda forma de Estado. Pero, de hecho, el Estado sustituye su apropiación a esa apropiación individual, se adueña de la riqueza social, se vuelve organizador de la industria, de los intercambios, del comercio marítimo, cuando no de partes de la agricultura. Y a medida que extiende su poder, en virtud de este poder mismo, atrae y asimila una parte creciente de los trabajadores, funciona al proletariado destruyendo en él toda iniciativa, toda responsabilidad individual y social.

Los socialistas mismos han contribuido y contribuyen a esta evolución al preconizar, suscitar y multiplicar las nacionalizaciones, que en realidad son estatizaciones y nada tienen que ver con la socialización. Socializar es dar a *la sociedad* la administración de las cosas, y la sociedad no es el Estado. Según los dos fundadores del marxismo, ese poder político habría de desaparecer con la sociedad capitalista, pero enfrascado en la conquista del aparato gubernamental en la escala nacional, regional y municipal, el reformismo socialista tradicional ha olvidado la lucha por esa desaparición, y contribuye, lo mismo que el marxismo revolucionario en Rusia, y en los países satelizados, lo mismo que el fascismo ayer -a pesar de las diferencias de apelación doctrinal y de intenciones- a la extensión y al afianzamiento de esta institución opresiva y parasitaria.

⁵⁴ He aquí por ejemplo, lo que escribe el gran historiador Michelet francés con relación a la obra del emperador Carlomagno al que, por haber fundado algunas escuelas, encomian ciertos comentaristas: “La triste imagen del Imperio romano se reproduce en este temprano envejecimiento del imperio bárbaro. Cierto, se ha restaurado el imperio; demasiado incluso. El conde ocupa el lugar de los antiguos duumvirs, el obispo recuerda al “defensor de la ciudad”, y los “herimans” (miembros del ejército) que abandonan sus bienes para sustraerse a las obligaciones agotadoras que se les impone, reproducen a los curiales romanos, a los propietarios libres que solo hallaban su salvación abandonando su propiedad, haciéndose soldados o sacerdotes, y que la ley no conseguía retener”. Tiempo hubo, en España, después de Carlos quinto, Felipe segundo y Felipe tercero, en que la mayoría de los hombres eran soldados, clérigos o mendigos. ¿No existe aquí un parangón entre las dos situaciones, y sus causas?

Todo lo cual nos lleva cada vez más lejos de la igualdad económica, base de la justicia social. Porque el Estado, esencialmente jerárquico, entraña un aumento, no una disminución de las categorías sociales. Se juega con las palabras al hablar de socialismo estatal: bajo esta apariencia sólo hay capitalismo de Estado, posesión de la riqueza colectiva por las entidades oficiales, que disponen de ella a su antojo, sin que la masa de productores puedan administrarla según su volumen, mediante la participación de sus organizaciones propias. La supresión de la propiedad individual de los medios de producción y de los bienes sociales no implica pues fatalmente la igualdad económica. Implica que la nueva clase constituida en el Estado, y que a su vez lo constituye, dispone de esos medios y de estos bienes, y se ha sustituido, a la clase por ella desposeída. Se ha establecido una forma nueva de explotación, como lo conocimos la masa de la población en el régimen de los incas; y considerado en su conjunto, el obrero, el campesino, el empleado subalterno es víctima de ese nuevo modo de explotación colectiva en el cual la “intelligentsia”, como se dice en Rusia, los componentes de las esferas superiores, altas y medianas, los miembros del partido imperante, los técnicos encaramados, los empleados privilegiados, los funcionarios especializados, los profesionales de la represión y del ejército prelevan, globalmente más de lo que prelevaba, antes, la clase de los propietarios individuales.

El aumento del poderío del Estado, su extensión constituye una terrible amenaza para el porvenir, pues, no lo olvidemos jamás, la civilización es obra de la humanidad, no de los poderes políticos. La civilización es ante todo “civilidad”, elevación intelectual y moral, refinamiento de las costumbres y ética, innovación de la inteligencia, invento de técnicas desde los primeros pedernales tallados por los lejanos primitivos hasta las aplicaciones de la ley de relatividad. Es la ciencia, es el arte, las artes en sus diversas formas, el trabajo con todos sus oficios y corporaciones, la agricultura y los medios de transporte, la rueda y la palanca, el collar el caballo y la medicina, la cirugía y las matemáticas, la geometría y la astronomía, la física, la química, las distintas escuelas filosóficas, e incluso, en la medida en que fueron una real manifestación del pensamiento, y de las inquietudes humanas, las mismas religiones mientras no llegaron a ser dogmas intolerantes. Quitar este inmenso acervo de la humanidad, ¿y qué queda sino barbarie?

En el fondo, el concepto humanista de la historia ha, también, opuesto siempre por hondas causas psicológicas a los socialistas libertarios y a los socialistas autoritarios. La consecuencia con la desviación política obsesional de éstos últimos, fue haber hecho del Estado, concebido también como aparato económico-administrativo, la meta de las aspiraciones de partido, para la satisfacción del “homo oeconomicus”. Pero el hombre integral, con las actividades múltiples que le son propias o deben serlo, desaparecía de su visión de las cosas. De ahí un empobrecimiento general del pensamiento y la acción en todos los terrenos.

Debemos sacar de la experiencia ciencia. La segunda República fracasó porque, en lugar de volcarse atrevidamente, con la mayoría del pueblo, a transformar las estructuras sociales, el partido socialista se limitó a actuar dentro del marco del Estado, y al Estado sólo confió las reformas revolucionarias que exigía la situación económica y social del país. Si, después de haber incorporado en la Constitución el principio de “Socialización de las riquezas nacionales y empresas económicas”⁵⁵ hubiera, por ejemplo, expropiado los latifundios y confiado a los municipios y las cooperativas campesinas el cultivo de las tierras expropiadas, las fuerzas de explotación tradicional no habrían podido reconstituirse. Pero fue incapaz de audacia reformadora porque el parlamentarismo y el estatismo habían anulado en él el espíritu innovador, como habían anulado la facultad de lucha de los socialistas alemanes para resistir al hitlerismo.

⁵⁵ Art. 15, pár. 12 de la Constitución.

Ahora, no se trata, en esta nueva etapa de la vida político-social de España, de repetir los errores del pasado. Ha llegado el tiempo de que los hombres de buena voluntad comprendan que la humanidad debe asumir por sí misma su destino en la mayor escala posible. De que en España, si bien no se puede impedir la existencia de la organización política clásica, los hombres de buena voluntad se aboquen a la creación independiente de formas sociales inéditas.

Esta obra se impone no sólo por razones morales, sino también porque las condiciones económicas peculiares del país la hacen imprescindible. En los países naturalmente ricos, el privilegio puede coexistir con un nivel de vida humanamente soportable para el asalariado o el pequeño campesino. En los países pobres, no. Y no porque Franco ha declarado en distintas oportunidades -para justificar la desastrosa situación económica del régimen- que España es un país pobre debemos afirmar lo contrario. Una verdad es una verdad, dígala quien la diga. Los economistas españoles, los geógrafos, los geólogos, los ingenieros especializados concuerdan, y *con razón*, en su apreciación pesimista sobre las posibilidades agrícolas y la pobreza en materias primas del suelo y del subsuelo hispánico.

Este hecho, que no puede eliminar la demagogia política, revolucionaria o nacionalista, acarrea desde el punto de vista social la necesidad de enmendar con la justicia humana, la injusticia de la naturaleza. Y da la búsqueda y a la aplicación de las reformas sociales un carácter apremiante e ineludible.

En el terreno económico, es, además, necesario obtener de las muy limitadas posibilidades económicas existentes, el mayor rendimiento posible. Quien se ha ocupado de estos problemas sabe que, de un modo general, la práctica de la economía liberal ha dado como consecuencia, sobre todo en este país, un cultivo caprichoso y desordenado, una utilización insuficiente de los recursos agrícolas, y que las familias herederas de un predio, los terratenientes, han con extrema frecuencia hecho cultivar sus propiedades por colonos, o asalariados miserablemente retribuidos.

Esta práctica, hija del derecho romano de usar y abusar, no cabe en la segunda mitad del siglo veinte, en una nación que debe utilizar en grado máximo todos sus recursos. Por esto, la existencia de una sociedad estable es, en España, incompatible con el mantenimiento de la economía liberal que malgasta y desordena recursos y actividades. Por otra parte, la economía de Estado traería, como siempre trajo, consecuencias más negativas aun, pues la burocratización de la economía produce inevitablemente la disminución de las actividades y de los rendimientos, la extensión del parasitismo, el aumento de los costos de producción. Tal es la experiencia general de la historia, tal la tremenda lección de la agricultura rusa. Los déficits producidos por las empresas nacionalizadas son permanentes, y cubiertos mediante el aumento de los impuestos que toda nación paga por orden de la sección correspondiente del Estado que es el ministerio de hacienda, a fin de mantener a flote a las secciones de la economía y evitar su quiebra.

A juicio nuestro, el camino más indicado fue enseñado por las colectivizaciones agrarias implantadas en los años 1936-39, en gran parte de los campos de la España republicana. Estas colectivizaciones permitieron utilizar adecuadamente la tierra laborable, elevar los rendimientos, acrecentar con rapidez el ganado, a pesar de los trastornos y de las dificultades causadas por la guerra civil que movilizó a menudo treinta y cuarenta por ciento de los hombres válidos, y entre ellos, los más vigorosos. La explotación en común de esas tierras, su utilización apropiada para los distintos cultivos, su empleo racional⁵⁶ y por fin el uso generalizado de los abonos químicos

⁵⁶ No se veía más dos cabezas de ganado en una tierra que podía alimentar diez o doce, y seis u ocho en una tierra que podía alimentar dos, ni un mulo tirando penosamente de un arado que apenas arañaba la tierra mientras, en la granja vecina de un terrateniente reposaban uno o varios tractores.

y de las semillas seleccionadas, de acuerdo a la naturaleza del suelo permitieron, con la práctica del apoyo mutuo, y del derecho igual a la vida de todos, hombres, mujeres y niños, un aumento notable de los rendimientos.

Se podrá pretender que nuestras afirmaciones tienen un carácter proselitista alejado de la verdad. Pero, el vasto movimiento cooperativista que se extiende actualmente en España, y que es el único modo de impedir una migración desastrosa de la población campesina a las ciudades, ¿no es una repetición, aunque atenuada, de lo que se hizo ayer en las colectividades? Y ¿no deben estas realidades sobreponerse a todo lo que nos divide? Poco importan las justificaciones doctrinales en que se basan unos y otros. Al contrario: que hombres reclamándose de principios encontrados lleguen a prácticas idénticas, a comportamientos similares, prueba con los hechos el valor de estas prácticas y de estos comportamientos. En general la tierra de España no puede cultivarse con mínimo de provecho sin una extensión de la comunidad de los esfuerzos, sin la práctica de una solidaridad y de una moral fraterna que el pueblo español es, por tradición, capaz de plasmar en hechos. Y si se nos dice que los koljoses de Rusia, que son también colectividades, o agrupaciones para cultivo en común han fracasado en cuanto a sus resultados materiales, responderemos que lo que ha fracasado es la forma política, dictatorial y policíaca con qué han sido instituidos y con que están dirigidos.⁵⁷ El campesino será siempre rebelde a la dictadura del funcionario, del hombre privilegiado de partido, del “técnico” autoritario elevado a más alto rango que él. Y si no puede rebelarse, contestará con la resistencia pasiva, disminuyendo la producción a pesar de todos los castigos y todas las amenazas.

Pero nosotros no vemos solamente en la cooperativización y la municipalización de la tierra y de la agricultura en la mayor escala posible, un procedimiento para aumentar los rendimientos globales y por hectáreas. Vemos también la práctica de una gestión directa, una realización humanista que amalgamará la libertad creadora, la responsabilidad individual y colectiva, la vida local a la asociación municipal y federalista correspondiente al espíritu tradicional y de valor eterno de la vida civil y comunal española, al margen de los poderes centralizadores cercenadores de la libertad.

Al mismo tiempo, los sindicatos obreros, deben, especialmente en las ciudades, emprender en su esfera propia, una actividad similar. Repetimos que se trata, en la medida de lo posible, de crear una civilización nueva, *humanista y superior*, que desborde el marco tradicional de la sociedad de clases, y el rígido del Estado. Esta obra histórica, cuya realización nos pareció, durante mucho tiempo, factible mediante la revolución armada, no puede, como lo ha demostrado la experiencia de 1936-39, llevarse a cabo por este procedimiento. Obra de dementes sería insistir en tales intentos, y al mismo tiempo hacer el juego de los partidarios del privilegio que no desean sino repetir nuevos exterminios. Pero creemos que la evolución de la conciencia pública permite hoy, siquiera parcialmente, poner en práctica, en mayor o menor escala, los principios por los cuales tantos hombres han luchado en el curso de la historia. Incluso en las reivindicaciones de la Falange se encontraba parte de lo que preconizamos. Demasiadas veces las palabras nos oponen, y ha pasado el tiempo de formular reproches y rumiar rencores. Las nuevas generaciones no seguirán a los que hacen figurar la venganza y el odio en el artículo uno de su programa, y a menudo, en los que se combaten laten aspiraciones en gran parte similares. En las cooperativas campesinas de hoy se hallan hombres que

⁵⁷ La mano de obra empleada en la agricultura rusa constituye el 45 por ciento del total nacional. Proporción enorme en una nación moderna, y supuestamente bien industrializada. Rusia se ve, actualmente, obligada a comprar cada año víveres por el importe de las materias primas que vende (aproximadamente mil millones de dólares), mientras los Estados Unidos, cuya agricultura emplea el 7 por ciento de la mano de obra nacional, producen para sí y para abastecer a naciones en dificultades alimenticias como la India, el Japón, Túnez, Argelia, etc., y aun les sobran víveres. Mientras Francia, con el 20 por ciento de la mano de obra empleada en la producción -y la proporción va disminuyendo rápidamente- dispone de excedentes que, en trigo, equivalen a menudo a una cosecha media española.

consideraron ayer que las colectividades de Aragón, Levante, Castilla, Cataluña o Andalucía eran obras del demonio. Y estos hombres obtienen resultados positivos en las reformas sociales a que están procediendo por medio de las cooperativas porque la sociabilidad, el sentido de responsabilidad y de honradez individual del campesino español han sido movimientos por ellos, como lo fueron por nosotros ayer.

Por otra parte, los republicanos que se reclaman de Pi y Margall no deben olvidar que el autor de *Las Nacionalidades* fue en España el introductor del pensamiento de Proudhon, socialista anarquista cuyas ideas difundió, y los continuadores de Joaquín Costa deben recordar que el león de Graus escribió *El Colectivismo agrario en España*.

Si, al mismo tiempo, los socialistas demócratas quieren atenerse a lo esencial de los fines del socialismo, y si los libertarios procuran comprender la necesidad de un cierto pragmatismo; si, desechando los rencores incluso fundados, los que coinciden esencialmente en los fines sociales enunciados, quieren establecer una nueva síntesis que englobe la mayor realización posible de sociabilidad y socialización, es posible establecer una conjunción, o concordancia de esfuerzos que inicien una transformación social profunda y necesaria en la vida de la sociedad española.

En esta obra, los sindicatos obreros desempeñarían un papel de primera magnitud, especialmente en las ciudades y en la vida industrial. No sólo en la continuación de las luchas reivindicativas clásicas que no pueden, en España, permitir, por la limitación de los recursos industriales y energéticos (mientras no se extienda suficientemente el uso de la energía atómica)⁵⁸ alcanzar un nivel de vida comparable al de las naciones europeas más favorecidas. Limitarse a esta misión sería condenarse a nuevas luchas de resultados mínimos con relación a los esfuerzos desplegados. Aquí también la organización y la administración directa de la producción por los productores aparecen como el único medio eficaz para un empleo tan adecuado como sea posible de los elementos técnicos, de las materias primas disponibles, y del esfuerzo de los productores.

No se trata de una revolución total y totalitaria, sino de la coexistencia de dos conceptos sociales como se práctica en Israel, y que ha sido implantada en Suecia donde treinta por ciento de la producción están en manos de las cooperativas, aun cuando el régimen sea en principio capitalista, y el gobierno monárquico. Evitemos juzgar las cosas con esquemas tradicionales, y criterios que no corresponden a las nuevas posibilidades nacidas irresistiblemente de la evolución de los espíritus. Se trata de socializar lo que sea posible, mediante las cooperativas industriales, bajo la égida de los sindicatos obreros, de modo que las dos formas de socialización, agraria e industrial, se equilibren y sostengan mutuamente.

Esta doble realización implica como complemento la mayor extensión de un sistema cooperativo de distribución, y el todo constituiría una obra constructiva que las condiciones naturales de la economía española hacen imperativa, so pena de luchas sociales implacables y permanentes. Y al mismo tiempo, repitémoslo sin tregua, constituiría la base de una civilización superior. Pues la civilización no supone fatalmente el aumento desmedido de la producción y del consumo, lo cual, en naciones como los Estados Unidos, origina un despilfarro insensato de las materias primas de los recursos vitales necesarios para las generaciones futuras.

Grecia, que fue el crisol de tanta ciencia y filosofía, y de la que emanan siempre luces y enseñanzas, no era un país rico e incluso desdeñó la abundancia de bienes materiales, y la aplicación de descubrimientos físicos a la economía. Y España no necesita que cada cual tenga automóvil. Necesita que cada cual pueda comer, vestir, instruirse lo suficiente, elevarse, satisfacer los atributos superiores del hombre, y mirar a su prójimo como a un hermano. Debida

⁵⁸ Lo cual, de todos modos, no remediará a la escasez de materias primas.

y humanamente organizadas en cuanto a su estructura social, las ciudades españolas podrían ser, en el futuro, focos de cultura y luz que recordarían a las ciudades griegas. Esto sólo es posible con la obra de renovación de que hemos expuesto las grandes líneas, y sobre todo evitando que una nueva dictadura ejercida en nombre de la libertad transforme al país en otro inmenso presidio.